Regenta

Su encanto Inglés



LAURA A. LÓPEZ


Regenta
Su encanto Inglés
LAURA A. LÓPEZ

Contenido

Contenido
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo
Biografía

Su encanto inglés

Laura A. López

© TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

SAFE CREATIVE: **2402247057164**

CORRECCIÓN: SANDRA GARCÍA

Capítulo 1

Tiempo atrás, Frederick Case, conde de Melbourne, dejó Londres para ir a una de las propiedades que tenía en Escocia con la intención de olvidar la terrible decepción que se había llevado con su prometida. Ella lo abandonó por otro hombre, un inglés que nunca la había visto hasta que él fijó sus ojos en la joven. Emma Malorie le había roto el corazón. Si bien fue respetuosa y condescendiente todo el tiempo, no llegó a enamorarse ni con todo lo que le había ofrecido. A su edad seguía soltero, pero era mejor estar solo que en compañía de alguien que no lo amaba y que dentro de su corazón sería desleal con él. Su tía, una gran matrona de Londres y hermana de su fallecido padre, intentó persuadirlo para que no se casara con ella; no obstante, no le hizo caso y ahí estaban las consecuencias.

Estaba mirando el precioso paisaje de las Highlands desde lo alto de la torre de su castillo, que formaba parte de la dote de su madre que le habían dado al conde inglés que se había casado con ella. Frederick era la mezcla imperfecta entre un caballero inglés y una mujer de las Highlands, alguien que creció libre y lo dejó en libertad hasta donde las reglas de comportamiento inglesas le permitieron.

Sus raíces inglesas eran las que en sentido económico le habían dado mucho más, no así su lado escocés, pero era el que más le gustaba de todos. La libertad no tenía etiqueta y él prefería ser feliz siendo un hombre de campo, sencillo, trabajador y honesto. Le gustaba producir uno de los mejores whiskies de Escocia.

El trabajo era su mejor manera de sobrellevar la frustración, la soledad y la poca felicidad que le había dejado el fallido compromiso. Él creyó que estaba con la mujer correcta; sin embargo, ella había sido sincera al decirle que su corazón le pertenecía a otro.

Frederick había salido de su cueva para conseguir una bella esposa, alguien que fuera un poco distinta a lo que esperaba su tía, lady Kirby. El resto de su familia paterna no se preocupaba por su elección, pero esa mujer desde un principio le advirtió sobre la joven de la que se había enamorado, o al menos eso creía él. Ella no perdía la esperanza de conseguirle una dama inglesa que lo llevara a Londres para que pudiera ser un verdadero conde y dejar de lado el ser salvaje que llevaba dentro.

—Milord, iré a buscar más leña para el castillo, las reservas están bajas y no queremos que pase frío en estos días —musitó Wolfie, uno de los sirvientes de Frederick.

—Vayamos a hacerlo, no tengo nada que hacer, me siento aburrido sentado aquí solo apreciando.

—¿Su tía aún no vendrá? Usted había dicho que ella estaría aquí en unos días.

—Todavía estoy teniendo suerte de que no aparezca, mi tía es algo excéntrica. Para mi buena fortuna, me ha puesto a hacer algo útil. Enseñarle al personal del castillo que una mujer exigente de Londres vendría a poner esta casa patas arriba. Ella no acepta un trato cercano, lo desea lo más lejano posible, no como mi madre, mi padre y yo. Ya sabes, ella nunca ha visitado este lugar, puesto que no tenía buenas relaciones con mi madre, aunque siempre fue muy buena conmigo y sé que desea lo mejor para mí por más que sus métodos no sean los más acertados.

—¿Todavía sigue con la idea de encontrar a una dama con presteza?

—Sé que mi ruptura con la señorita Malorie es reciente; sin embargo, considero que lo mejor es que alguien ocupe su lugar con rapidez.

—¿Su tía aprobará a una dama escocesa?

—Para ella no existen damas escocesas, sino mujerzuelas aprovechadas que quieren a un caballero inglés que las trate como algo de valor. Está empeñada en que me case con la hija de algún noble y que pueda codearme con los de mi clase. Lo único que hará aquí es vigilarme para que no cometa alguna tontería después de la ruptura, como podría ser involucrarme con alguien cuya reputación pudiera ser poco deseable. No confía ni una escocesa, ni en mí.

—Entonces su tía solo estará aquí para torturarlo unos meses.

—Me temo que eso es correcto, o tal vez quiera conocer mi exótica vida en un castillo medieval. Tal vez hasta invite a sus allegados a una gran fiesta y termine vendiéndome como algo exótico.

—Qué templanza, milord. Es bueno que usted sea una persona paciente y armoniosa. No cualquiera estaría expectante de la llegada de semejante pariente.

—Ella tiene su encanto, es una buena persona, un tanto clasista, pero es adorable a su manera, es por eso que la aprecian en Londres, es una gran matrona y yo represento una misión casi imposible. No he nacido para vivir bajo las normas de convivencia inglesas.

—Usted es lo más educado que he visto en estas tierras en mucho tiempo, milord. No creerá todo lo que existe rondando por los árboles, las aguas y la hierba escocesa.

—Solo personas espontáneas, felices y sin prisiones. Tal vez no seamos una nación libre de ingleses, pero la libertad se vive en el aire.

Los dos hombres salieron de la residencia en una carreta tirada por un bisonte, al igual que llevaron consigo hachas para cortar las ramas y poder regresar antes del anochecer para calentarse en este otoño que pronto daría paso al crudo invierno.

El tiempo corría de manera distinta cuando el frío se hacía presente, todo parecía más lento y eso no ayudaba a que los pensamientos no fueran intrusivos. A causa de eso, él recordaba muchas cosas de su vida y se perdía en la monotonía de la tristeza. El entusiasmo más dirigido podía dar como resultado lo que a él le ocurría. Se sentía más sentimental, siendo él un hombre esforzado que trabajaba duro bajo el sol y la lluvia, Frederick no se veía como una víctima de la vida, sino como un luchador incansable en lo que le hacía feliz.

Frederick y su acompañante fueron por el camino de siempre para juntar la leña. El castillo tenía muchas dependencias y se necesitaba de mucho calor para abastecerse, además, con la inminente llegada de su tía debía tener más reservas que nunca, ya que era probable que no estuviera acostumbrada a tantas piedras antiguas, espacios abiertos y amplios que no retenían el calor por mucho tiempo. Lady Kirby sería tratada muy bien por él, pero no por las condiciones climáticas de un país que ella odiaba sin conocer solo porque su cuñada; según ella, era una culebra ponzoñosa y salvaje. En cambio, Frederick siempre vio a su madre como un ángel libre que no podía estar cerca de personas poco entendidas de la libertad. Su tía prefería vivir presa de los convencionalismos que libre, y él estuvo a punto de caer en eso al elegir a una inglesa. Era alguien que no pertenecía a la nobleza, pero que había sido educada para pertenecer a ella en algún momento.

Como conde, su padre también había hecho un esfuerzo para que él pudiera conseguir una esposa a su altura, puesto que en parte tenía el mismo pensamiento que su tía, pero fue

traicionado por el amor, terminó enamorado de una salvaje en un viaje que hizo a Escocia. La vio como algo tan bello y exótico que al final terminó seducido por su propia idea que dejó de lado su verdadero objetivo de conseguir a la esposa ideal y perfecta para poder lucir en Londres. Lo que consiguió fue algo así como un animal salvaje que odiaba los salones de baile. A Frederick nada de eso le molestaba, le divertía más que otra cosa, aunque otras actividades sí le resultaban aburridas.

Mientras pensaba en su vida y la comparaba con la de su padre, cortaba los troncos con fuerza y luego los partía a la mitad. Ese tipo de esfuerzos ni siquiera lo despeinaban, solo tenía muchas camisas de lino rotas. Había gastado mucho en verse presentable para conseguir esposa. La próxima temporada no sabía qué hacer, ya que era probable que coincidiera con Emma y el marqués de Asthon. Eso no le resultaría agradable. Quizá su tía tuviera una solución práctica para eso.

—Tiene algún intruso cazando en su propiedad, milord —avisó el sirviente que se acercó con una flecha en la mano—. Le está robando sus animales, ya que los límites todavía están muy lejanos.

Miró con atención la flecha y alzó una ceja.

—¿Crees que debió cazar algo si una flecha cayó por aquí? Me parece que quien lo hizo no era una persona muy diestra para la cacería.

—Hasta los mejores pueden fallar, pero de que tiene intrusos en la propiedad, los tiene y debería hacer algo.

—¿Qué me recomiendas?

—Tener otro capataz, milord.

—¿Crees que es necesario? No considero que los vecinos quieran invadir mis tierras.

—Usted también es inglés, no olvide que existe cierto resentimiento.

—Mañana recorreré la zona en busca de pisadas, por hoy solo haremos lo que vinimos a hacer. Llevemos la mayor cantidad posible, hay que mantener caliente el helado corazón de mi

tía.

—Sí, milord.

Continuaron con lo que les había llevado hasta el lugar. A Frederick no le molestaba tener gente extraña en sus tierras, tampoco que cazaran dentro; sin embargo, debía preocuparse por la seguridad de su visitante. Lady Kirby era capaz de desafiar hasta a su propia sombra por ganar una puja. Su lengua inglesa podría meterla en un aprieto absurdo en las Highlands.

Al alejarse de su acompañante, Frederick creyó ver la sombra de alguien con capa. Esa tarde no había llevado su arma para ahuyentar a quien fuera que estuviera haciendo algo extraño en su propiedad. ¿Quién era y qué podía querer con él? Debía hablar con sus vecinos para saber si alguien no tenía claro sus límites de las tierras. Eso haría al llegar al castillo, enviaría un par de cartas a los más cercanos para que evitaran seguir haciendo cosas que no correspondían. Él tenía muy claro cuáles eran sus tierras y con quién lindaba.

Su sirviente también había visto lo mismo que él, alguien rondaba y desconocían si era alguien peligroso o no. Quizá hasta se tratara de invasores que estaban escondidos para atacarlos en algún momento y apropiarse de todo con la violencia. En Escocia no era algo imposible, además, Frederick no era parte de ningún clan, era solo un terrateniente con una mitad extranjera. Si lo invadían, quizá él no pudiera hacerle frente a ellos por su diferencia numérica. Era fuerte, pero no para alocarse.

—Es hora de regresar —mandó Frederick, que seguía observando a su alrededor. Prefería estar en su fortaleza que en un lugar como ese en el que podrían emboscarlo y hasta herirlo al no conocer sus intenciones.

—Sí, milord. Definitivamente, hay alguien más con nosotros.

—Me alegraré si es solo uno y no varios. Apresuremos el paso. Desde mañana, que nadie salga sin un arma, del tipo que sea. Quizá la persona que sea dueña de la flecha que encontraste, también cuente con alguna pistola. Nosotros estamos desarmados, no tenemos esa ventaja.

—Un pensamiento muy inglés para usted.

—Mejor dicho, tú tienes un pensamiento muy bárbaro al creer que podríamos tener

oportunidad contra una pistola. Por si acaso es mejor que vea este asunto con los vecinos. No sabemos qué pasa, tal vez alguien viera algún movimiento extraño y sea capaz de responder mis cartas.

Al llegar al castillo, Frederick fue a la biblioteca, encendió una lámpara con su lata de yesca y después cerró la ventana antes de echar un vistazo hacia afuera. El sol se ocultaba en el horizonte y la temperatura comenzaba a bajar.

Fue a sentarse en su sillón de cuero que perteneció quién sabía a qué cantidad de ancestros suyos. Una vez que se acomodó, comenzó a redactar las cartas que deseaba enviara a sus vecinos más cercanos: Murray y Crawford. Quizá ellos pudieran ver a una cantidad de gitanos invasores o lo que fuera que se encontraba transitando en sus tierras.

Capítulo 2

La noche estaba cayendo sobre ella y debía apresurarse para llegar a su casa. Había pasado todo el día fuera para huir de su padre y de su excelsa corte de parientes que esperaban que de la noche a la mañana sintiera un cariño inmenso por su familia a la que nunca había visto y a la que no estaba dispuesta a tolerar.

Decidió salir de su casa para poder pensar mejor en qué hacer. Sabía que su padre se había puesto viejo y parecía maltratado, pero eso no era suficiente para que quisiera imponerse ante ella. Cazar, cabalgar y explorar era lo único que ella deseaba para su vida, no quería ser la esposa de nadie, al menos no de un inglés de esos que eran incapaces de hacer algo por cuenta propia.

—¡Catriona! —la llamó su padre al verla pasar por la puerta, después comenzó a toser con gran fuerza. Su salud decaía con rapidez y solo se había levantado de la cama para saber algo sobre su hija.

—Mi laird, puedo conversar con la señorita Crawford en su nombre —pronunció una institutriz.

—No necesito intermediarios para conversar con mi padre, señora —espetó con desprecio hacia la institutriz—. ¿Quién es para querer dar órdenes en mi casa?

—Señorita Crawford, su abuelo, el duque de Manchester, me ha contratado para educarla.

—No me importa saber de alguien que se preocupa por mí a los veinte años. Toda su vida me despreció, que no espere nada de mí.

—Catriona... —insistió su padre—. Tu abuelo y tu tío quieren lo mejor para ti, y yo prefiero que aceptes la educación que quieren darte, yo no te duraré para siempre y tampoco tengo más que esto para darte.

—Es un viejo tacaño que se negó a darte la dote de mi madre porque se murió en el parto. No quiero saber de esa gente. No me interesa —masculló.

—Señorita Crawford, su padre tiene razón, él mismo ha pedido la intervención de su abuelo, que no se ha negado a acogerla. Al igual que su tío, ambos están encantados con la idea de tenerla ahí, solo que, por los círculos que frecuentan, me han enviado a darle una educación rápida.

—Le daré una educación rápida, señora...

—Señorita Albright —la corrigió.

—Señorita lo que sea. Puede darse la vuelta por dónde llegó y decirles a esos caballeros que yo, Catriona... —Ella se detuvo porque no quería decir sus nombres ingleses—, no deseo nada que sea inglés, de hecho, prefiero comer paja con los caballos y pasto con las vacas antes que comer de su comida. Son despreciables.

—No es la forma en la que, la nieta de un duque y sobrina de un marqués, deba expresarse —dijo la institutriz.

—No tengo nada que ver con ellos, y si la sangre es el único vínculo, prefiero sangrar como un cerdo hasta morir.

—Basta de tonterías. Los *sassenach* se harán cargo de ti y es lo que importa —farfulló su padre.

—Prefiero casarme con un humilde herrero, un mozo o cualquier otra cosa, pero jamás pertenecer a los esclavistas y asesinos de esta tierra. Ladrones...

—No seas caprichosa, Catriona. Las Highlands han perdido el esplendor y solo quedan lairds para la política, la lucha no existe y lo único que importa es la supervivencia. Deja la estupidez escocesa de lado y piensa en tu conveniencia, si yo hubiera sido más inteligente...

Tanto el padre de Catriona como la institutriz y la joven, guardaron silencio, como si le estuvieran dando la razón al hombre por lo que estaba ocurriendo con el distanciamiento del duque y de su nieta. Aquel hombre nunca dejó que su pariente inglés se acercara, ya que sabía que querría arrebatarle a su hija de sus brazos al morir la madre de esta. Nunca había confiado en que un escocés tratara bien a una lady.

—Hazle caso a la arpía inglesa que envió el duque, es lo que te pido, Catriona —pronunció su padre, cansado.

—¿No hay otra opción para mí? Tal vez quedarnos aquí solos usted y yo. No hace falta que un inglés despreocupado me busque. Esa gente no ama ni siquiera a la sangre de su sangre. No me importa tener que cuidarlo hasta el último día, yo puedo proveerle comida y...

—Tienes que ser una dama si quieres sobrevivir. No puedes seguir creyendo que eres un varón. Eres una mujer y debes comportarte como lo que eres.

—Soy la hija de un escocés, hago lo que cualquier escocesa haría. Siento orgullo de usted.

—También eres la hija de una mujer inglesa, nieta de un duque.

—Basta, padre. Quiero olvidarlo. No me interesa y es todo lo que le diré.

Catriona dejó a su padre en compañía de la institutriz y se retiró a su habitación para seguir enfrascada en su negativa.

La institutriz se levantó del asiento en el que estaba y comenzó a dar varias vueltas por el salón antes de mirar al padre de la joven.

—Si usted me llama arpía, menos querrá que me acerque para enseñarle algo, mi laird. Debe cuidar su lengua, ahora puede notar a qué punto lo ha llevado su forma de referirse al duque de Manchester —reprochó la mujer.

—¿Quiere que hable maravillas del hombre que me arruinó? Necesitaba la dote de su hija para prosperar y darle una vida mejor a Catriona. Sin embargo, me presionó hasta terminar de ahogarme. No pude recuperarme de los incendios en mis tierras y tuve que empezar de nuevo. Nadie me saca de la cabeza que fue él quien hizo todo eso para quedarse con mi hija. Desde que nació no ha dejado de codiciarla, solo en este momento en que siento que no me recuperaré es que he acudido a él por ella, para que tenga lo que necesita para sobrevivir.

—Debió considerar que no sería eterno. Construir relaciones después de tantos años es difícil y más cuando le impidió comunicarse con su abuelo por medio de cartas. Ha sido injusto y ahora le queda pagar un poco el mal que ha hecho con la actitud de su hija. Solo puedo

asegurarle que sí doy resultado, la señorita Crawford se educará porque lo hará —sentenció la mujer.

Durante la conversación entre el padre de Catriona y la institutriz, alguien golpeó la puerta de la residencia de los Crawford.

La mujer caminó hasta la puerta para abrir y vio a un lacayo que fácilmente podría ser de algún inglés por cómo estaba vestido.

—Disculpen la molestia, lord Melbourne envía una carta para su vecino, el señor Crawford —dijo el sirviente que le entregó la misiva a la mujer.

—¿Quién es lord Melbourne? —cuestionó la institutriz.

—Es el dueño del castillo de Raasay.

—Gracias, se lo diré al laird.

Ella cerró la puerta y se acercó al escocés para entregarle la nota.

—Léalo. Desde que está aquí ya no existe la privacidad —masculló el hombre.

—Como pida...

Abrió la carta que era muy breve y sin tantas vueltas. No había un saludo muy amplio ni una despedida cordial.

—Aquí dice que, si usted no ha visto a algunos intrusos que pasaran por su propiedad, ya que él y su sirviente han visto a una persona con capa verde cruzando por sus tierras y también encontraron una flecha. Desconoce si hay más personas en sus dominios.

—Catriona... —masculló su padre.

—Eso no es bueno para una dama. Andar sola por el monte como si no tuviera dueño, es peligroso. Este tal lord Melbourne debe ser inglés para ser respetuoso y no levantarse en armas como lo harían los salvajes de estas tierras.

—¿Y dónde quedó lo de respetarnos, señorita Albright?

—En ocasiones se me pegan las malas mañas de mis pupilas y sus familias. Esto no le agrada al duque. No querrá saber que su nieta está expuesta a todo tipo de peligros aquí y más a caer en las manos de un hombre salvaje que podría tomarla como su mujer, ella siendo una dama de familia, es inconcebible.

—Tendré que conversar con mi hija y hacerle entender lo malo de su comportamiento. Iré a por ella. Usted siga en lo suyo, intentando hacerla entrar en razón, debe convertirse en una dama.

En su habitación, se encontraba enfurruñada, mirando en un costado su arco y sus flechas. Durante la tarde había perdido un par mientras intentaba cazar. Ese no había sido el mejor de los días para ese fin.

—Catriona —habló su padre al entrar en la habitación.

—¿Qué quiere, padre? No podrá convencerme de nada. No voy a someterme a la voluntad de ese adefesio que está en el salón, tampoco intentaré meter mis dedos en una asquerosa taza de té inglés. Es repugnante.

—Es mi culpa que pienses así, pero no puedes pensar que todo es malo en Inglaterra.

—¿Y qué piensa usted?

—Lo que yo piense no importa, es tu futuro. Hice mi vida aquí, me quedé, me arruiné y es todo. ¿Quieres ser miserable aquí?

—Sería más miserable fingiendo ser alguien que no soy, padre. Soy más grande que cualquier damita que ha visto, no encajo en ningún lugar y los vestidos son cortos y feos, al menos los que usan ahí.

—La arpía solo trajo ropa sin conocerte, no significa que no puedan hacerte prendas a tu medida. Escucha, Catriona, algunas cosas no comparto sobre nuestra cultura y es que el primero en tomarte puede decidir por tu vida. No quiero verte de una manera en que serás infeliz. Mi intención era hacer feliz a tu madre, pese a no ser el mejor candidato. Fue algo fortuito, ni

siquiera sé cómo ocurrió... —Él sonrió al recordar a su esposa—. Ella tenía algo encantador, sus modales, su gracia, su belleza. Creo que lo que más me gustaba era su encanto inglés. ¿Qué podría querer una dama educada de Londres con un salvaje de las Highlands? Algo pasó y ese rechazo se convirtió en amor. Si ella fue alguien maravillosa, tu abuelo debe serlo también.

—Padre...

—Con él no tendrás que ir a la propiedad ajena para alarmar a los vecinos. ¿Qué se supone que hacías cerca del castillo de Raasay?

—Perdí una flecha y fui hasta ahí —admitió—. Estaba cazando. ¿Al dueño le molesta que la gente le robe un ave de sus tierras? Debe ser muy tacaño.

—Ni siquiera conoces a lord Melbourne.

—¿Para qué conocerlo si es tan llorón porque alguien entró a sus tierras?

—Estabas invadiendo su territorio y eso es delicado en Escocia.

—No quería hacer nada malo. Solo quería recuperar mis flechas, hoy no ha sido un buen día de cacería.

—Te prohíbo regresar por esos lugares, ¿entiendes? Desde mañana te sentarás con esa alimaña que envió el duque para que te educara. Todavía tengo fuerza para aguantar hasta verte bien y quizá hasta feliz.

—Pero...

—Cenaré en mi habitación, debo descansar un poco.

Su padre se retiró de la habitación, dejándola sola y sin muchas opciones. No quería empezar su camino a ser una dama estúpida a la que su abuelo pretendía exhibir en un salón frente a un montón de ingleses que tal vez la tratarían como esclava por ser escocesa. Jamás dejaría su libertad en el bosque por vivir una tontería que ella no deseaba y a lo que jamás se acostumbraría.

No estaba interesada en conocer a la venerable familia de su madre. No quería tratar con nadie más que con su padre y las personas a las que conocía por los alrededores, como su amiga, Blair. Las dos eran grandes amigas de infancia y, aunque ella buscaba el matrimonio de manera casi desesperada, todavía le parecía digno conservar su amistad. Quizá ella pudiera hacerla sentir mejor entre toda la situación de dudas que se generaba alrededor de su vida en ese momento. No solo por la incómoda presencia de la institutriz, que parecía un buitre esperando a que muriera para poder alimentarse de ella y también la enfermedad de su padre que le tenía preocupada. No quería perder a la única persona que en verdad la amaba y a quien correspondía en el afecto.

Siempre pensaba en él y en la sanación de esa rara enfermedad que lo aquejaba cada cierto tiempo con tanta agitación. Sin embargo, le preocupaba mucho que en esta última oportunidad decidiera comunicarse con su mayor enemigo, eso significaba que sentía que la muerte lo rondaba.

Capítulo 3

Al igual que su padre, ella prefirió cenar en su habitación y tratar de ignorar la presencia de la institutriz; sin embargo, ella no le había enviado la comida, por lo que tuvo que ir hasta el comedor para buscar su cena por su cuenta.

—Señorita Crawford, usted cenará conmigo —sentenció la institutriz.

—No puede obligarme, señorita arpía.

—Su padre me ha dado potestad para poder obligarla a obedecer. Debería sentir empatía por el padecimiento de su padre y respetar su voluntad.

—Él siente suficiente empatía por sí mismo para que yo también la sienta. Si no fuera así, no estaría buscando su tranquilidad antes de ser devorado por los gusanos. Es el único culpable de lo que ocurre conmigo hoy en día, si la odio a usted, a mi abuelo y al vecino, es por su causa. No debió creer que sería alguien inmortal.

—Con lo único que concuerdo es con lo último que ha dicho, su padre es el gran culpable de todo, pero usted es una dama que lo aprecia y entenderá que en este instante él busca lo mejor para su vida. Recuerde que quien seguirá viva es usted, por lo que debe asegurar su futuro.

—No me interesa asegurar mi futuro. ¿Qué necesito para vivir tranquila? Tengo el agua en el arroyo, las verduras y los animales en la tierra y el bosque...

—Y dinero para el techo. ¿Piensa que este festín podría darse con usted viviendo del viento de las montañas? Necesita un lugar para vivir, gallinas para criar y que le den comida, prendas para vestir y formas de pagar las armas de caza. ¿Usted sabe de herrería y de carpintería? Lo dudo mucho. Las habilidades importantes de una dama son la costura, la música, la jardinería y, por supuesto, la gracia.

—No tenemos la misma visión, puesto que todas esas habilidades están puestas en que alguien me mantenga, en cambio, lo que yo he dicho es para mantenerme por mí misma.

—El objetivo de una dama de su clase es el matrimonio y dar hijos a su esposo.

—Qué destino tan miserable me espera si solo debo limitarme a servirle de yegua a alguien.

—Será una yegua con muchos privilegios. Hablaremos en su idioma si no quiere hablar en el mío, señorita Crawford.

—Por fin, la fina institutriz londinense conversará en mi estilo.

—Tendré que rebajarme mucho, pero puede que la ganancia sea muy amplia para mí. Siéntese y coma.

Ella se sentó y cogió la carne que le habían servido con una mano y con la otra agarró el pan que estaba en una cesta.

—Qué modales tan exquisitos, señorita Crawford, mucho mejor de lo que imaginaba —alegó la mujer, burlona.

—¿Y qué imaginó?

—Que metería la cabeza en el plato, como un cerdo hambriento disfrutando del barro.

—Tiene mucha imaginación para ser una mujer de mucha educación.

—Ser instruida no mata la creatividad, da mucho más que hacer que no pensar por no querer hacerlo como usted que vive porque le llega el aire a los pulmones.

—Usted es digna enemiga para mi intelecto cuando se rebaja, puesto que no la entiendo cuando habla en sus palabras inglesas.

—Sabe hablar inglés a la perfección, nos entendemos hasta donde le dé la capacidad.

La joven siguió comiendo su cena con el ceño fruncido, le desagradaba la institutriz que estaba plenamente preparada para cualquier situación por mala que esta pudiera ser. Su abuelo no había escatimado para buscar a alguien que no se rendiría con facilidad.

—¿Cómo es el duque de Manchester? —preguntó Catriona para no quedarse callada tanto tiempo en la mesa. Le resultaba incómodo.

—Su abuelo es un hombre elegante, refinado, educado, y fue muy atractivo en su juventud, al menos es lo que dicen por ahí.

—¿Cómo es?

—Es alto, de cabello blanco y ojos tan verdes como los suyos. Usted se parece a su madre, solo que el pelo es distinto, ella era rubia.

—¿Usted vio una pintura de ella?

—Sí. Hay una pintura muy grande en la galería de su familia. El duque la aprecia con mucha frecuencia. Tengo entendido que era su única hija, después está su tío, el marqués, que es como tener a su abuelo de joven y él tiene un hijo pequeño.

—Tengo un primo...

—Sí. Debería considerar conocerlos. Su abuelo vendrá en el invierno, solo que está intentando conseguir un lugar digno para que usted viva con él en Escocia antes de irse a Londres, quiere asegurarse de que no lo avergonzará.

—Vaya abuelo cariñoso que tengo. Creo que es mejor que esté lejos de mí. Es demasiado engreído para mi gusto, ya que significa que si no soy lo que espera no me presentará a sus prestigiosas amistades. Siga intentándolo, señorita arpía. No conseguirá que aprecie a alguien con esas ínfulas.

Catriona tomó la copa de vino, la bebió de un trago y luego se retiró a su habitación.

La señorita Albright sonrió antes de secarse la boca con una servilleta. Por supuesto que ella lograría su objetivo de reformar a esa joven. El padre le había dado varias pistas para empezar con eso, tal vez tardara; sin embargo, lo lograría.

Al día siguiente, Catriona tenía la firme intención de no cruzarse con la institutriz que había enviado su dichoso abuelo. Se puso su arco y flechas al hombro y corrió para bajar las escaleras

con presteza. Desayunaría lo que le otorgara la naturaleza.

—¡Señorita Crawford! —la llamó la institutriz que la vio tratando de huir.

—Señorita Albright —masculló con los brazos cruzados.

—He visto que saltó sobre los bordes de la escalera. Eso es peligroso para usted.

—Pensé que me diría: ¿Beberá su desayuno desde la ubre de la vaca?

—No se me había ocurrido, pero es algo lógico viniendo de usted. ¿Por qué mejor no nos acompaña a la señorita Murray y a mí para el desayuno? Ella es una ávida criatura que desea aprender modales.

—¿Blair está aquí?

—Ha venido a verla.

Apresurada, Catriona fue al comedor y encontró a su amiga, practicando unos movimientos de su mano.

—¡Catriona! La señorita Albright dice que tengo muchas esperanzas de convertirme en una dama elegante —expresó su amiga.

—¿Qué le ha hecho a Blair? —increpó al no reconocerla.

La institutriz estaba orgullosa por el lavado de cerebro que le había hecho a la amiga de Catriona. La pobre jovencita había sido seducida por las palabras elegantes de la mujer. Ella era diferente a la nieta del duque, ya que la escocesa estaba muy interesada en conocer todo lo que hacían las mujeres inglesas y emularlo. Le daba orgullo alguien que quisiera cooperar tanto, era una lástima que no cooperara quien debería.

—La señorita Murray es una excelente aprendiz. Ha aprendido a coger los cubiertos con rapidez, no me queda más que felicitarla.

—Eres una desalmada, Catriona. ¿Cómo no me habías dicho que tenías visitas en tu casa y

más que era tu institutriz? Las cosas buenas se comparten, pensé que compartiríamos todo y resulta que no es así —reprochó Blair.

—Pero si esta mujer apareció de la nada y no quiero tener nada que ver con ella. Vamos al campo, Blair —mandó la joven.

—¿En verdad desperdiciarás un poco de educación que buena falta te hace?

—Por supuesto. No pienso dejar que una inglesa me diga lo que tengo que hacer.

—A mí me resulta tan interesante. Quiero aprender mucho. La señorita Albright me ha dicho que pronto reiré como una verdadera dama y no como una mujer de las cavernas.

Catriona miró con desprecio a la señorita Albright por lo que le había insinuado a Blair. Su amiga era tonta, pero buena e inocente, no merecía que dijeran algo semejante.

—Le parecerá horrible, pero la señorita Murray estuvo de acuerdo con eso, no se ha ofendido porque sabe que tiene mucho que mejorar. Reconocer los defectos es el primer paso hacia la excelencia.

—Habla y habla como si fuera una urraca. La mayor parte del tiempo, ni siquiera entiendo lo que dice, me marea, me enfada y me provoca darle un flechazo directo al corazón —espetó Catriona.

—Si logra darme un flechazo certero, hágalo, si desperdiciará sus flechas como las que dejó en la propiedad del conde de Melbourne, mejor déjelo y siéntese a desayunar con su amiga. Mientras más se niegue, la vida la traerá hacia mí, ¿no lo comprende?

—Hazle caso a la institutriz. Si queremos encontrar un buen esposo, ella nos dirá cómo hacerlo. He oído que muchas mujeres escocesas han ido a Inglaterra en busca de un buen matrimonio, ya que aquí solo hay herreros y hombres salvajes.

—Prefiero a los sudorosos herreros que a esas serpientes perfumadas a los que llaman caballeros ingleses.

Blair se levantó de su silla con su sonrisa y su dulzura característica y se acercó a Catriona.

—Esto es muy divertido, Catriona. Quédate un poco y después nos iremos a dar un paseo. Las clases de la señorita Albright son excelentes, si mi padre hubiera pensado en algo así y no que dejara que me educaran un montón de gorilas como mis hermanos, sería muy feliz, pero ¿quién quiere casarse con Blair Murray? Nadie, tiene tres hermanos mayores que son capaces de desgarrar a los otros con solo una mirada. Mi queridísima amiga, necesito ser una dama para conseguir una oportunidad.

—¿Qué crees que conseguirás aquí en Escocia? Al menos en esta región no conozco a nadie que sea algo así como un caballero.

—¿Y no oíste de nuestro adinerado vecino lord Melbourne? Me sorprende. Dicen que no llega a los cuarenta años, es un caballero soltero... ¿Sabes lo que significa que en las Highlands alguien te abra la puerta, te ayude con las tareas de fuerza y te trate respetuosamente como lo que eres? Él es ese hombre.

—Entonces no es escocés. Blair, baja de tu nube de ilusiones y pon los pies en la tierra. ¿Quién querría a una mujer a la que debe cuidar constantemente? Nadie quiere a las dichosas damas que solo viven para sus frivolidades.

—Un poco de frivolidad no nos caería mal. Anda, Catriona, tú eres mi única oportunidad de ser una dama y de conseguir algo en Inglaterra.

—¿Qué le ha estado diciendo a Blair? —increpó Catriona a la institutriz.

—Lo que usted se avergüenza de decir: que su abuelo es un duque inglés y que quiere que vaya a vivir con él. No debería ser tan egoísta, puede darle la mano a su amiga para que ella alcance sus objetivos, ¿no le parece?

—Ya era mucho que supieran que soy mitad escoria inglesas. Mi vida está arruinada gracias a su lengua incontrolable, señorita Albright.

—Tampoco es para tanto, Catriona. Donde tú ves miseria y desolación, solo existen oportunidades y triunfo.

Catriona miraba a Blair como si aquella hubiera perdido el juicio.

—Creo que soy Murray y no Crawford. Mi cabeza me impide pensar como tú, Blair.

—Si quieres ser Murray, mis hermanos estarían encantados de convertirte en su yegua en todos los aspectos. ¿Es la vida que esperas? Son horribles y huelen mal. Yo no dejaría que me toquen un solo pelo.

—Ellos son como mis hermanos, Blair, y no creo que me vean de otra manera.

—Es lo que tú crees, pero que no te sorprenda que en algún momento alguno de ellos aparezca aquí con una ofrenda para conquistarte.

—Lo que dice la señorita Murray suena horrible, es como una pesadilla, señorita Crawford, debería considerar los buenos consejos de una persona con ambiciones como su amiga —sugirió la institutriz.

La joven se sentó a la mesa y esperó a que alguien le sirviera el desayuno. Sus planes de salir por la mañana estaban destruidos, al menos por el momento. En verdad que tener de pretendientes a los hermanos de Blair no era algo que le atrajera mucho, aunque tampoco un pizpireto hombre de Londres, alguien que quizá, como mucho, supiera cazar y cabalgar. No estaba interesada en cosas intelectuales, ella pertenecía a la naturaleza y eso era lo que le llenaba. Su escasa educación con los libros tampoco la ayudaba para una buena relación. Esa tal señorita Albright debía ser como una deidad si lograba que ella pudiera amar los hábitos ingleses, dudaba que lo hiciera, pero no se confiaba, pues parecía tener experiencia, muchas mañas y varios ases bajo la manga.

Capítulo 4

Frederick no recibió respuesta de sus cartas, por lo que decidió buscar por su cuenta a lo que fuera que rondara por sus tierras. No quería creer que alguien quisiera invadirlo, siendo que era un terrateniente escocés, aunque no tan escocés.

—Lord Melbourne, ha llegado una carta —comunicó una doncella que se apresuró a interceptarlo antes de que saliera de la casa.

Él la cogió y se fijó que estaba sellado con el sello de su tío, lord Kirby. Desplegó el papel con tranquilidad y comenzó a leer.

Mi adorado sobrino.

Te escribo porque sé que me estás esperando, y por respeto a las formalidades, quería informarte que lord Kirby y yo llevaremos a un invitado muy especial. Confío en que tu residencia escocesa es digna de albergar a personas de nuestra clase social tan elevada. Si no está en condiciones, todavía tienes unos días para hacerlo, Frederick querido.

Espero que no te moleste que ofreciera tu residencia a un buen amigo que no tiene un lugar digno que lo albergue en Escocia, solo el hogar de otro noble puede ser un excelente lugar para él. Cuando lo conozcas sé que te agradará mucho, puesto que tienen algunas cosas en común.

Un abrazo para mi más preciado sobrino.

Atentamente.

Lady Kirby.

Suspiró al darse cuenta de que su tía ni siquiera había llegado a conocer su casa y ya tenía invitados. Su visita sería un largo suplicio, pero sabía que eso acabaría una vez se casara. Ella estaba muy pendiente de que él contrajera matrimonio. Tampoco dudaba que la persona a la que invitó también tuviera a sus propios invitados, tal vez alguna esposa e hijos, o, mejor dicho, hijas, puesto que lady Kirby quería arrojarlo a los brazos de una inglesa de la aristocracia, no

más jóvenes sin rango nobiliario, se encargaría de que no volviera a equivocarse.

Era probable que se alegrara por eso, ya que eso le quitaría de encima el peso de una mala elección otra vez. Su tía quizá tuviera mejor gusto que él, aunque la persona a la que debía escoger era a alguien que le agradara para vivir a su lado hasta que la muerte los separara.

—Dile a Wolfie que me alcance con la carreta, volveremos a juntar leña —anunció Frederick, resignado.

—Sí, milord.

La doncella fue hacia el pasillo que llevaba a la cocina. Su sirviente y él volverían a acarrear leña para más invitados. Sus cálculos se habían quedado cortos, puesto que más habitaciones estarían llenas. Además, debía de haber algunas personas más en el pueblo que pudieran ayudar con la limpieza del castillo. Era muy grande y con sinceridad, ya ni siquiera sabía lo que tenía por los rincones.

Lo mejor era rondar por su castillo para saber las necesidades que debía cubrir para que alguien del mismo estrato social que su tía fuera su huésped.

Mientras hacía un recorrido minucioso por su morada, notó que solo faltaba limpiar el hollín de las chimeneas de las habitaciones, también comprar un par de escritorios, camas y armarios. Estaba seguro de que eso los conseguiría en el pueblo.

Hizo una lista mental para seguir sumando lo que gastaría para acondicionar lo necesario. Contratar más personal era clave para eso.

—La doncella me dijo que lo alcanzara para cortar leña, milord —musitó su sirviente.

—Wolfie, he tenido un cambio de planes. Mi tía, mi invitada que decidió venir por su cuenta sin ser en realidad mi invitada, tiene sus propios invitados. Quiero poner el castillo en buenas condiciones. Acompáñame a conseguir muebles y otras personas que me ayuden. Sabes que aquí hay personal justo para que me atiendan, pero sé que no darán abasto cuando toque tener a más gente y quizá sean muy quisquillosos. Mi tía ya es un reto y no sé qué clase de séquito podría traer a estas tierras.

—Nos llenaremos de ingleses... Sin ofender, milord —musitó el criado, dándose cuenta de lo que había dicho antes.

—Por supuesto. Hay que aceptarse con los defectos y virtudes. Que preparen el carruaje, hoy tendremos un día muy largo. Espero que nos alcance el tiempo para hacer más cosas. Creo que mañana saldré a recorrer la propiedad. El asunto se vuelve más delicado con otros ingleses aquí. No sabemos si alguien esté interesado en hacernos daño.

—No lo creo, milord. Usted conversa muy poco con las personas de aquí, y tampoco hay mucho que pueda delatar que es inglés.

—El título lo dice todo. No hace falta hacer demasiado por echarme tierra encima, ser quien soy resulta ser un problema para algunos que odian a los ingleses, a todos por igual, sin excepciones.

—Lo dudo, milord, aunque creo que pueden ser los hijos del laird Murray que siempre están paseando por sus tierras y el capataz de esta propiedad los ha visto de lejos. Siempre andan juntos, por eso son reconocibles.

—¿Usan flechas?

—Mmm... No sabría decirle, pero andan a caballo.

—Pues entonces no son ellos. Quizá expulsaron a los que estaban en sus tierras y los enviaron a las mías.

—Es probable. Iré a preparar el carruaje.

El conde fue a esperar al carruaje frente a su residencia, cuando su doncella le llevó los guantes, el sombrero y su bastón para que pudiera salir, mas Frederick consideraba que aquello llamaría demasiado la atención. Prefería ir con su capa, unas botas gastadas, una camisa un poco amplia y nada más. No quería vestir ninguna prenda que lo delatara demasiado. Prefería pasar desapercibido, no quería que la gente hablara sobre su apariencia elegante y que eso espantara a la gente de él, quería ser alguien normal en esa parte de Escocia, que lo trataran como otro escocés más, y vistiendo como un inglés arrogante no lo lograría.

Lamentaba tener que sentirse como un intruso en algo que también le pertenecía. Por sus venas también corrían años de herencia de Highlanders, él también tenía esa misma esencia. Sentía que era afortunado por tener lo mejor de los dos mundos: el dinero inglés y las tierras escocesas.

Tanto él como su sirviente partieron rumbo al pueblo que quedaba a varias millas de las tierras de Frederick. Llevaba tiempo sin ir, le haría bien salir a mirar lo novedoso que tenían por esos lugares. Sin duda, quizá comparara Escocia con las elegantes y vanguardistas tiendas inglesas. Admitía que, por negocios y asuntos del título, pasaba más tiempo entre viajes de un país a otro que en un sitio en particular.

Había sido criado entre Londres, los condados y ese castillo en Escocia, más en tiempos de invierno. Cuando estaban ahí notaba a su madre más vivaz que nunca. Al respirar el aire de su tierra, ella se convertía en otra persona. Dejaba de lado la prenda de condesa y volvía a los vestidos aterciopelados para el duro invierno que disfrutaba con una gran sonrisa. Ir a Escocia significaba libertad, una libertad real y no cualquiera que se hiciera llamar así dentro de las limitaciones de su título, lo que más le encantaba era no hacer reverencias y que tampoco se la hicieran de mala gana.

Pese a que ella no se había adaptado a Londres y su relación con la familia de su esposo era muy mala, sus parientes nunca le hicieron sentir que no lo apreciaban, quizá su madre no era del agrado de ellos, pero él siempre había sido bien recibido y querido por todos.

Durante su travesía por las calles del pueblo, apreció a la gente interactuar con otros, comprando cosas, conversando con los demás y hasta vio a muchos ebrios saliendo de las tabernas a esas horas.

Los mercados estaban llenos de gente que buscaban surtirse de productos frescos y silvestres. Un hombre caminaba con cinco patos colgados en un palo que llevaba sobre los hombros gritando el precio de las aves.

En cierto momento pensó que esos animales podrían ser de sus tierras y que alguien los había llevado hasta ahí para conseguir dinero; sin embargo, no creía que eso pudiera ser posible, suponía que podrían ser gitanos que querían alimentarse en sus tierras mientras estaban en tránsito con sus campamentos. No los quería en su propiedad, definitivamente no. Su tía podría correr peligro. Además, también sería responsable de la seguridad de otras personas más a las

que, de manera un tanto irresponsable, su pariente había invitado.

Cuando llegaron a un lugar en donde un hombre tallaba madera, observó que tenía algunos muebles hechos. Tenía a varias personas trabajando en sus cosas. Le preguntó si podría llevar cierta cantidad de ellos a su castillo y después efectuó el pago de lo que había pedido. El carpintero se había alegrado por lo mucho que le había dado por todo lo que pidió. Después, Wolfie tomó otro camino para esparcir el rumor de que el conde de Melbourne buscaba criados, a la vez que él recorría los lugares para observar las prendas que se vendían por el lugar. Confiaba en que ahí conseguiría prendas que no lo confinaran a una asfixia permanente y tampoco romper las pocas ropas que tenía para estar presentable frente a otras personas.

—Vaya forma de pasar el invierno —masculló al darse cuenta de que debía olvidarse de la libertad que esperaba tener.

Siguió su camino hasta la tienda en la que varias mujeres trabajaban. Entró y encargó muchas camisas y calzas. Un par de ellas que probablemente fueran solteras, le sonrieron con coquetería y él les correspondió.

Las damas que lo observaban aumentaban su moral con gran éxito, sabían cómo hacer sentir bien a un hombre.

—Señor... —lo llamó una bella joven, cuyos cabellos rubios llegaban hasta su cintura y después se acercó hacia él con presteza.

—Dígame, señorita —correspondió con educación.

—Encargó muchas prendas y creo que también pueden faltarle algunos zapatos... —alegó la joven que lo miraba como una presa. Ella tenía las manos detrás de la espalda, lo que hacía que sobresalieran sus senos.

—Tiene usted razón... —Él observó lo que ella le ofrecía, le resultaba un poco vulgar, pero muy agradable a la vista. La joven era muy hermosa.

—A una calle de aquí podrá conseguir unos muy bonitos.

—Se lo agradezco.

—Por la noche estaré sirviendo *whisky* en la taberna del pueblo a cuatro calles de aquí... —contó mordiéndose los labios al hablar con él.

—Gracias por la invitación. Me gusta el *whisky*.

—¡Megan! —la llamó su madre.

—Disculpe, tengo que irme. —La joven se disculpó y fue corriendo junto a su madre que la cogió de la muñeca y se la llevó hacia un callejón del pueblo.

—Madre, basta —dijo Megan.

—¿Qué hacías coqueteando con ese hombre?

—Escuché que ha comprado muchas cosas en varios lugares y le ofrecí un lugar más para que siguiera comprando.

—Estás comprometida, ¿quieres que los Murray nos maten?

—Yo no quiero comprometerme con ninguno de ellos. Yo aspiro a mucho más. Los vestidos de la modista son tan hermosos que solo ese hombre podría comprármelos. No quiero un enorme jabalí, un venado, un cerdo o un bisonte sobre mi mesa —escupió.

—Pero ya no puedes cambiar las cosas. Eres la mujer de Arran Murray.

—¡No es porque quise serlo, madre! —espetó recordando la tarde en que ese salvaje la atacó cuando regresaba de recoger leña en el bosque.

—Las cosas son como son. Te ha tomado y eres suya. Ahora regresa a tus labores.

Ajeno a la conversación de Megan y su madre, Frederick fue a la tienda que le sugirió la joven y pensó en la sutil información que le había dado.

Ir a una taberna escocesa era lo que le faltaba hacer para sentirse un escocés común. Por supuesto que no iría solo, Wolfie lo acompañaría para que no tuviera problemas con nadie. Él

quizá fuera un poco inadaptado para los londinenses, pero era demasiado refinado para los escoceses. A leguas podía notarse que era algo un poco más de lo que aparentaba. Sabía que existían nobles en Escocia, pero no estaba interesado en convivir con ellos, quería ser libre, corriente y espontáneo. En conclusión, asistiría a la invitación que le hizo la mujer.

Capítulo 5

Después de comprar los zapatos por sugerencia de una bella señorita, se encontró con su sirviente en el punto de encuentro que era donde el carruaje los esperaba.

—Ya he pedido que se haga saber a los interesados que el dueño del castillo Raasay busca doncellas —contó el sirviente.

—Excelente, Wolfie. Mientras tú hacías algo útil, yo hacía algo muy típico de los ingleses: gastaba dinero. A la salida de una de las tiendas, una joven muy bonita se acercó y me sugirió una compra más.

—Debe ser una de esas jóvenes a las que les pagan para que lleven a los visitantes a lugares donde gastarán todo su dinero. Hay muchas mujeres escocesas que se dedican a eso.

—No me ha pedido dinero, por lo que no ha ganado nada. Tal vez fuera el negocio de su familia. En fin, eso no importa, lo que puedo decirte es que esta noche saldremos.

—¿Y qué hay de la noche de fiesta en el castillo?

—Podríamos venir todos aquí. Imagino que habrá más mujeres para todos, o al menos algunos tendrán que compartir la atención. Yo invito.

—Eso les gustará a los hombres, milord. ¿A qué se debe que ha querido salir?

—La joven me invitó a la taberna del pueblo. Me entusiasma una mujer con un poco de vulgaridad. Después de estar en Londres, créeme que es un golpe de aire fresco. Besar a una dama en Inglaterra es algo difícil, aquí al menos podríamos hasta apolillar en cama ajena.

—Es un buen punto de comparación, milord. Con todo esto, los sirvientes se alegrarán mucho al salir de la propiedad. Mujeres y el alcohol es el sueño de todos ellos.

—Un poco de felicidad no viene mal, y yo necesito de una joven que me alegre un poco. A veces ni siquiera la cama se me hace tan apetitosa como la compañía, sentirse tentado es mejor

que caer en la tentación. Ese es el encanto de las inglesas.

—Si huyó de ellas, quizá no son tan encantadoras.

—La que escogí no era la correcta en algunos aspectos, pero tenía una excelente conversación.

—Si no busca relaciones íntimas, sabrá que no es un escocés nato, milord. Debería considerar la idea de comportarse como un patán.

—Wolfie, no me des ideas, pues puedes desatar a mis demonios.

—Si quiere una mujer para ahogar penas, aquí estarán servidas. La mayoría de ellas están acostumbradas a un trato rudo, es nuestra forma de ser, es innata.

—Intentaré ser un buen sinvergüenza, no debería costarme trabajo, lo traigo en la sangre.

Los dos hombres rieron ante lo último que había dicho Frederick. Estaban animados por lo que la noche podría acarrearles.

Entre las pretensiones de Frederick sí se encontraba acostarse con alguna fémina que le interesara solo para despeinarse un poco, ya que, a su edad, había dejado de lado aquella locura de perseguir mujeres con desesperación. Tenía cerca de cuarenta años y no había hecho mucho con su vida, le urgía sentar la cabeza y volver a estabilizarse.

Si bien, en algún momento se consideró estable, su tiempo en Londres le demostró que eso no era cierto. No estaba listo ni siquiera para escoger a una esposa, era doloroso, pero real. Una compañera que le diera hijos y con quien pudiera compartir su fortuna era lo ideal; sin embargo, eso lo tendría una vez que su tía comenzara a llenarlo con nombres de candidatas, así que, por el momento, quizá tuviera un corto desliz.

Una vez en la residencia, el conde descansó con un periódico en la mano. Aquel papel venía de Londres y comentaba las noticias sobre los principales eventos políticos y sociales de un par de semanas atrás. Con eso él esperaba tener un poco más de conocimiento del cotilleo para encajar con lo que en el futuro podría ser una esposa, ya que, su tía jamás aprobaría a una joven como la que le habló en el pueblo, alguien así era inconcebible en la mente de lady Kirby.

Mientras él se entretenía con eso, Wolfie fue a contarle las buenas nuevas a los sirvientes de las cuadras y del campo. Aquellos no habían parado de festejar que era probable que terminaran la extenuante jornada de trabajo con alguna joven que los consintiera. La emoción era contagiosa, hasta el mismo Frederick se sentía entusiasmado por salir y beber *whisky* con ellos.

Por negocios, solía ir a *White's* y se reunía con los nobles, se divertía, pero no se sentía tan cómodo como esperaba. En cambio, en ese momento creía que tendrían una buena noche. Ya dependería de todos encontrar una mujer para pasar el rato.

Había llegado la hora de salir en grupo para ir a la taberna del pueblo. Frederick y Wolfie iban en el carruaje y sus sirvientes salieron a lomos de sus caballos.

—Wolfie, quisiera que solo me llamaran Frederick o señor. No quiero que me llamen milord. Iremos a un lugar muy escocés y no quiero que por algún motivo se den cuenta de quién soy.

—No se preocupe, milord. Nosotros le diremos como usted nos pida…

—Espero que me traten como a su igual para que podamos divertirnos.

—Entonces esperemos que no se pongan ebrios y comiencen a pelear con usted. Si eso pasa, no los despida.

—No te preocupes, Wolfie, eso no pasará.

Una vez llegaron al pueblo, Frederick y sus diez hombres entraron a la taberna a la que lo había invitado la mujer ese día. Él la buscó con la mirada y la encontró con una bandeja en la mano, recorriendo para servir a los que ya estaban.

Frederick y sus acompañantes comenzaron a acomodar las mesas y sillas para estar juntos. Los sirvientes no dejaban de mirar a las bellas jóvenes que caminaban por el lugar. El conde levantó la mano para que lo viera la joven y pudiera atenderlos.

Megan sonrió al ver al caballero al que invitó ahí. Esa era una buena señal para ella. Se acercó y se colocó junto a Frederick sin dejar de mirarlo con coquetería.

—Buenas noches, ¿qué desean para beber? —preguntó Megan.

—*Whisky* para todos, del mejor, por favor —respondió Frederick.

—Por supuesto. Pronto estaré de regreso…

Megan corrió hacia donde estaba su tío que era el tabernero y le sonrió.

—El mejor *whisky*, tío. En aquella mesa hay un hombre que pagará mucho —contó.

—¿Y cómo sé que no está pagando por mi sobrina? —cuestionó el dueño.

—Lo hace por la bebida y no por mí, pero espero conversar con él después.

—Megan, no quiero problemas con los Murray, ¿entiendes?

—Sí, lo sé. No creo que ese salvaje aparezca por aquí hoy. Ya se fue muy borracho ayer.

—Que así sea...

Ella preparó la bandeja con una botella de *whisky* y diez copas para que bebieran a su gusto. Se acercó a ellos y dejó sobre la mesa lo que había llevado.

Frederick la miraba con el mismo interés que los demás; sin embargo, él no era tan salvaje y evidente, por lo que se levantó de su asiento y la miró desde su altura, haciéndole un gesto para que conversaran un instante.

—Mi estimada dama, ¿podría hacerle una pregunta? —curioseó mirando a los ojos de la joven y después hacia su escote. Esa zona de su cuerpo era muy atractiva y sensual.

—La que usted quiera, mi señor —respondió.

—¿Sería tan amable de conseguir mujeres para mis acompañantes? Me temo que hay pocas aquí.

—Las mujeres de la meretriz vienen un poco más tarde si gusta esperar. Siempre buscan buenos clientes. Si quiere puedo hacer que la espera sea más corta enviando a alguien hasta ahí.

Él sonrió ante la predisposición de la joven.

—Estaría complacido de que lo hiciera. Dejaré una excelente propina.

—¿Y a usted quién lo atenderá, mi señor? —indagó con sutileza.

—Si usted está disponible, me gustaría un poco de su compañía.

Los dos sonrieron y Megan se mordió los labios. Ese era el hombre que ella necesitaba en su vida y no quería dejarlo ir, era su salida de un compromiso destinado al fracaso, ya que no dudaba que mataría a su esposo si llegaban al altar.

—Por supuesto, milord. Puede esperarme un momento en aquel pasillo —señaló—. Iré junto a mi tío para que envíe a alguien a lo de la meretriz.

Asintió sin rechistar y fue hasta donde la joven le pidió. Se quedó en el sitio recostado por una pared, esperando a que ella fuera junto a él. Un poco de consuelo no le vendría mal para estar mejor después de unas semanas tortuosas al quedarse solo y tener que retomar la misión de buscar una esposa a su edad, aunque eso debió pensar antes cuando estaba trabajando en la producción de *whisky*, eso acaparaba todo su tiempo, no le alcanzó para preocuparse por un matrimonio. Una vez que logró lo que esperaba de su negocio, aceptó la invitación de su tío, el señor Clement para ir a Londres, en donde comenzó su fallida cacería.

—Mi señor —pronunció la joven que se acercó hasta él—, me llamo Megan.

—Soy Frederick. Hoy me han servido sus consejos.

—Me alegro haber sido de utilidad para usted, mi señor. —Megan apoyó una de sus manos en el pecho de Frederick.

Eso desencadenó un poco del deseo durmiente que tenía Frederick. La joven era bella y deseable, tanto que su entrepierna comenzaba a endurecerse. No creyó posible que necesitara con tanta urgencia de una mujer; sin embargo, ahí estaba él en una situación en la que podría salir

satisfecho.

Entonces, él recorrió con sus manos la clavícula de Megan para acariciar su tersa piel. Le hacía bien tocarla de esa manera que, pese a que no era una muy respetable, debía entender que ahí las mujeres eran más libres y podían escoger con quién pasar sus noches. Él era un hombre atractivo y no dudaba que lo hubiera escogido.

Deslizó una de sus manos sobre los senos de la mujer hasta llegar a la cintura y después la atrajo hacia su cuerpo haciéndole sentir su hombría.

Entrando a la taberna se encontraban los tres hermanos Murray, como si fueran trillizos; no obstante, se llevaban un año entre ellos. El mayor era Lean; el segundo, Arran y el tercero, Cole. Los tres eran grandes especímenes de las Highlands, típicos hombres fornidos, autoritarios, demandantes, salvajes y sangrientos.

—¡Buenas noches, Johnson! —saludó Arran en voz alta.

Johnson era el dueño de la taberna y tío de Megan.

Megan se separó de Frederick y comenzó a temblar, desesperada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Frederick ante el comportamiento de ella.

—Los Murray... Son una plaga asquerosa —masculló—. Por favor, regrese a su mesa.

Ella lo abandonó con premura y salió del pasillo en el que estuvo enfrascada con Frederick.

El conde la siguió y vio a tres varones corpulentos con el semblante agresivo hablando con el tabernero. Uno de los hombres de fuertes ojos azules, se fijó en Megan que pasó junto a él y este la siguió con la mirada. Frederick tomó asiento en su lugar.

—¿Qué ha ocurrido, milord? —indagó Wolfie.

—La mujer le tiene pavor a esta familia.

—La entiendo. Son unas bestias.

La joven intentó continuar con su trabajo, pero Arran la perseguía por todo el lugar.

—Mujer, ya te ordené que dejes este sitio —farfulló Arran, siguiéndola, pero ella fingía no escucharlo, por eso decidió tomarla del brazo, haciendo que Megan echara los cristales de su bandeja.

A Frederick le parecía imperdonable que alguien tratara así a una dama.

—¡Suéltame, salvaje! —escupió enfadada.

—Tú me perteneces, Megan. Nos vamos a casar.

—¡Pues prefiero que te cases con mi cadáver!

Arran levantó la mano y golpeó a Megan en el rostro.

—¡Deja a la mujer en paz! —vociferó Frederick.

Los Murray se giraron para ver quién se atrevía a oponerse a lo que Arran hacía.

—¿Y quién se supone que eres tú? —increpó Arran.

—Ella merece ser respetada, es una dama —replicó el conde.

Aquellos hombres comenzaron a reír como si les hubieran dicho algo gracioso.

—¿Dama? Es una yegua de las muchas que abundan por ahí. No se meta en mis asuntos si no quiere...

—No me importará partirle la cara si es necesario para defender a alguien de sus malos tratos.

Capítulo 6

El dueño de la taberna tenía los ojos salidos de las cuencas. Sospechaba que todos ellos destrozarían su negocio.

—Señores, señores, no pueden pelear aquí, esto es...

Antes de que el hombre terminara lo que quería decir, Arran le dio un puñetazo en el rostro a Frederick, arrojándolo a un lado. Sin embargo, él no pensaba rendirse, se arrojó sobre Arran y ambos cayeron sobre una mesa que terminaron rompiendo.

Los sirvientes de Frederick no se quedarían con los brazos cruzados, comenzaron a agredir al resto de los hermanos Murray.

Por ningún motivo, Frederick permitiría que alguien de la calaña de ese hombre le diera una paliza. No era el defensor de los inocentes, pero tampoco podía permitir tantas injusticias juntas.

Aquella era una batalla campal. Todos contra todos, peleaban incluso los que no tenían nada que ver con Frederick o con los Murray, lo excitante era golpearse. Las mesas, sillas, copas, botellas y todo lo que estuviera alrededor era un arma contundente para infligir daño al otro.

Megan y las otras jóvenes golpeaban a los Murray con lo que encontraban para defenderse y defender a los demás. Nadie quería a esos hermanos en ningún lugar.

No obstante, Wolfie deseó poner fin a lo que ocurría. Su patrón estaba descontrolado, tomándose de la melena con el escocés, entonces, cogió su arma y disparó al aire.

—¡Es suficiente! —exclamó—. Al próximo que golpee a otro le daré un balazo.

Golpeado, Frederick empujó a Arran y fue junto a su sirviente. Esa lucha no acabaría si uno de ellos no se moría.

—Esto no se quedará así. —Arran señaló hacia Frederick—. Tú no te librarás de nosotros.

Si te veo cerca de mi mujer, te mataré.

—Estaré listo, ya que no mereces a ninguna dama. Alguien como tú no es digno de ningún tipo de buena atención, lo tuyo es rodar con los cerdos —replicó.

—Lárguense de aquí —mandó el tabernero.

—Vámonos, ya encontraremos a este en otro momento —dijo Lean.

Los tres hermanos se retiraron, mientras los que quedaban intentaron arreglar las mesas y sillas que no se habían roto para tomar asiento.

—Usted también tiene que irse —habló el dueño dirigiéndose a Frederick.

—Tío, él me ha defendido de esa bestia de Arran Murray —pronunció ella en defensa de Frederick.

—Señor, le pagaré todos los destrozos. Envíe la cuenta al castillo Raasay que es donde vivo.

—Usted es hijo de Beth... —comentó el hombre.

—Sí, ella misma. Lamento que tuviéramos que destrozar su negocio, pero no podía permitir que maltrataran a una dama digna de consideración.

—Mi señor, yo lo curaré. Tío, por favor, deje que se quede. No puedo hacer más que agradecerle con mis atenciones.

—Megan, te meterás en un problema e involucrarás en eso a este hombre. Lastimosamente uno de ellos ya te ha escogido como su esposa, debes cumplir o tus padres o yo lo pagaremos.

—Prefiero pagarlo yo. Ese hombre volverá a tocarme cuando esté muerta. No tengo muchas opciones, es la muerte o una vida entera de hacer algo que desprecio. Ustedes estarán seguros. Venga, mi señor, lo curaré.

En la mente de Frederick existía lo que se llamaba la empatía. Megan estaba desesperada

por salir de un lugar en el que no quería estar y tantas eran sus ansias de no ceder que prefería quitarse la vida.

Él la siguió hasta una habitación en la que había mucho *whisky* y otras bebidas, era un lugar fresco y húmedo.

—¿Cómo es que la ha escogido? —indagó Frederick al ver que Megan cogía un par de trapos para mojarlos en una palangana.

—Arran venía casi todas las noches y me acosaba, jamás le hice caso hasta que un día, fui a recoger leña y él estaba con sus hermanos. Me atraparon y... Ellos dejaron que ese hombre me tomara en el bosque.

—Maldito... —masculló al darse cuenta de que Megan había sido abusada por aquel.

—Desde ese día mi vida es un calvario. Admito que lo vi a usted como una manera de escapar y vivir la vida que yo deseo. Sin embargo, tampoco puedo poner en peligro a todos. —Ella sonrió con tristeza.

—Le ofrezco salir de Escocia. Tengo algunas propiedades en Inglaterra, campos muy amplios donde pueden trabajar si lo desean.

—Se lo agradezco, pero tengo mucha familia. Es más fácil que me muera antes de que pueda salvarlos a todos. No soy la primera a la que le pasan estas cosas, pero tampoco seré la última.

—Hay un par de puestos de doncella en mi castillo, son temporales por las visitas que tendré. Ahí podrá refugiarse si lo desea.

—Lo pensaré, no quiero arriesgarlo. Ha sido usted muy amable al defenderme, mi señor. Siempre estaré agradecida por su caballerosidad conmigo. Usted no es escocés, ¿verdad?

—Sí, pero también soy inglés. Soy el conde de Melbourne. Me han educado para tratar a una dama como la flor más delicada y la tela más suave.

—Entonces casarse con un inglés podría ser algo encantador. Aquí no hay caballeros, solo

hay bestias.

La joven continuó con su trabajo de curar a Frederick. Él le ofrecía muchas cosas para escapar de Arran, pero primero debía conversarlo con su familia, ya que ellos quedarían vulnerables ante cualquier acción suya.

Después de acabar con las curaciones, Frederick regresó junto a sus hombres que no estaban tan infelices, habían llegado las mujeres de la meretriz y ellas no solo habían ayudado a limpiar, sino que alegraban a sus sirvientes.

—Wolfie... —musitó el conde.

—Uff, qué golpe le ha dado ese orangután, milord —afirmó el sirviente al ver el moretón que se estaba formando en el pómulo de Frederick.

—Te aseguro que él está peor. No solo está golpeado, tendrá el orgullo fracturado.

—Yo creo que se ha metido en un problema innecesario con ellos, y más porque son sus vecinos. Ahora sí tienen razones para invadir sus tierras, quemar sus pastizales, acabar con toda la fauna de su propiedad...

—Muchas fatalidades para mí, Wolfie. Sírveme algo y disfruta con los muchachos. No cambiaré mi opinión sobre ese salvaje, si quiere un enemigo, lo tendrá, estaré preparado.

***

Catriona tuvo que permanecer el día anterior en compañía de Blair y de la arpía inglesa que había enviado el duque de Manchester.

Tomó clases de lo que no deseaba y arrojó al menos dos tazas de ese brebaje inglés que le había quemado la lengua.

—Las mujeres solo deben beber té... ¡Bla, bla, bla! —masculló Catriona, mientras ese día se sentaba a desayunar en compañía de su padre y de la institutriz.

—¿Por qué se queja, señorita Crawford? Ayer estuvo cómoda con su amiga.

—Porque usted ha convencido a esa inocente de que educándose conseguirá un esposo cuando sabe que eso no es cierto. ¿Por qué juega con sus ilusiones? No conseguirá a nadie que le haga soñar que es una dama.

—Tal vez el duque se compadezca de ella y la lleve a Londres. Bajo la tutela de él y con la predisposición de su amiga, todo saldrá bien. Por más escocesa que sea, la gente deseará casarse con ella, al igual que muchos escoceses quieren a las inglesas. De no ser así, usted no estaría aquí.

—Eso no me interesa. Tengo la lengua quemada a causa de ese veneno que intentó darme.

—¿A qué veneno te refieres? —curioseó su padre.

—Se refiere al té, mi laird. Su hija no sabe cómo tomar un delicioso té.

—Tomar agua del charco es más delicioso que eso que intentó darme. Como siempre, Blair quedó encantada, pero es porque ella está enamorada de usted y de sus falsas promesas.

—Creo que la señorita Albright tiene razón, Catriona. Es probable que Blair tenga un mejor futuro que tú si sigues así, y lo peor es que será con tus recursos.

—No me importa. No envidiaría una vida de vivir encerrada entre el lujo, las joyas, el té y la costura. ¿Quién puede querer eso?

La joven siguió desayunando hasta terminar. Después no se interesó en escuchar ni a su padre ni a la institutriz. Ella quería salir y recorrer el monte para sentirse libre y de paso recuperar sus flechas que había perdido en la propiedad ajena. Ni su padre ni el vecino tendrían que saber lo que estaba haciendo por ahí. Nadie se daría cuenta de que pasaría por el sitio.

No iba a caballo porque le gustaba caminar largas distancias, la libertad se podía sentir, además, eso la volvía más ágil por si necesitaba tener fuerza y rapidez. Su cuerpo estaba bien entrenado para la supervivencia, era fuerte y un poco musculosa, tenía gran habilidad para saltar y sostenerse en los árboles por mucho tiempo. Eran habilidades de supervivencia que cualquiera que viviera en esas tierras debería tener. Su padre le había enseñado todo lo que sabía sobre eso y ella fue una aprendiz ejemplar.

A medida que se alejaba de su casa, podía distinguirla a lo lejos, cuando arribaba la colina que la llevaría hacia otras tierras.

No tenía interés en la propiedad de los Murray, no había demasiados animales cerca, ya que depredaban lo que había a su paso, eran numerosos y eso hacía que de ese lado escaseara la carne de cualquier ser vivo. En cambio, en las tierras de Raasay, se decía que el dueño la visitaba cada cierto tiempo, solo en las épocas de invierno, pero como aún faltaba un poco para eso, ella se daba el lujo de cazar en aquel sitio en ausencia de su dueño. Conocía las horas en las que el capataz hacía sus rondas. En el castillo de Raasay mantenían a los sirvientes solo en los alrededores y los límites eran tierra de nadie, lo que ella y otros podrían aprovechar sin problema.

Después de una ardua caminata en aquel día fresco, ella llegó hasta donde estaba segura de que había tirado una de sus flechas; sin embargo, ahí no había nada. ¿Podría haberse equivocado? Bien pudo haberlo hecho. La liebre que quiso cazar días atrás era muy veloz y se le había escapado, dejando varias flechas en el camino. Siguió varios metros más hasta que sí encontró una, iba por buen camino para encontrar las que le faltaban. Hacer eso parecía absurdo, pero para ella era divertido, significaba que tenía algo que hacer en los campos y de paso llevaría algún pato para agasajar a su padre como muestra de cariño. Llevaba tiempo sin darle algo que le hiciera recordar que ella lo amaba mucho.

Caminando por la propiedad del castillo de Raasay se encontraban Wolfie y Frederick. Los dos habían estado trabajando desde muy temprano para delimitar el territorio y buscar personas para proteger las partes más vulnerables por donde quizá los Murray quisieran ir a tomar una pequeña venganza. Frederick no se podía dar el lujo de dejar que alguien incendiaria el fruto de años de trabajo.

—Por aquí fue donde encontramos la flecha, milord, y vimos a una persona huyendo —comentó Wolfie.

—Entonces por aquí es más fácil entrar a mis dominios. Aquí tendremos lacayos armados que dispararán a todo lo que se mueva.

—Es lo mejor. Tendrá visitas y desde ayer tiene malas relaciones con sus vecinos, los Murray.

—Sí, lo sé. Todavía espero una respuesta de la joven a la que le propuse venir aquí o ir a Inglaterra.

—Le gusta meterse en problemas que no son suyos, milord. Debería... —Wolfie guardó silencio al escuchar sonidos entre las hojas.

—¿Oíste eso? —cuestionó Frederick.

—Sí, milord —respondió Wolfie que sacó su arma para acabar con quien fuera

Ellos observaban a su alrededor para intentar hallar el origen del sonido; no obstante, Wolfie disparó al aire para persuadir a la persona que estuviera por el lugar.

—¡Ahí! —señaló Frederick que notó la misma capa verde de la vez pasada.

Comenzaron a correr detrás de eso que empezó a huir.

Catriona se había asustado con un disparo y ahí se percató que estaba muy cerca de unos desconocidos, por lo que comenzó a huir con desesperación. Ellos tenían un arma, en cambio, ella necesitaba tiempo para preparar su arco y flecha.

—¡Deténgase! —le gritó una fuerte voz masculina. Ella giró la cabeza y vio a un hombre corpulento que iba igual de rápido que Catriona. Si la atrapaba, no sabía de qué podría ser capaz.

Capítulo 7

En medio de sus turbulentos pensamientos, ella decidió que era mejor arriesgarse e intentar darle un flechazo a la persona que la perseguía que quedarse para averiguar qué le haría si la llegaba a atrapar.

Tomó su arco de la espalda y también cogió una flecha, se apresuró para tomar una mejor ventaja y disparar.

Pese a que Frederick tenía un excelente estado físico, esa corrida le comenzaba a resultar desgastante. Ya no era tan joven y por eso se cansaba con mayor facilidad, aparte de eso debía sumarle que había sido golpeado por un Murray y eso no le ayudaba, mientras que la persona que corría lo aventajaba por varias millas. Eso le indicaba que el intruso era alguien muy joven, enérgico y atrevido, para no darse cuenta de que era peligroso ingresar a tierras ajenas sin permiso.

Frederick no quería perder de vista al invasor, pero se daba cuenta de que quedaba más retrasado cada vez, hasta que notó que esa persona de capa verde oscura giró sobre sus talones y le apuntó con su flecha. En ese instante, él entendió que su vida corría peligro si llegaba a darle en alguna parte del cuerpo, por lo que se arrojó al suelo dando unas vueltas para luego recuperar el equilibrio y seguir con su persecución. Wolfie había quedado muy atrás.

Catriona había fallado y comenzó a cansarse. Necesitaba perder a aquel guardián que la perseguía, ya que no le quedaban tantas fuerzas para luchar. Tenía un cuchillo para enfrentarse cuerpo a cuerpo; sin embargo, podría ser arriesgado para su seguridad. Ese hombre era muy grande para retarlo, era temeraria, pero no tonta.

En medio de esa locura que significaba salvar su vida, pensaba en cómo hacerlo, hasta que se dio cuenta de que podía usar el arroyo cercano para escapar. Correr sobre las piedras no podía ser tan difícil. Decidida, saltó sobre una piedra a la que mojaba el agua y después sobre otra de forma sucesiva.

—No te escaparás —pronunció Frederick, exhausto por tanto esfuerzo. Estaba dispuesto a arrojarse sobre las piedras de la misma manera en la que esa persona lo estaba haciendo, por lo

que emulaba cada paso que ella daba para darle alcance en esa persecución.

Desesperada, Catriona no podía perder al feroz sabueso que la seguía. Debía considerar hacerle caso a su padre si salía de esa situación; no obstante, un poco de musgo en una de las piedras del arroyo, hizo que la joven perdiera el equilibrio y cayera entre las rocas antes de tocar el agua.

Al ver aquella escena, Frederick se detuvo para observar lo que ocurriría. La persona había caído al agua y soltó su arma. Esperó por un momento a que se moviera, pero no lo hacía. Si no hacía algo podría ahogarse. Ante ese pensamiento, él se arrojó al agua helada que bajaba de las montañas y nadó hasta la capa flotante. Agarró el cuerpo y se dispuso a salir para auxiliar al intruso.

Al colocarlo sobre la hierba, se dio cuenta de que escapaban largos mechones de cabello pelirrojo por debajo de la capucha.

—Milord, por fin lo alcanzo —dijo Wolfie, cansado por haber corrido tanto.

—Estás fuera de forma, Wolfie, de esta forma cualquiera puede venir a invadirnos.

—En este caso veo que ha capturado al intruso.

—Es una intrusa. Tiene el cabello demasiado largo para ser un hombre.

Entonces, Frederick le quitó la capucha y pudo notar que estaba en lo correcto, era una mujer muy blanca con pecas y tenía una contusión en la frente.

—La mujer está herida, milord. ¿Qué hará con ella?

—Llevarla al castillo de Raasay, prender el fuego en la chimenea y tratar de que esta mujer no muera de frío antes de saber lo que estaba haciendo aquí.

—Considero que, con sus antecedentes con las mujeres, es mejor que no se la lleve, esta le puede traer tantos problemas como la otra.

—Dudo que este espécimen de mujer esté en peligro. El peligro lo corren los que están

cerca. Hay que vigilar a esta criatura.

—¿Y si la metemos en los calabozos?

—No somos unas bestias, Wolfie, ella es una dama.

—Milord, usted no comprende que no todo lo que tiene una falda es una dulce y tierna dama, al menos no en las Highlands. No son mujeres inglesas, son escocesas.

—Siguen siendo débiles y necesitadas de un caballero que las cuide y las apoye. Esta mujer ya nos dirá de dónde ha salido y qué hace aquí. Debe tener una buena explicación.

—Siempre y cuando no sea huir de un prometido...

—Wolfie, eres cotillo y muy negativo. Trata de alcanzar sus cosas con un palo y vámonos.

Wolfie buscó una rama para coger el arco y las flechas que flotaban en el agua. Cuando acabó, su patrón se puso a la mujer mojada a hombros y se la llevó hacia el castillo de Raasay.

El camino era largo; sin embargo, a Frederick eso no le importaba mucho. Ella pesaba bastante porque no era una mujer tan pequeña. Era alta y de huesos un poco anchos, al menos no parecía que se rompería como un cristal si llegaba a torcerse un pie. Era fuerte, mas no le importaba demasiado, para él era una mujer normal y merecía su respeto, tal vez huyó de su casa por la misma razón que Megan estaba desesperada: un mal matrimonio. ¿Sería posible que se llenara de problemas ajenos si seguía siendo tan benevolente?

Después del interminable trayecto, Frederick se fijó que el ama de llaves seleccionaba a las personas que trabajarían en su casa en el empleo temporal por las personas que tendría viviendo ahí.

Él y su sirviente entraron al castillo por la entrada principal y después subieron las escaleras para llevar a la joven a una habitación con barrotes en las ventanas. Ella quedaría como prisionera hasta nuevo aviso.

—Que venga una doncella para cambiarla. Hay prendas y camisones que pertenecieron a mi madre. Dile que puede usar eso para vestir a la mujer. También que le curen las heridas y le

den un té caliente —ordenó Frederick a Wolfie.

A Wolfie le parecía exagerada la cantidad de tiempo que invertía su patrón en una desconocida. Sospechaba que se metería en otro problema, pero no podía hacer más que seguir órdenes.

Mientras su sirviente fue a cumplir lo que él pedía, Frederick dejó a la joven sobre la alfombra cerca de la chimenea. Colocó un montón de leñas que los sirvientes habían puesto ahí para los futuros visitantes, y después las encendió.

Observó a la joven y se acercó a ella otra vez. Con el puño de su camisa, limpió un poco de la sangre que brotaba por el golpe que se había dado en la cabeza.

—Disculpe la interrupción, milord. Wolfie me ha dicho que tiene una invitada a la que desea que atienda —pronunció el ama de llaves.

—No es exactamente mi invitada, es más bien mi prisionera.

—Después iré a ver ese moretón de la cara, milord. Su padre estaría escandalizado si viera a su querido hijo golpeado de esa manera.

—Es solo un moretón, señora Garwood. Atienda a la joven y después le sirve algo caliente de tomar. Puede avisarme cuando necesite moverla a la cama. La puse aquí para que no mojara el lecho en el que reposaría.

—No se preocupe, le avisaré.

La señora Garwood puso las prendas que pertenecieron a la condesa en la cama y fue hacia la joven para que su patrón pudiera salir de la habitación.

Cuando Frederick se retiró, dio un sonoro suspiro. Estaba agotado por haber corrido tanto. Si la joven no hubiera perdido el pie, él no la hubiera alcanzado de ninguna manera. Era tan rápida y adiestrada que le llamaba la atención que reuniera tantas virtudes entre las cosas malas que hacía, como por ejemplo invadir tierras ajenas.

Él fue a su habitación y se quitó las prendas para cambiarse por algo seco, ya que estaba

mojado hasta donde no debería por haberse arrojado al agua para evitar que ella muriera ahogada. Se despojó de todas sus prendas y quedó desnudo. Se paseó de esa manera por la habitación buscando qué ponerse. Lo más sencillo del mundo era coger una camisa y un pantalón con unas medias, pero antes exprimió sus cabellos que le pasaban en el largor a los hombros.

Se sentó en la cama y comenzó a sopesar varias cosas que ni siquiera iban al caso. En poco tiempo se había visto envuelto en muchos acontecimientos extraños, a los que no podía definir como designios del destino, como diría cualquier escocés supersticioso. Sin embargo, las mujeres se presentaban frente a él con una extraña y abrumadora frecuencia, y ninguna de las formas en la que se gestaban eran como deseaba o como le gustaban. Para la mala fortuna de Frederick, Emma Malorie había dejado altas sus expectativas con respecto a las damas. Quería a alguien dócil de quien pudiera cuidar; no obstante, había un límite, la mujer no podía vivir victimizándose. Deseaba a una que le contara sus tristes peripecias como la falta de un buen té, un día nublado o el dobladillo roto de un vestido. ¿Qué podía hacer más feliz a un caballero que resolver los terribles dilemas de sus esposas?

Lo que pensaba era ideal, pero solo se encontraba con mujeres que de damas tenían muy poco. Megan era una mujer vulgar, pero que tenía muchos sufrimientos, y la joven a la que encontró paseando por sus tierras tampoco era un personaje rescatable, tal vez fuera una espía, una saqueadora o solo Dios sabía lo que podía pasar por la mente de ella. Con paciencia debía esperar a que la señora Garwood se encargara de las necesidades de su prisionera, una vez que despertara sabría lo que necesitaba.

En la habitación contigua, Catriona se encontraba aún inconsciente o eso creía, parecía un sueño bastante profundo. Poco a poco fue escuchando y sentía que su cuerpo se movía sin que ella se encargara de hacerlo. Alguien lo hacía y guiaba su figura a voluntad sin que la misma pudiera evitarlo.

Una vez que la quietud regresó, pudo abrir los ojos con lentitud. Aquel lugar estaba hecho de piedra, al menos se notaba la arquitectura medieval. Después, distinguió la figura de una señora menuda de cabello blanco con una cofia. Aquella dejó unas cosas en el suelo, acto seguido, se acercó a la misma Catriona para observarla y después salió de la habitación.

Ella volvió a cerrar los ojos gracias al dolor que corría por su cabeza. No pudo precisar cuánto tiempo más quedó dormida, pero al despertar sintió la necesidad de levantarse y de buscar una salida. Ahí se dio cuenta de que estaba recostada en una cama.

Se levantó y fue hacia la ventana, estaba cerrada y tenía barrotes. Después se acercó a la puerta e intentó abrirla sin éxito. Estaba encerrada en aquel lugar.

Al cabo de unos minutos intentando descifrar las cosas, notó que su cabello estaba húmedo y que su ropa no era la misma que había llevado antes. Algo había pasado con sus prendas. Ante la incertidumbre de sus pensamientos, buscó sus botas, en una de ellas escondía un cuchillo filoso que podría salvarla de cualquier situación, salvo la de haber sido mancillada en su inconsciencia.

Una vez que la tomó, la escondió bajo la almohada y ella regresó para acostarse en la cama. Saltaría directa a la yugular de la próxima persona que apareciera por esa puerta.

El sonido de un manojo de llaves golpeando la puerta hacía eco en la habitación y rompía el silencio en aquel lugar. Ella fingió dormir y tenía un ojo entreabierto para espiar.

—¿Todavía no ha despertado? —preguntó la voz de un hombre al que Catriona no podía distinguir, ya que si abría los ojos se descubriría.

—Abrió los ojos un par de veces, pero no ha dicho nada. Quizá después de este té despierte.

Dentro de sí, Catriona lamentaba su mala fortuna. Hasta en ese lugar querían darle té. ¿Podría existir algo más miserable que eso? Ni encerrada se salvaba del odioso té.

Capítulo 8

Mientras renegaba de su suerte con respecto al té, veía por ese ojo entreabierto que el hombre se acercaba.

—Señorita... —llamó Frederick—. Puede dejar el té y retirarse, señora Garwood. Si despierta conversaré con ella.

La mujer asintió y se retiró para que él quedará solo con su prisionera.

Catriona estaba a solas con un hombre corpulento en su habitación y no sabía qué quería hacerle si se acercaba demasiado, le clavaría el cuchillo sin compasión alguna.

—Señorita, ¿me escucha? Si no lo hace me veré obligado a llamar a un médico y aquí no hay demasiados.

Al acabar de decir eso, él quiso tocarle el brazo, pero la joven dio un salto, le enseñó un cuchillo y después quiso incrustarle eso en el cuello.

—¡En dónde está mi ropa! —increpó, mientras intentaba apuñalar a Frederick.

El conde la atajó con una de sus manos, después dobló la de Catriona y logró que ella tirara el cuchillo al dar un alarido de dolor.

—¡Lo siento, lo siento! —se disculpó presuroso.

Ella se tomó de la muñeca dolorida y se alejó de él, huiría de cualquier manera.

—¡Dónde están mis prendas! ¡Qué me ha hecho!

—La hemos limpiado. Se ha golpeado la cabeza y cayó al agua, casi se ahoga al estar huyendo.

Llevó una de sus manos a su frente y se dio cuenta de que el hombre tenía razón, ella estaba

golpeada en la frente. Después miró a un costado y sus prendas estaban colgadas cerca de la chimenea que calentaba la habitación.

Al ver que la mujer no decía nada, él decidió acercarse un poco, pero la vio retroceder.

—¿Es salvaje? ¿Entiende lo que le digo? —curioseó.

—No soy ninguna improvisada, señor. Quiero regresar a mi casa —masculló ofendida por haber sido llamada ignorante.

—No regresará a su casa hasta que dé explicaciones de por qué está en esta propiedad.

Catriona levantó una ceja y cruzó los brazos.

—¿Qué le hacen unos patos al dueño del castillo de Raasay para ser tan mezquino?

Frederick abrió los ojos con sorpresa ante la caradura de la joven. Ella había abandonado la posición defensiva para ponerse al ataque y dejarlo como si él estuviera equivocado. No solo no era una dama cualquiera o necesitada, tenía belleza de sobra y un temperamento que podía ser juzgado como insensato. Lo que tenía de bella le sobraba en prepotencia.

—¿Cree que esa es la razón por la cual fue perseguida?

—¿Qué más podría ser? Ser mezquino es algo que por lo general tienen los hombres adinerados.

—Entonces supongo que no cree que la razón verdadera puede ser que estaba invadiendo la propiedad ajena y no con exactitud por unos pocos patos que ya se han ido al sur con lentitud.

Por la mente de Catriona sí pasaba la idea de que estaba equivocada, pero admitirlo sería un pecado. Nunca lo haría y menos frente a ese hombre que la escrutaba sin descanso. Era alguien atractivo por sus facciones, aunque desconfiaba de él y de sus intenciones hacia ella. Ningún varón en las Highlands era digno de confianza cuando se encontraba con una mujer, eso se lo había dejado muy claro su padre.

—¿Es todo lo que quiere saber? ¿Ahora ya puedo irme? —interpeló para dejar aquel sitio

en el que no se sentía cómoda.

—No ha respondido nada, ¿por qué estaba en estas tierras? Al parecer es mejor que la deje un tiempo a solas para que se recupere, beba el té que hemos traído y después responda la pregunta.

—No voy a beber ese asqueroso veneno inglés —escupió.

—Es solo un té. Le aseguro que le gustará.

—Ya lo he probado y no me gustan esas costumbres extranjeras que nada tienen que ver con nuestra Escocia. Odio a los ingleses, son una peste.

—¿Se ha dado muy fuerte en la cabeza? Debe reposar mucho.

—Oiga, no me importa reposar ni beber su brebaje. Quiero que me deje ir.

—Se quedará hasta que lo considere correcto.

—No me dirá lo que debo o no hacer. ¿Quién piensa que es?

—Soy el dueño del castillo de Raasay y es suficiente con que invadiera mi propiedad y que me preocupara por salvarle la vida. La próxima vez que venga quiero una respuesta sensata y certera o será mi prisionera por más tiempo del que tengo pensado. Con permiso.

La que en ese momento tenía los ojos como platos era la misma Catriona. Estaba en un problema muy grande. Su padre le había dicho que no regresara a esas tierras, pero ella hizo lo que mejor creyó con los consejos de su padre: se los pasó de un lado al otro por la oreja. Antes pensaba que ese hombre le haría algo malo, pero podía apostar su alma a que sería algo peor, ya que por algo le había escrito a su padre para preguntarle si no había sido alguien de la casa o si no habían visto movimientos extraños. La única extraña era ella causando estragos en terrenos ajenos.

Después de ver que el hombre se fue, ella se sentó en la cama, junto al té que le habían dejado ahí. También tenía tres panecillos que podría comer, se veían dulces y esponjosos y el té no tenía un color pantanoso como el de la señorita Albright.

—Muy bien, Catriona. Estás secuestrada por un hombre rico, aparte de eso es atractivo. —Ella cogió uno de los panecillos y se los llevó a la boca. Al primer mordisco sintió que enloquecería con esa delicia—. Ay, Catriona, por el momento esta prisión es mejor que tu casa. Comida, una habitación caliente, una prenda que huele muy bien y un guardián extraño. Es demasiado amable para ser un escocés común. Si yo descubriera a alguien en mis tierras, lo hubiera llenado de flechas. Ese hombre es raro.

Mientras más razonaba, parecía que le daba más hambre. Devoró los panecillos, pero todavía dudaba del té. No quería eso, de verdad que no lo deseaba; sin embargo, su aroma era apetecible.

—Es una asquerosidad inglesa, Catriona, ni se te ocurra beberlo —se ordenó, mas tomó un sorbo del té que tenía un poco de leche y estaba azucarado.

***

Fuera de la habitación, Frederick fue caminando por el pasillo hasta quedarse en una de las ventanas para observar el paisaje.

—¿Y su invitada, milord? ¿Ha despertado? —preguntó Wolfie que se acercaba con un cuchillo que estaba afilando y que utilizaría para degollar un cerdo.

—No es una invitada, es una intrusa, prisionera o lo que sea. Es soberbia y muy salvaje a mi parecer.

—Entonces ya no es una dama. Desde el principio no lo ha sido. Su concepto de dama está equivocado.

—No es cierto, Wolfie. Por ser mujer ya es una dama respetable, aunque no lo parezca. Es casquivana, tal vez después responda a mi pregunta, le daré más tiempo para que lo considere. Todavía debe sentirse cansada y golpeada. De hecho, estoy exhausto por la corrida que hice para alcanzarla. Si ella no cae, jamás la hubiera alcanzado. Mi idea es saber si viene en grupo, por ser tan grosera debe ser alguna gitana.

—Está siendo prejuicioso, milord.

—Esas son las únicas personas nómadas y no educadas, aunque son más pacíficos, solo les gusta ser amigos de lo ajeno. Quizá me equivoque con esta mujer, pero no sé de dónde pudo haber salido.

—Puede ser una criatura mística del bosque...

—¡Ja! Y yo soy el hombre lobo, por favor, Wolfie, no me hagas reír. Es una mujer común poco educada, es todo.

—La señora Garwood preparará un lechón para la cena, iré a matarlo ahora, ¿quiere acompañarme?

—No, prefiero descansar un poco antes de volver a insistir con la joven y después poder liberarla. Mientras menos tiempo la tenga aquí es mejor.

—Es muy bonita, milord, aunque como usted ha dicho, es indómita, alguien que no encajaría con usted.

—¿Por qué motivo tendría que encajar conmigo?

—Solo es un decir, una mujer es una mujer, y más una tan bella como ella. Es la típica belleza escocesa con la que cualquier hombre quisiera casarse.

—Tal vez si la hubiera conocido en otro sitio y con otra personalidad. Ahora ella es solo una extraña.

Wolfie regresó a sus quehaceres y fue a ayudar a la señora Garwood para que la cena estuviera a tiempo.

Frederick no quería darle vueltas en la cabeza a lo que había dicho Wolfie, pero no pudo evitarlo. ¿Por qué razón él se fijaría en una mujer violenta como la que estaba en su castillo? Estaba seguro de lo que quería para su matrimonio y alguien rebelde y casquivana no se encontraba cerca de ser una opción para eso y menos alguien que le arrojara una flecha con la completa intención de matarlo. Tal vez estuviera asustada; sin embargo, eso sería justificar lo ocurrido sin juzgar la intencionalidad, mas aquello no le parecía correcto a Frederick. Ella debía

asumir las consecuencias de sus actos sin que él la defendiera de manera inconsciente. Si la defendía sería porque su ser racional se había dejado llevar por la belleza de una mujer. Caer en ese vicio solía ser la perdición de la mayoría de los hombres. Una falda no podría dominarlo jamás, tal vez lo cegara; sin embargo, no lo desviaría de su camino.

Fue a su habitación y se recostó en su cama, creyó que pensaría demasiado; no obstante, se durmió al poco tiempo gracias a los dichos absurdos de su sirviente, mas no quedó indiferente a ellos.

En medio de sus sueños, estaba en la habitación con la misma joven a la que tenía como prisionera. La observaba con aquel camisón que no le dejaba ver más que su clavícula, aun así, resultaba excitante observar sus pezones erguidos. La veía acariciarse los cabellos y acercarse a él con una deslumbrante feminidad.

—Disculpe mis groserías, milord, ¿qué podría hacer para enmendar mi mal comportamiento? —preguntó la joven que le colocó una de sus manos en el rostro y acarició su incipiente barba.

—Mmm... Me encantaría que me dejara ver un poco más de usted... —respondió con una sonrisa lobuna.

Ella levantó parte de su camisón y le enseñó algo más que las pantorrillas. Si bien había tocado mucho más que eso a lo largo de su vida, en ese instante lo que veía le resultaba lo más excitante del mundo. Entonces, él se arrodilló y comenzó a besar sus piernas sin descanso, mientras la joven reía con picardía ante su atrevimiento. Después la tomó en brazos y la recostó en la cama para comenzar a saborear lo que tenía. Con su lengua recorría todo lo que podía de las largas y fuertes piernas de su prisionera. Tenía la firme idea de nunca dejar que se fuera. Cuando sus labios se acercaban al lugar más ardiente del cuerpo de la mujer, él abrió sus ojos y se dio cuenta de que se había quedado dormido. Todo había sido un sueño. ¿Cómo pudo creer que era verdad? Esa «damita» jamás se disculparía, sin duda esa fue la señal para que su mente le indicara que estaba más que dormido, el resto solo era producto de su perversa imaginación y su poco contacto con mujeres en los últimos años. Un beso no era nada para alguien que estaba más cerca de los cuarenta que de los treinta. Hasta su mente inconsciente le decía que se encontraba necesitado de una fémina que le consintiera.

Dejó su lecho y fue hacia la puerta para salir de ese lugar, aunque sus entrañas le decían

que se quedara e intentara continuar con su cálido sueño. Al menos si lo hubiera terminado no se sentiría tan vacío.

Salió de su habitación y fue de nuevo por el pasillo. Ellos habían dejado la llave colocada por la puerta para poder entrar y salir sin problema para ver a la prisionera. De nuevo le preguntaría a ella si le iba a decir la verdadera razón por la que estaban ahí. Ni los patos, ni los faisanes, ni perdices eran suficiente motivo para invadir su propiedad.

Dentro del recinto, Catriona seguía intentando buscar una forma de salir de ahí. Las ventanas tenían barrotes y la puerta seguía cerrada. Había disfrutado de la comida, sabía que era un sacrilegio haber bebido un té inglés. Estaría sucia de por vida, mas nadie tenía que enterarse de nada.

Aburrida de la triste soledad de la habitación, se sentó en la cama y colgó sus pies hasta que escuchó el manojo de llaves moviéndose otra vez. Alguien iría a verla. ¿Y si fuera el dueño del castillo otra vez?

Capítulo 9

Los ojos de Catriona no se despegaban de la puerta, hasta que vio entrar al dueño de esas tierras. Se sonrojó al instante y desvió su mirada para que él no se diera cuenta de que estaba pendiente a lo que ocurría.

—¿Quiere irse a su casa? —preguntó la voz gruesa y varonil del hombre.

—Por supuesto que sí. Agradezco su hospitalidad para dejarme encarcelada.

—Puede dar un paseo por mis celdas. Este castillo tiene muchas, ya sabe, es de la época medieval. Esta es una habitación convencional.

—Claro —dijo burlona—. Es como el aire que huele a humo, lo respiras, pero puede matarte. Esta es la libertad entre barrotes.

—¿Se queja del trato que recibe?

—Sería ingrata si se me ocurriera hacer eso. Quiero regresar a mi casa.

—¿En dónde queda su casa?

—Cerca de aquí...

—¿En dónde? ¿No está en mi propiedad? ¿Tiene algún campamento?

—¿Qué cree que soy? ¿Una gitana? —cuestionó. Al verlo asentir, se sintió indignada por tal confusión en su creencia—. No soy una gitana.

—¿Una invasora de algún clan?

—Ojalá lo fuera. Soy solo una joven que vino a cazar en sus tierras, perdió unas flechas y regresó a por ellas. Me asusté al ver hombres y me puse a huir.

—Pudo haberme matado.

—Y usted pudo haberme hecho mucho daño.

Frederick ni siquiera podía reclamar por semejante defensa de la joven, pese a que él también tuviera razón. Las cosas comenzaban a fluir mejor entre ambos.

—¿Cuál es su nombre? —indagó el conde.

—Catriona Crawford —respondió.

Él suspiró y trató de no ver a la joven con los ojos encendidos por la llama de la pasión que había despertado en él un simple sueño. Si se fijaba en ella, en su inconsciencia la había retratado a la perfección.

—Mi nombre es Frederick, pero puede llamarme lord Melbourne.

—Lord Melbourne es un nombre muy inglés —comentó con una tímida sonrisa. Se sentía muy atraída por los ojos penetrantes del hombre.

—Es porque definitivamente es inglés...

—Entonces...

—Entonces me dirá en qué lugar queda su casa. La llevaré una vez que sus prendas estén secas. Le diré a la señora Garwood que la ayude a colocarse un vestido, le daré un paseo por el castillo ya que se encuentra aquí.

—¿Vestido?

—Sí, la señora Garwood solo le puso el camisón. Espero que esté tranquila, nadie más que otra mujer procedió a cambiarle la ropa.

—Se lo agradezco.

—¿Quiere más del brebaje que dijo que no se bebería? —preguntó burlón.

El sonrojo cubrió por completo el rostro de la joven, alguien se había dado cuenta de que se lo había comido todo. En fin, la criada lo hubiera sabido también, pero ella no lo diría como él.

—No. Por el hambre uno es capaz de comerse su propia mano —replicó para jugar el mismo juego que él. Era capaz de devolver el mismo tono de broma.

—Entonces regresaré en un momento —indicó Frederick antes de retirarse; sin embargo, se quedó a mirarla por un momento. Distinguió que sí se le marcaban los pezones, después se retiró antes de enloquecer.

¿Cómo se le había ocurrido invitarla a recorrer la propiedad con todo lo que pensaba de ella? De grosera había pasado a ser una mujer bella y atractiva, que hacía que su mente volara muy alto en cuanto a expectativas. Su situación, en comparación con lo que había sido su compromiso con Emma, era que ella fue encantadora con él todo el tiempo, incluso cuando rompieron. Aquel encanto adorable era lo que le había conquistado; sin embargo, ella no le despertaba aquel instinto primitivo de desear a una mujer, a la señorita Malorie la había respetado mucho.

No entendía por qué a Catriona no podía verla de la misma manera, al menos no con el mismo respeto al verla andar. Un sueño le hizo darse cuenta de que era una mujer deseable.

Después de que el hombre se fuera, ella se quedó sentada en la cama. Todavía estaba sonrojada y no sabía si era por la vergüenza del té o que había sido escrutada por él sin mucha reserva.

Unos instantes después, probó a abrir la puerta y la misma no estaba trabada. El dichoso lord Melbourne era lo que en su desconocimiento podría definir como un caballero. No era tosco, ni le gritaba, era demasiado educado, algo que le parecía raro para estar en medio de Escocia. Lord Melbourne debía ser inglés o tener algo relacionado con ellos. Eso lo convertía en un ser detestable ante sus ojos. Podía ser muy amable, pero venir de Inglaterra era un verdadero problema.

—Con permiso, señorita Crawford. Lord Melbourne me ha dicho que le ponga un vestido. Lo aparté para ponérselo, pero la vi más cómoda sin mucha tela —comentó la señora Garwood que se presentó para cumplir la encomienda de su patrón.

—¿Qué vestido es? Ninguno me queda.

—Mmm... Este le quedará. La madre de milord era una mujer como usted.

—¿Milord?

—Es el conde de Melbourne, debe ser respetuosa para referirse a él.

—¿Es inglés?

—Pregúntele eso a él. Es una persona amable que no dudará en responderle.

La señora Garwood cogió el vestido y se lo colocó a la joven por encima y comenzó a apretarlo hasta casi dejarla sin aire.

—Me matará, señora —comunicó la joven.

—He vestido a una aristócrata por años. No sea quisquillosa, no está en posición de eso. Ha tenido preocupado a milord en estos días. Espera visitas muy importantes en el castillo.

—Solo vine a cazar días atrás. Si a lord Melbourne no le enoja que yo matara patos, menos debería molestarle a su servidumbre —alegó con soberbia.

—Compórtese como una dama. Este hombre es lo mejor que puede pasarle a cualquier mujer. Si al menos tuviera vestigios de dama, él la consideraría como su esposa y usted sería la dueña de esto, pero es más peligrosa que una serpiente con esa lengua. Tenga cuidado, no se muerda y termine quedando inconsciente por su propio veneno.

—¿Quién querría ser la esposa de un lord y tener todo esto? —increpó con arrogancia.

—Muchas mujeres escocesas ya quisieran tenerlo a él que es un verdadero caballero. Milord jamás trataría a una mujer como una simple yegua inútil. Tenga eso en cuenta.

La mujer no solo le colocó el vestido hasta dejarla pálida por la asfixia, sino también se atrevió a tocar sus largos cabellos pelirrojos y los trenzó en un extraño peinado con horquillas.

Al verse en el espejo parecía irreconocible.

—Le avisaré a milord que su invitada tiene un mejor aspecto —comentó la señora Garwood.

El último comentario de la mujer le parecía un poco desagradable, puesto que ella no se sintió mal vestida en ningún momento, ya que el camisón era muy bonito, pero al tal lord Melbourne no le parecía apropiado.

El vestido que llevaba puesto era muy suntuoso, pesado y si perteneció a la madre de un hombre de unos treinta años, también era viejo, pero no por eso dejaba de ser elegante. Era mucho mejor que la prenda que le había llevado la arpía inglesa, el largo era perfecto.

Después de unos minutos más, con ese vestido se sentía extraña, como si fuera otra persona, alguien que tenía clase y gracia. Ella no se definía como una dama de clase y menos graciosa. Solía ver a mujeres inglesas pasear en sus lujosos carruajes por el pueblo, mientras que ella solía estirar un buey para que la obedeciera y para colmo se presentaba sucia la mayor parte del tiempo por andar en los campos. La vida de lujo no era para Catriona y ella lo sabía. Jamás se adaptaría. No podría ser una mujer de la élite porque no pertenecía a ese grupo, ni siquiera el duque de Manchester haría el milagro de integrar a una inadaptada a los altos círculos.

Se veía hermosa, pero extraña. Siempre sería una escocesa salvaje y libre.

Escuchó que la puerta se abrió y ahí vio a lord Melbourne.

—Venga —pidió para que saliera de la habitación.

Ella obedeció y salió de la estancia. Miró hacia ambos lados del pasillo y él le indicó que tomarían el camino de la derecha.

Frederick parecía estar viendo a otra mujer, a una muy fina y bella. Podía quedarse absorto en todo lo que ella significaba. Primero lo atraía como una abeja a la miel y después lo deslumbraba con su capacidad para cambiar por completo. ¿Quién era Catriona Crawford?

—Un vestido como ese era lo que le hacía falta. Le queda a la perfección, señorita Crawford...

—¿Qué tenía de malo el camisón?

—Las formas hay que mantenerlas, señorita. Usted es una dama y yo un caballero.

—¿Solo por un poco de decencia? Lord Melbourne, hay gente paseando desnuda por los bosques escoceses.

—Pero no es usted, ni soy yo y no estamos en un bosque. Háble me de su vida, cuénteme un poco.

—Me gusta cazar. Es cierto que es la segunda o tal vez la tercera vez que me meto en sus tierras, pero no es para robarle todos sus animales. Es porque mi padre ha decidido que vivamos en medio de varios terratenientes con muchas extensiones de tierra. Él ha dejado su vida por años porque renunció a su clan, no me pregunte por qué, pues no responderé. Antes cazaba en la tierra de los Murray, pero son como una plaga que acaban con todo. No hay mucho ahí, entonces por eso he tenido que mudar mi lugar de cacería.

—¿Los Murray? Le recomiendo que no regrese a las tierras de esos salvajes —alegó Frederick, recordando la mala fortuna de haberlos conocido.

—¿Los ha visto?

—Sí, ¿ve el moretón en mi cara? Fue a causa de una pelea con ellos en una taberna del pueblo.

—Son asiduos a ir. La hermana de ellos es mi mejor amiga, los conozco desde siempre.

—¿No le han faltado al respeto?

—No, supongo que es porque respetan a mi padre.

—Uno de ellos abusó de una joven y la obligará a casarse con él. Cuídese y no ande sola por las tierras de ellos. Puede cazar en mi propiedad hasta que las condiciones climáticas se lo permitan. Tendré más personas en los límites de mi propiedad y les hablaré de usted para que la dejen pasar.

Los dos seguían caminando por el pasillo rumbo a la planta baja. Mientras conversaban, Catriona observaba la majestuosidad del castillo de Raasay. Le gustaba mucho lo que veía y más la compañía de ese hombre extraño al que deseaba preguntarle más cosas.

—El salón es amplio, no sé para qué fueron usados en la antigüedad, supongo que para grandes festines después de un par de batallas —musitó Frederick cuando estaban cerca de la entrada del castillo—. Si seguimos por el pasillo que está ahí, llegaremos a la prisión del castillo, el lugar en el que usted quería estar, ya que en la habitación no se sentía libre.

Llegaron hasta el lugar que era oscuro, frío y húmedo. A Catriona se le erizaron los vellos por las extrañas sensaciones que la recorrían.

—Creo que en este lugar murieron muchas personas —comentó la joven.

—Es probable, señorita Crawford.

—Lord Melbourne, siento curiosidad por usted. ¿Por qué es tan amable? —preguntó sin rodeos.

—¿Por qué no debería serlo? Usted se ha equivocado, pero no por eso debo ser grosero.

—Es lo que se espera de cualquier escocés, ¿acaso usted no lo es?

—¿Quiere que la arrastre por los campos y haga con usted lo que quiera? No me dé ideas, es una mujer muy hermosa. Soy escocés en el corazón y en una parte de mi sangre.

—¿Qué aberración corre por sus venas?

—Nací y crecí en Inglaterra. Mi padre era un conde inglés.

—Qué defecto más horrible es ser de ahí. Sabía que no todo podía ser perfecto con usted. Es un *sassenach.*

A Frederick no le gustaba esa palabra. La actitud de la joven se tornaba más brusca a medida que él le hablaba de su origen.

—Mi madre era de Escocia, este castillo era parte de la dote que le dieron a mi padre.

En ese momento, Catriona recordó que su padre no había recibido nada de parte del duque de Manchester y por eso vivían cómo lo hacían. Su clan le había dado la espalda y él tuvo que dejarlos con el rabo entre las piernas por haberse casado con una inglesa.

Capítulo 10

—¿Cómo pudo una mujer escocesa caer en las garras de un nauseabundo inglés? —increpó con molestia.

—¿Odia a los ingleses? No puedo decirle que no lo haga, lo único que puedo decir es que no todos somos iguales.

—Ese es un cuento que ni usted cree. ¿A qué hora puedo irme a casa?

—¿Le urge irse?

—No quiero permanecer cerca de un inglés. Puede ofenderse si gusta, es lo que quiero.

—Está dirigiendo su odio hacia la persona equivocada. He sido muy amable con usted.

—Su amabilidad no me importa. Puede tratarme mal y me dará igual. ¿Piensa que necesito sus buenos tratos para vivir?

—Lo dudo, pero nunca está de más ser agradecido.

—Debería estar agradecido de que no supiera esto antes, de lo contrario tendría una flecha en el pecho.

—¿Algún inglés le ha hecho tanto daño?

—Eso no es de su incumbencia.

—Pese a su grosería, me gustaría que se quedara conmigo a compartir una cena.

—¿Piensa que comeré algo después de decirle que odio a los ingleses? Pues no lo haré, puede envenenarme. Ustedes no son de fiar. Son ladrones y mentirosos.

—Todos los que trabajan para mí son escoceses. Les doy trabajo, buenos salarios, buena

comida y un techo. ¿Piensa que soy mala persona? Además, le dije que también tengo sangre escocesa.

—Tal vez eso sea lo único fascinante que pueda tener. El resto es escoria.

Frederick estaba verdaderamente sorprendido por las palabras llenas de amargura que le declaraba la joven. Por más ofensiva que fuera, él estaba dispuesto a dejarla sin estribos por saber la verdad que ocultaba. Ese odio desmedido no era algo normal, debía existir un trasfondo emocional. Quizá un hombre inglés le mintió y se fue. No le sorprendía, muchos de sus pares eran un poco sinvergüenzas.

—Es la parte que menos me agrada de mí, ¿no odia ninguna parte de usted?

Catriona no podía decir nada, ya que si él llegara a saber que también era mitad basura inglesa, él no dejaría de señalarla y decirle que eran iguales. No lo eran, él era un conde muy rico y ella la hija de un viejo laird al que echaron de su clan. Estaba orgullosa de lo que era y no se sentía ni un poco inglesa, jamás había pisado esas tierras ni lo haría.

—No, soy una perfecta y orgullosa escocesa.

—Una digna exponente de la belleza de estas tierras —la halagó pese a los insultos que recibía de ella.

—¿Usted no entiende que no lo soporto?

—No. Estoy dispuesto a hacerle saber que está equivocada con respecto a mí. Me gustan los retos, señorita Crawford. Soy alguien que pese a las derrotas no se da por vencido.

—¿Qué puede saber un hombre rico de derrotas, de esfuerzo y de orgullo?

—Trabajo mis tierras, me encargo de mis negocios y por eso soy aún más próspero, pero en el amor he fallado, he sido derrotado.

—¿El amor? Considero que el amor hace más daño que bien. Mírese, es un monstruo.

Él se carcajeó ante lo que había dicho Catriona. Ella le comenzaba a dar mucha risa. No

tenía pelos en la lengua para expresar su rechazo hacia él, era tosca, pero interesante.

—Soy una bestia con título, siempre lo he dicho. Solo mi antigua prometida me consolaba aceptando mi lado más salvaje...

—¿Y dónde está esa prometida que no la veo? —se burló con los brazos cruzados después de que él la tomara como un bufón de la corte.

—Se fue con otro que tenía el encanto inglés completo.

—¿Era un sinvergüenza?

—Usted sí que sabe. ¿A cuántos ingleses ha conocido?

—Es el primero de mi corta y limitada lista, lord Melbourne. De ahora en adelante no volveré a conocer a nadie de su país.

—Pensé que toda esa repulsión que le produzco venía de un mal amor con un forastero.

—Solo alguien que cree en hadas puede pensar en amor. Me sorprende que un hombre de su tamaño y de su edad considere la fantasía romántica como algo importante.

—¿Y a sus ojos qué significa?

—Una pérdida de tiempo y esfuerzo. Algo que puede despojarte de todo de la manera más absurda.

—¿Ni siquiera considera un matrimonio por interés?

—¿Interés en qué? ¿En el dinero? No hay nada más horrible y sucio que el dinero. ¿Por qué pensar en tan poco cuando con el solo amanecer uno es feliz? Hay todo lo necesario para vivir, ¿para qué sirve la avaricia?

—Mi tía estaría horrorizada al escucharla y yo he quedado fascinado con su pensamiento —confesó Frederick. Lo que ella había manifestado era lo que sentía su madre y lo que él también vivía cuando pisaba esa mágica tierra.

Los escoceses eran libres como el viento, para ellos lo importante era vivir y sentir la gloria, no existía más para aquellas personas. La forma en que Catriona defendía su postura.

Catriona no conseguía que Frederick se desquiciara y la tratara como lo haría cualquier otra persona; sin embargo, él se controlaba mucho e intentaba que los defectos que ella le veía pasaran desapercibidos.

—Debería desencantarse de mí, lord Melbourne —masculló.

—Tiene todo lo necesario para desencantar a cualquiera, espantarlos, humillarlos, desquiciarlos, pero no a mí, señorita Crawford. He quedado curado de cualquier espanto después de ser humillado en Londres por mi prometida. Es lo peor que le puede pasar a un hombre con el orgullo del tamaño de mi propio cuerpo. Su poca delicadeza no puede hacerme ningún daño.

—Si era inglesa, por supuesto que usted estaba a punto de casarse con alguna arpía. Esas culebras perfumadas que beben té, tocan el piano, consienten al esposo y les dan hijos, son tan venenosas que no tienen nombre. Eso le pasa por fijarse en una de esas. En Escocia eso no podría ocurrirle.

—Aquí las cosas no mejoran. La escocesa que conozco es lengua suelta, maleducada, casquivana y prejuiciosa. Comparándola a usted con las inglesas, no sé quién es más venenosa. No crea que se salva de eso. El hecho de ser una mujer la convierte en portadora de la ponzoña en la punta de la lengua.

Pese a que Catriona no quería formar parte del refinado grupo de mujeres que no eran muy queridas por ser venenosas, sabía que era parte de eso. Admitía que era mala con mujeres de menor y mayor estirpe que ella. Le importaba poco si alguna era reina o no, para Catriona todas eran iguales.

—Acompáñeme a recorrer los jardines. Hay una puerta que sale al jardín trasero, cerca del laberinto —comentó el conde para que su relacionamiento con la joven no se enfriara tan rápido.

—¿Tiene un laberinto? Nunca había jugado en uno. ¿Por qué lo tiene?

—A mi padre le gustaban, entonces le pidió al jardinero que le hiciera uno y ahí lo tiene.

Eso está ahí desde que tengo memoria, para mí es parte del castillo.

Catriona no quería mirar aquel sitio con entusiasmo, ya que el dueño no era de su agrado y no se refería a su atractivo, sino más bien a su origen. Eran casi iguales en eso, pero ella jamás había salido de sus amados campos y le temía a lo que podría encontrar fuera de las fronteras seguras de Escocia.

Cuando vio lo que se alzaba frente a ella, se sintió fascinada. Las matas que cubrían los lugares del laberinto eran hermosos. Lograba ver un par de estatuas a lo largo y ancho de ese jardín.

—Debo admitir que aquí existe un buen gusto.

—Es el gusto inglés —replicó Frederick al ver que la joven no dejaba de mirar el laberinto con asombro—. Puede entrar ahí. No soy de esas personas que hago laberintos y pongo enormes perros para que persigan a la gente dentro.

—No se escucha descabellado viniendo de alguien como usted.

—No me haga cambiar de idea. Solo grite si se pierde.

Ella caminó con cuidado para entrar en el laberinto, volteó su cabeza varias veces para ver al conde de Melbourne por si soltaba a sus perros; sin embargo, se encontraba ahí de pie, inmóvil, observándola con interés. Para Catriona era difícil pasar por alto ese «algo» que le despertaba ese hombre. ¿Para qué lo había conocido? Era tan extraño. No pensó conocer a ningún varón al que podría considerar un caballero. Los veía de lejos en el pueblo, pero nunca había querido cruzar palabra con ellos.

Apenas al entrar vio una de las estatuas, era el busto de una dama con el rostro cubierto y también había un banco para sentarse. Continuó por un camino y después por otro, hasta que no sabía en donde se encontraba. Mientras más corría, más sentía que ese vestido la sofocaba.

Parecía estar perdida, pero de ninguna manera gritaría para que ese hombre fuera a salvarla, no era ninguna inútil, podría trepar las palabras si llegara a necesitarlo. Por el momento debía mantener la calma y seguir disfrutando de lo que le ofrecía ese lugar, puesto que no volvería a pisarlo jamás.

Aunque tenía pensamientos positivos, ella no lograba hallar la salida. La diversión estaba terminando, daba vueltas en el mismo lugar. Debía estar en el medio del laberinto. Debió prestar atención en eso antes de hacer semejante tontería al perderse.

—Es suficiente, saldré de aquí. —Catriona comenzó a trepar la planta.

—¿Necesita que la ayude a subir o a salir? —preguntó la voz Frederick que ya se había preocupado por ella al no regresar junto a él.

Ella lo miró casi desde lo alto de las matas y se sonrojó, sentía que podía morir de vergüenza ahí mismo. De hecho, creía que era lo menos humillante que podría pasarle en ese momento.

—¿Necesita que la ayude? Puedo tomarla de la cintura si lo permite.

Su rostro estaba tan caliente que sentía que hervía por culpa de las palabras del hombre. Se sentía ridícula en la posición en la que estaba.

—Puedo bajar de aquí sola. No necesito de usted para nada, de peores situaciones he salido victoriosa.

—No importa lo cascarrabias que pueda ser usted, la ayudaré.

Como si ella no pesara nada, él la cogió de la cintura y la bajó muy cerca de su cuerpo. Catriona cruzó los brazos y frunció el ceño para demostrar su enfado. Giró sobre sus talones para verlo, y se dio cuenta de que estaba demasiado cerca de él, tanto que percibía que, recientemente, había bebido *whisky*.

—No soy una damisela londinense en apuros, lord Melbourne —masculló.

—Le estaba costando trabajo. Yo puedo llevarla a la salida sin mayor inconveniente.

—¡No necesito de un hombre para salvar mi pellejo! ¿No lo entiende? No quiero sus atenciones, son molestas.

A Frederick eso le producía mucha risa interior, ya que, si se carcajeaba frente a ella, esa mujer era capaz de arrancarle la nariz de una mordida. Era mejor no atentar contra la paciencia salvaje de la joven.

—Mi deber como caballero es servirle a una dama.

—Usted no me sirve para nada ni los otros. Puedo vivir y comer sola. ¿Para qué los necesito?

—Somos sociables, señorita Crawford. Dependemos unos de otros. No puede creer que puede vivir como ermitaña... —Frederick quiso arrepentirse de eso último que había dicho, ya que la creía muy capaz de hacerlo por el simple hecho de ser una criatura ordinaria y caprichosa.

—No me rete, puedo hacerlo sin problema. El problema de los hombres escoceses es que creen que podríamos necesitarlos cuando ellos mismos nos han dado las herramientas para no depender de ellos. En estos tiempos las mujeres ya no somos ofensas u ofrendas para zanjar asuntos. Admito que sí hay mujeres un poco tontas que creen que requieren de un hombre.

—Puede presentarla conmigo, a lo mejor ella acepta mis atenciones. Tengo mucho que ofrecer en este castillo y mucho más fuera de Escocia.

—Sabiendo sus antecedentes con los Murray, dudo que quiera conocer a la hermana menor.

—Sería una situación difícil y es mejor evitarla. ¿No tiene otras amigas tan bellas y carismáticas como usted? —musitó lobuno y un poco burlón.

—No. Soy un ser poco sociable. Si va a seguir burlándose de mí, lord Melbourne, prefiero seguir mi recorrido a solas en su jardín. —Ella caminó hacia un lugar.

—La salida es por el otro lado.

Catriona masculló una maldición antes de ir por el otro camino.

Capítulo 11

Frederick quería burlarse de ello, mas eso solo desataría la ira de la mujer.

—No me siga, no lo quiero cerca de mí —masculló Catriona.

—Está bien, le pediré a mis sirvientes que la miren. No quisiera que se escapara con el vestido que perteneció a mi madre. La veré después, en la cena. Puede recorrer todo a voluntad.

—¿Con qué intenciones huiría con un vestido que me arrebata el aliento a cada paso? Nadie debería usar uno de estos.

—Por esta vez le creeré.

El conde decidió dejar sola a la joven y regresar a su castillo. Al parecer, a ella le resultaba insoportable su presencia; sin embargo, él comenzaba a divertirse con ella, algo le agradaba mucho y estaba seguro de que era su rebeldía, el hecho de que dijera que no necesitaba de los hombres, tal vez la que más necesitara de uno fuera Catriona.

Mientras entraba a su castillo negaba con un gesto de la cabeza, a la vez que pensaba que a él le gustaban las mujeres inapropiadas, al menos las que iban contra el buen gusto y la cordura de su tía lady Kirby, aunque quizá ella fuera la clave para convertir a Catriona de una insufrible salvaje y rebelde a una dama, una condesa.

¿Por qué le parecía que eso sería imposible? Su madre no pudo con la presión de Londres, ¿por qué creía que Catriona sí podría hacerlo si se casaban?

Desde todo punto de vista, lo que él creía era absurdo, jamás Catriona desearía casarse con él, ante sus propios ojos y orgullo, ella era sagrada y por eso no se fijaría en Frederick. Lo que podía dilucidar de la situación era que esa mujer dejaría pasar las mejores oportunidades de la vida solo por capricho. Ella consideraba que vivir de la tierra era lo más importante y no era una mala filosofía de vida, estaba de acuerdo y él suponía que sería muy feliz viviendo la realidad que mencionaba.

Después de regresar a su castillo y entrar al gran despacho del lugar, se sentó en su silla y se sirvió el *whisky* que él mismo producía. Lo saboreó con gusto y recostó su cabeza en el espaldero del asiento.

No podía lamentar la vida que tenía, era muy afortunado por tener dinero y sentirse útil a su manera. Lo suyo no era vivir del aire como el resto de los nobles de Inglaterra. Por su sangre corría la vena del esfuerzo, de la lucha y la historia. Se identificaba con ambos mundos, aunque aún no sabía a cuál pertenecía. Quizá algún día lo descubriera o una esposa lo llevara por el camino. Una inglesa, lo llevaría a Inglaterra y una escocesa lo dejaría en ese castillo. Dependía de una mujer para decidirse.

Su concentración para los papeles era nula, por lo que se acercó a la ventana y ahí pudo ver a su «invitada» acariciando un par de plantas que al parecer le resultaban muy extrañas. Ese momento le hizo recordar cuando él era un niño y su madre lo llevaba al jardín para jugar. Su padre los miraba desde el despacho y ella le decía que saludara a su progenitor. A la edad que él tenía, el anterior conde ya había constituido una familia y Frederick sentía que no contaba con esa buena fortuna que había tenido su padre. Su tía debía ayudarlo de alguna manera: persuadiéndolo de que una escocesa era una pésima elección o convencerlo de que lo que ella escogiera sería lo correcto.

Para la hora de la cena, Catriona se estaba colocando su prenda que se había secado, menos su capa, porque esa seguía húmeda. Al verse de nuevo en el espejo, se sintió conforme con lo que veía, era ella otra vez.

—El conde la espera para cenar, señorita Crawford —avisó la señora Garwood.

—Dígale a su patrón que prefiero pasar hambre que comer con un inglés.

La mujer del servicio chirrió los dientes y después suspiró.

—Escuche, criatura testaruda, lord Melbourne es tan escocés o más que usted que es solo una mujer grosera de malos modales. Usted ha invadido su propiedad y para colmo lo insulta en su propia casa. Él debería ser una bestia y golpearla por lo que hace, pero es un caballero. Otro hombre, uno de aquí, tan grosero como usted, la golpearía hasta ablandar sus huesos y no solo la lengua. Vaya a cenar. No conocerá a nadie mejor que él, aproveche su tiempo.

El ama de llaves salió de la habitación y golpeó la puerta con fuerza después de hacerlo.

La joven se quedó quieta y maldijo por lo bajo. Ella no quería bajar, pero no porque no quisiera ver al hombre, sino que se resistía a ese hecho. ¿Para qué convivir con alguien a quien no volvería a ver después de ese día? No quería aprovechar nada, era un sufrimiento para ella y mucho se debía a sus prejuicios. Luchaba contra la atracción que sentía por un varón mitad inglés.

Unos minutos después, decidió que iría a cenar con el dueño del castillo. No lo volvería a ver después de eso. Sería todo.

Fue al comedor y lo encontró sentado en solitario, precediendo una enorme mesa.

Frederick levantó la mirada y encontró ahí a la joven. Él no había pedido que se sirviera la cena hasta que ella se presentara. Tenía puesta su prenda con la que había caído al agua, al parecer apresuró el secado de su ropa.

Dejó su asiento y corrió una silla para que ella se sentara.

—Puedo hacerlo sola, lord Melbourne —espetó colocando sus manos en el respaldo de la silla.

—Solo acepte mi cortesía, no le hace daño. Ni siquiera le pido que lo agradezca.

—Porque nunca lo haría. —Catriona tomó asiento.

—Al menos está aquí.

—Sí, pero no por usted, es porque tengo hambre —dijo con suficiencia.

—Las razones por las que está aquí no importan, su presencia es lo importante.

—¿Siempre habla de esa manera?

—¿A qué se refiere?

—Como zalamero.

—¿Cómo que zalamero? ¿Ser educado le parece que es comparable con eso?

—Por supuesto. No me agrada que quiera ser muy amable, nadie se lo pide.

—No es cuestión de un pedido, señorita Crawford, es educación. ¿Quién la ha educado?

—Mi padre. Sé lo necesario para sobrevivir.

—¿Lee y escribe?

—Sí. ¿Esperaba que le dijera que no?

—No me sorprendería, pero tampoco me atrevería a juzgarla, puesto que yo también tengo mi espíritu indomable en algunos asuntos.

—¿En cuáles? Tal vez en no dejar ir a una mujer que quiere irse.

—Se equivoca. Le confieso que, pese a que no le agrado, usted es como un soplo de aire fresco en mi vida en este momento. De hecho, le ofrezco mi compañía cuando lo desee. Puede beber *whisky* conmigo, ya que no tiene complicaciones con cosas varoniles.

—Quiere castigarme con su presencia. No he hecho nada malo, solo invadir su propiedad. Es un pecado, pero no para que quiera torturarme.

—A toda costa busca ofenderme, pero no hay peor crítico que uno mismo.

—Oiga, no entiendo la mitad de lo que dice. Habla de forma extraña y tiene un acento que no me agrada.

—Entonces para que no nos escuchemos, pediré que sirvan el lechón.

Frederick cogió una campanilla que estaba a su lado y la agitó. La señora Garwood se presentó en compañía de una doncella. Ambas llevaban bandejas con comida.

El ama de llaves tenía al lechón que llevaba una manzana en la boca y muchas patatas alrededor, mientras que la otra mujer llevaba panes y un par de salsas.

Wolfie se acercó con una botella de *whisky* y dos copas. Dejó eso frente a ellos y se retiró.

Los ojos de Catriona recorrían el lechón con una mirada de que se lo devoraría sin menor problema. Ver que la señora Garwood lo cortaba, hacía que sus ánimos de comerlo fueran mayores. Cuando la mujer le colocó un poco de carne en el plato, ella levantó los ojos con molestia, pues creyó que le daría la pata del cerdo completa. Sin embargo, al conde le había servido mucho más que a Catriona.

Después de que la servidumbre se retirara, Catriona observó su plato con enfado, después miró a Frederick y él cortaba con tranquilidad la carne que le habían colocado para comer. Ni siquiera levantó la vista hacia ella.

Cogió la carne con sus dedos y lo llevó a su boca para probar el sabor. Estaba delicioso. Ella comió con más ahínco y agarró sin disimulo la pierna de cerdo que había cortado el ama de llaves solo para darle una miseria, también llevó una patata.

El conde no le había puesto atención a su acompañante hasta que la oyó masticar. Dirigió su mirada a ella y la encontró con una pata en la boca, mordiéndola con gusto. Se había quedado de piedra ante los nulos modales que mostraba. Él no era perfecto, tenía un par de problemas para comer con gracia, pero ella le ganaba al menos por una cabeza.

Cuando Catriona levantó los ojos, se dio cuenta de que Frederick la miraba, entonces se detuvo por un segundo, un poco avergonzada por su comportamiento.

—¿Le molesto? —preguntó con la boca llena.

—No, en absoluto. Pediré más servilletas —respondió Frederick, sonriente.

En ese instante, concluyó que él no tenía que fingir nada frente a ella, podía comer como se le antojara. No estaba en un banquete de la alta sociedad, podía ser libre. Entonces, Frederick también cogió su pierna de cerdo con la mano para comerla.

Catriona le sonrió sin darse cuenta. Al parecer, ninguno de ellos percibía que algo estaba

surgiendo entre ellos sin desearlo.

Él sirvió para los dos el *whisky* en las dos copas. Bebieron en silencio y repitieron la bebida más de cinco veces. Catriona no le había dicho que ella no era asidua al alcohol, pero que lo bebía en ocasiones, aunque en pequeñas cantidades.

Al dejar la mesa, Catriona lo hizo zigzagueante.

—¿No me llevará a mi casa? —interpeló la joven.

—Es mejor que la lleve mañana. No está en condiciones de presentarse ante nadie.

—¿Qué insinúa?

—No estoy insinuando nada. Estoy afirmando que está ebria. Lo mejor es que vaya a su habitación.

—¿Y usted qué hará?

—Seguir bebiendo o conversar con mis sirvientes.

Ella se carcajeó a causa de su estado de ebriedad. No había dicho nada gracioso, pero ella de todas maneras se reía.

—¿Y yo tendré que aburrirme? —cuestionó la joven.

—No, estará durmiendo plácidamente.

—No me gusta el plan, pero no me queda más, supongo.

La joven comenzó a caminar hacia las escaleras del castillo. La iluminación era escasa, pero le permitía caminar sin peligro alguno; no obstante, ella no pudo ascender dos peldaños, perdió el equilibrio y cayó.

—¡Señorita Crawford! —Frederick corrió para alzarla del suelo.

Catriona no había sentido el golpe, solo se reía sin parar.

—No ha pasado nada. Un resbalón no es una caída.

—Usted se cayó, es mejor que la acompañe a su habitación. —Él la cogió desde el suelo y la tomó en brazos.

—Se toma muy en serio el papel de caballero, lord Melbourne —se burló la joven que estaba cerca del cuello de él.

—No discutiré eso con usted en este momento. Mañana cuando esté mejor podremos hacerlo.

—¡Yo me siento maravillosa! —exclamó entre risas—. Usted tiene un buen aroma, lord Melbourne. No huele como a otros que conozco...

—Y usted huele a alcohol... —la regañó con cierta diversión.

Aferrada al pecho de Frederick, Catriona; que no estaba en sus cinco sentidos, se sentía plena y feliz. Estaba viviendo algo que no imaginaba y que le daba mucha satisfacción y la impulsaba a querer alocarse.

Al llegar a la habitación de la joven, Frederick la quiso bajar, pero ella no lo soltaba. Estaba pegada a sus prendas.

—Señorita Crawford, ya está en su cama... —comunicó.

—Ya lo sé. —Catriona alzó las manos hacia el rostro de Frederick y lo acarició—. Con unas copas de más usted no se ve tan mal.

—Qué halago, viniendo de usted es una verdadera hazaña.

—¿Sabe qué harían los hombres escoceses conmigo?

—Sí, lo sé.

—¿Usted no lo hará? ¿No me besará?

Capítulo 12

¿Besarla? Frederick miró los labios de la joven y se sintió tentado a hacerlo; sin embargo, no era correcto porque ella no estaba en pleno uso de sus facultades.

—Podríamos conversar sobre un beso cuando usted esté mejor. ¿No recuerda que me odia mucho?

—Pensé que lord Melbourne era un ángel de paz que olvidaba las ofensas, ¿no es eso lo que hacen los caballeros? Dicen que no tienen memoria.

La picardía y la locura se escurrían por toda la existencia de Catriona. Deseaba besar a ese hombre, algo en su cuerpo le pedía hacerlo y si él no cooperaba, ella tendría que meter mano en el asunto.

—Sí, las olvido, pero sobre cualquier cosa, está la seguridad de una dama. No piense que no me tienta, no me cuido de usted, la cuido de mí, puesto que los hombres tenemos instintos limitados por las reglas y normas —declaró Frederick con el afán de que ella se comportara, pero no podía pedirle mucho, ya que había bebido más de lo necesario.

Volvió a intentar bajarla, pero esta vez Catriona lo tomó del cuello y echó todo su peso hacia la cama, haciendo que él cayera sobre ella.

La situación era que ella estaba ahí, sonriente, mientras él quedaba completamente acostado sobre ella, solo sus codos impedían que no la aplastara.

—Quiero que me bese, lord Melbourne. No me interesan sus discursos morales. Si usted no me obedece, tomaré la iniciativa.

Ella no esperó a cumplir su amenaza. Acercó su cara a la de Frederick y lo besó con torpeza, pero con mucha pasión.

Frederick trataba de resistirse; no obstante, él también deseaba perderse en los labios de ella. Se separó por un instante, la observó agitada y con la mirada centelleante. Regresó a la boca

de Catriona para ser quien dirigiera el asunto. No era de piedra y la joven lo había estado tentando. No pretendía hacerle daño, quería un poco de atención y ella también lo necesitaba.

Catriona nunca había sido besada, por lo que esa experiencia le resultaba única y cautivadora, mas en lugar de disminuir esa sensación de necesidad de su cuerpo, esta había aumentado de manera exponencial. Necesitaba más de Frederick.

Los dos eran personas que en lo físico eran fuertes y a la vez salvajes, por lo que el beso no era como tocar el cielo con las manos, se sentía como conquistar una nueva tierra. El aire era escaso, pero las ganas de respirar eran nulas. De hecho, Frederick deseaba más de ella, por esa razón había querido persuadirla para que no lo tentara. Estaba ansioso por yacer con una mujer en la cama. Con el ánimo cegado por el fuego, comenzó a mover su mano para acariciar las piernas de la mujer. Eso lo encendió aún más. Para esas alturas solo pensaba en retozar dentro de ella. No le importaban las consecuencias, asumiría lo que fuera con tal de tenerla un minuto esa noche.

Para Catriona las cosas no podían ser mejores. Que él recorriera su cuerpo con sus manos, la hacía estallar de deseo. No sabía qué le pedía su cuerpo, pero la incitaba a pegarse a Frederick más de lo necesario. Algo la quemaba desde el interior y le exigía que extinguiera ese fuego que amenazaba con convertirla en cenizas. Lo apretó contra sí para que no pudieran separarse.

Lo que ocurría era una locura que no debería estar pasando, ya que los principios de ambos se perdían. Después de ese día ninguno podría mirarse a los ojos sin recordar esa noche, al menos Frederick sería el más culpable de todos, pues él estaba consciente de lo que ocurría, mas no la bella joven.

Siguiendo con aquel juego que llevaban a cabo, él abrió el escote del vestido para liberar a las prisioneras de color rosa. Deseaba llenarlas con atenciones que tal vez no conocieran. Metió uno de los rozagantes pezones a su boca y los succionó con fuerza hasta oírla gemir de placer. Aquello le resultaba más incitante y le hacía darse cuenta de lo limitado que se sentía solo con dos manos para tanto que abarcar, al igual que su compañera que parecía no encontrar cómo contrarrestar las sensaciones que le daba.

En realidad, sabía muy poco de Catriona. No sabía si era una mujer casta. Si fuera de esa forma, su obligación con ella sería mayor. El conde tenía pensamientos intrusivos que le impedían continuar con el acto de una manera en que pudiera disfrutarlo. Podía llegar hasta el

punto de quemarse un poco con el fuego, pero no arder.

Dispuesto a dejar todo de una manera amistosa, él continuó acariciando a la joven y también dejó que ella lo tocara. Ante sus terribles ansias de poseerla, lo único que había hecho para calmarse había sido colocar una de las manos de la joven en su duro miembro, ese que amenazaba con perforar lo que fuera en un instante.

—¿Lo siente? Es mejor que nos detengamos, pues si eso llegara a entrar en su interior, nada me impedirá que la convierta en mi mujer. Mañana puede arrepentirse de lo que hace. Uno de nosotros debe ser consciente de la situación.

—Lo que quiero es que calme esto que invade mi cuerpo... —pidió casi sin aliento.

—Estaría encantado de hacerlo, pero prefiero que sea en un momento en el que estemos de mutuo acuerdo, señorita Crawford. Tal vez conocernos más podría ayudar. —Mientras le hablaba, él seguía frotándose contra la mano de Catriona. Al menos sentiría que no se había endurecido y adolorido en vano.

—Me temo que, si recupero la cordura, pierda esta sensación tan sublime de sentirme atraída por mi enemigo. Mañana lo odiaré igual, o más que hoy si no hace lo que le pido.

—Me arriesgaré a que me odie. Es probable que eso la lleve a ser la dueña de este castillo en el futuro. Si puedo enamorarla con mi encanto inglés, habré conseguido lo que espero...

Frederick regresó a los labios de la joven para darle un último y apasionado beso antes de huir para no continuar en aquel juego peligroso.

Con lentitud, Frederick se alejó de la joven y salió con presteza de la habitación, debía hacerlo antes de arrepentirse y tomarla para después arrepentirse. Prefería considerar las cosas sin haberlo hecho que arriesgarse a un problema mayor.

Al ver que el conde cerró la puerta, Catriona acomodó sus senos en el corpiño del vestido y después se acostó en la cama para mirar hacia el techo que daba vueltas, se acercaba y se alejaba. No estaba en condiciones de nada. Lo que había hecho ese hombre era lo que cualquier persona cuerda haría, pero eso también molestaba a la mujer, que había quedado con partes de su cuerpo latiendo como si estuvieran con vida.

Ella suponía que al día siguiente las cosas regresarían a la normalidad y que su estado de ebriedad se había desesperado, aunque no entendía la razón por la que él fue su escogido. Nunca había besado a nadie, pero lord Melbourne se le hizo demasiado deseable para resistirse y lo peor de todo era que le había encantado.

No había tardado mucho tiempo en quedarse dormida. Cuando abrió los ojos, el ama de llaves del conde estaba haciendo sus quehaceres en la habitación, mientras que Catriona quería que se la tragara la tierra. Se sentía cansada y todavía un poco mareada. No volvería a beber en lo que le quedaba de vida.

—Buen día, señorita Crawford, lord Melbourne la espera para desayunar en el jardín. Dice que la mañana fresca le ayudará para enfrentar el día —dijo la mujer que acomodaba las cortinas a un lado—. ¿Le apetece una de esas masas que le traje ayer?

—Creo que sí, y ponga algunas para llevar —respondió.

—Le traje una jofaina con agua fría para que pueda sentirse fresca. La ayudaré con su cabello...

—No necesito que me ayude, me haré una trenza. Puede irse.

—Con permiso, señorita.

La mujer del servicio se retiró, y dejó a Catriona para que ella pudiera arreglarse sola. No había mucho que hacer.

Abandonó la cama de un salto y fue hasta la jofaina que estaba un poco alejada. Frente a ella estaba el espejo y ahí se observó. No estaba muy conforme con lo que veía ese día y todo se lo debía a la bebida. Se mojó el rostro y comenzó a temblar. El ama de llaves le había dicho que el agua estaba fría, no helada. Eso la despertó haciendo que sus ojos se abrieran como platos y sus pezones se irguieran, diciéndole que se sentían doloridos. Aquello hizo que recordara la apasionada noche que pasó sola.

Se secó la cara y después se mojó el cabello y cogió un peine. Comenzó a peinarlo para poder darle forma de una trenza que dejaría colgando al lado derecho de su hombro.

Buscó su capa en la habitación y no se encontraba ahí. Era probable que la señora Garwood se la llevara para que se secara. Al terminar de arreglarse, ella sintió palpitaciones rápidas. Había olvidado por completo a su padre, y que llevaba un día desaparecida.

—¡Debo regresar a casa! —exclamó.

Salió de la habitación a toda prisa y corrió escalones abajo. Fue hacia el jardín y al salir por la puerta principal para rodear la casa. Ahí encontró a lord Melbourne sentado, conversando con su sirviente. Trató de conservar la calma y se acercó con un poco más de tranquilidad.

—Hoy vendrán las personas que elegiré para que cuiden los límites, milord —comentó Wolfie, que vio a Catriona acercarse un poco agitada.

Frederick también se percató de la presencia de la joven y le sonrió.

—Buen día, señorita Crawford... —saludó—. Retírate, Wolfie, te alcanzaré más tarde.

Ella se quedó parada muy cerca de donde él se encontraba sentado.

—Tome asiento, señorita Crawford. ¿Cómo amaneció? Consideré que le gustaría ver un bello día en el jardín con vista al laberinto que le gustó mucho —concedió, intentando ser agradable para olvidar lo que había ocurrido por la noche y que lo había mantenido casi en una vigilia.

—Buen día será para usted. Debo regresar a mi casa. Mi padre debe estar preocupado. Es un hombre enfermo.

—Coma algo conmigo y la acompañaré.

—No tengo tiempo para eso. Deme un caballo.

—Yo la llevaré.

—Aquí traigo los panecillos... —habló la señora Garwood que llevaba una bandeja llena de ellos para que los comensales pudieran disfrutar.

La joven cogió una servilleta y colocó en ella un montón de panecillos.

—Comeré en el camino, tengo que ir a mi casa.

A Frederick no le quedaba más remedio que cumplir con lo que pedía la joven. Era cierto que llevaba un día extraviada, nadie sabía lo que podría haberle ocurrido. Él se levantó del asiento y miró a la señora Garwood.

—Pida que preparen el carruaje con urgencia. La señorita Crawford quiere ir a su casa.

—Sí, milord. Con permiso.

Tanto Catriona como Frederick se observaban. Sabían que algo había ocurrido la noche anterior, pero ninguno quería hablar de ese embarazoso asunto, aunque sí volver a recrearlo.

Al poco tiempo le comunicaron que el carruaje estaba listo. La señora Garwood metió dentro la capa, el arco y las flechas de la joven para que no olvidaran nada.

El conde extendió la mano para que Catriona pudiera subir en el carruaje, pero ella lo rechazó dándole un golpe en la extremidad.

—No soy una inútil y tampoco necesito de esas atenciones tan molestas, lord Melbourne —masculló.

—¿Está enfadada conmigo?

—¿Enfadada? Lo odio y lo desprecio. Nada nuevo, por cierto.

—¿Puedo visitarla de vez en cuando? También puede venir a mi propiedad para comer todos los panecillos que quiera.

—Lo mejor es que no nos volvamos a ver. Usted es inglés y yo soy escocesa. ¿Cuál sería el objetivo de volver a encontrarnos? —Catriona desvió su mirada para evitar ver a Frederick.

—Quiero enseñarle que tener una parte inglesa no es malo. Puedo ofrecerle muchas cosas.

—Puede ofrecer mucho, pero anoche no me dio nada.

—Lo suponía. Usted hubiera estado feliz si me aprovechaba de su estado. No sé con cuántos estuvo, pero yo la respetaré. Si tendremos algo será en pleno uso de su derecho a rechazarme. Jamás le faltaría el respeto a una mujer.

Capítulo 13

—Nunca he estado con nadie, y para no estarlo es que siempre estoy armada. Sé lo que significa andar sola por el monte y que un hombre me atrape. Le agradezco que siguiera sus absurdos principios. Tal vez lo considere como el único inglés rescatable de todos —declaró la joven.

—No puede juzgar a todos de la misma manera. Señorita Crawford, ¿todavía no ha conocido a alguien con quien desee casarse?

—No. Tampoco estoy muy interesada, ni me urge hacerlo.

—Supongo que buscará a un hombre rico cuando llegue el momento.

—El dinero no me ha dado nada, lord Melbourne. No es necesario que tenga dinero, no tengo gustos caros, ni joyas y mucho menos interés en hacerme rica. Quizá eso le parezca extraño, pero no lo es, mi padre me enseñó a vivir así.

—¿Y su madre?

—Ella murió en el parto. No la conocí, no sé cómo era. No tuve la influencia femenina de nadie.

—¿Y sus parientes?

—Ellos se alejaron de nosotros. Pregunta demasiado, lord Melbourne. No quiero responderle más, no viene al caso. No lo volveré a ver.

—Mi intención no es esa, quiero volver a verla. Pase a visitarme y la esperaré con lo que quiera comer y tomar. Soy dueño de uno de los mejores whiskies de Escocia.

—No me recuerde ese *whisky* —comentó entre risas.

Él también sonrió a la par que ella. Ellos habían creado una conexión extraña que no sabían

si perduraría en el tiempo. Quizá lo más sensato fuera que ambos dejaran de verse y esperaran al futuro; sin embargo, Frederick ya no quería esperar. Los años habían pasado frente a sus ojos intentando encontrarse y descubrirse para terminar dándose cuenta de que no podía cambiar lo que ya era. Le quedaba aceptarse y no esperar que lo aceptaran.

Pronto llegaron a la casa de Catriona, era parecida a una cabaña, pero de piedra que se asemejaba a una fortaleza. La puerta se notaba pesada, al igual que las ventanas. No era un lugar pequeño, pero tampoco demasiado grande.

El carruaje se detuvo y Frederick bajó primero para ayudar a Catriona. Él sabía que ella se negaría a recibir sus atenciones, por lo que se adelantaba a los hechos. Antes de que la joven pudiera quitar la mano, él la había atenazado sin pérdida de tiempo.

—Lord Melbourne, sabe que estás cosas no son de mi agrado. No espere de mí una venia —farfulló estirando la mano para separarse de él.

—No me importa eso, lo que me interesa es despedirme de usted como debo... —Él besó el dorso de la mano de Catriona y después la soltó.

Ella lo observó con un poco de timidez. Pese a todos sus intentos por alejarlo, él seguía firme para ser un caballero.

—Adiós, lord Melbourne.

—Adiós, señorita Crawford...

Mientras se despedían, un par de caballos se acercaban con presteza.

—¡Catriona! —la llamó Blair Murray, su amiga que llegaba junto a sus hermanos.

—¡Blair! —exclamó al ver a su amiga, pero cambió su expresión al distinguir a los demás Murray—. ¿Qué hacen todos aquí?

El conde miró a los tres hombres que lo reconocieron sin perder tiempo. Bajaron de sus caballos sin detener la marcha y se acercaron hasta donde ellos estaban.

—Dinos qué te ha hecho ese rufián, Catriona... —masculló Lean con el rostro molesto—. Tu padre ha pedido nuestra ayuda para buscarte.

—No es necesario. Lord Melbourne me ha auxiliado. Estuve cazando en sus tierras y tuve un accidente. Es todo —replicó la joven para que los hermanos de Blair no siguieran teniendo problemas con Frederick, ya que él le había contado lo que había ocurrido días atrás con ellos.

—Vamos para que tu padre te vea, Catriona. Lo tenías muy preocupado. Así harás que muera más rápido —la regañó su amiga.

Las dos mujeres fueron dentro de la casa, pero quedaron los tres hermanos Murray. Uno de ellos miró desafiante a Frederick y lo señaló.

—Espero que no tocara a esa hembra —espetó—. Ella me pertenece. Usted acostumbra a tocar a las yeguas ajenas. Es mejor que se aleje de estas tierras o lo lamentará.

—Podríamos acabarlo ahora, ya que no tiene a su amigo, el cobarde que quitó un arma —dijo Arran—. No solo quiere a la que será tu mujer, sino también a la mía. Megan tiene dueño.

—No pelearé con ustedes. Soy alguien de honor que no tiene necesidad de acercarse a mujeres ajenas, mas si me veo en la obligación de protegerlas de personas tan deplorables como ustedes, que no son más que bestias empoderadas por una espada que someten a las damas, cuando deberían tratarlas con delicadeza.

—Qué ridículo. Le haré cambiar de opinión con un solo golpe —gruñó Arran.

—Atrévase a tocarme y lo lamentará —amenazó Frederick con suficiencia. Lo último que debía hacer era recordar que estaba en desventaja numérica.

—¡Idiotas! —gritó Blair que volvió a salir de la casa—. Vengan aquí y dejen a lord Melbourne. Disculpe a mis hermanos, mi señor, son unos tontos.

—¡Compórtate! —exclamó Lean al notar que su hermana miraba con otros ojos al hombre que estaba frente a ellos.

—Soy amable con un caballero. Ustedes están lejos de serlo.

—No toque a nuestra hermana —habló el menor de los varones.

—Gracias, señorita Murray, es muy amable. Mis respetos para usted. Adiós.

Frederick subió a su carruaje para salir de aquel lugar. No tuvo tiempo de conocer al padre de Blair gracias a que aquellos hombres estaban ahí. Le preocupaba mucho que uno de ellos dijera que Catriona era suya, mientras que ella le había dicho que no le pertenecía a nadie. No quería que por ningún motivo alguno de esos rufianes salvajes se atreviera a tocar la delicada figura de la joven, tal como Arran lo hizo con Megan.

¿Cómo podría persuadir a Catriona de protegerla si ella no quería volver a verlo? ¿Quién podría aconsejarle? Solo su tía lady Kirby, que sin ninguna duda le diría que la joven no tenía valía alguna. Él tenía la intención de hacerle caso a la matrona, pero no quería que nada malo le ocurriera a Catriona porque le gustaba.

***

Dentro de la casa, el padre de Catriona estaba sentado en el sillón, en el cual había dormido esperando noticias de ella. La institutriz no estaba muy feliz por lo que la joven había hecho. Estuvo a punto de escribirle al duque para decirle que su nieta estaba perdida.

—¿Dónde estabas, Catriona? ¿Cómo pudiste desaparecer por un día completo? ¿Qué quieres? —increpó su padre, molesto.

—Padre... —Ella tenía vergüenza de contar que había ido a donde él le dijo que no lo hiciera—. Fui a las tierras de lord Melbourne a recuperar mis flechas, pero me asusté cuando comenzaron a perseguirme sus capataces, caí en el arroyo, me golpeé la cabeza y casi muero ahogada. El conde me salvó y me llevó a su casa, en donde me encerró en una habitación.

La institutriz parecía estar adolorida por todo lo que escuchaba gracias a los sonidos que dejaba escapar de su boca. Podría jurar que moriría de la impresión.

—¿Te ha encerrado? —preguntó Lean, el mayor de los Murray.

—Aquí quién hace las preguntas soy yo —declaró el progenitor de Catriona—. ¿Qué te ha

hecho? Si se ha atrevido a tocarte...

—Lord Melbourne me encerró porque pensó que era una gitana y que tenía un campamento con otras personas. No quería que invadiera sus tierras, una vez que le conté quién era, dejó que descansara en su propiedad. Me dio de comer y fue amable. Vine hoy porque él quería asegurarse de que yo estuviera bien y que no me ocurriera nada.

—¡Qué te he dicho de ir a la propiedad ajena! Te lo dije hace unos días, ni siquiera ha pasado una semana. Eres una insensata. Pobre hombre que me ha advertido sobre ti. Iré a disculparme mañana. Qué vergüenza.

—No necesitas ir a ese lugar, Catriona, yo puedo traerte lo que quieras... —ofreció Lean, que se acercó a la joven.

A Catriona no le gustaba la actitud que tenía el hermano de Blair con ella. Ni siquiera le agradaba cómo la miraba. Ellos tres le daban asco, y más después de enterarse lo que habían hecho con una mujer que tal vez no tenía la misma fuerza y entereza como Catriona.

—No lo necesito, Lean. Puedo cazar lo que quiera cuando lo desee, no me moriré de hambre. Mi padre me ha enseñado lo que necesito para vivir.

—Puedes cazar en nuestras tierras la próxima vez, Catriona —ofreció Blair.

—No hace falta. Lord Melbourne me ha dado permiso de cazar en su propiedad todo lo que yo desee y me ofreció todo el *whisky* que pudiera necesitar porque él lo produce.

Al escuchar eso, Lean salió de la casa y sus hermanos lo siguieron.

—Menos mal que esos... olorosos caballeros se retiraron —pronunció la institutriz agitando su abanico.

—Iré a mi habitación a descansar, padre. Tome... —Catriona le entregó un par de panecillos de la casa del conde y fue hacia la parte alta de la residencia, seguida por su amiga.

El padre de Catriona se quedó mirando los panecillos que estaban tibios.

—No tiene ni un poco de autoridad sobre esa niña, mi laird, y para colmo, ha invitado a esta casa a esos señores que no son agradables para ninguno de nuestros sentidos.

—Usted tampoco hace mucho. Catriona se le escapa como si nada. Ahora tengo una deuda con el vecino gracias a esa jovencita.

—Mi laird, podríamos hablar con el duque para que presione a ese tal lord Melbourne. El título es inglés, es un hombre con dinero si tiene un castillo aquí y produce su propio *whisky*.

—¿Presionarlo para qué?

—Para casarse con esa salvaje que tiene como hija. Podríamos acusarlo por haberla retenido en su casa, ya que no sabemos con exactitud qué pudo haber ocurrido entre ambos. En Londres, esta clase de situaciones se resuelven con el matrimonio.

—Catriona odia al duque en demasía, ¿para qué mentir sobre algo que no ocurrió para obligarla a casarse con un extraño?

—Al menos se casaría con alguien que mantendrá a su hija aquí, donde ella desea. Es un hecho, si la señorita Crawford no intenta al menos educarse, no encajará en Londres y eso será muy doloroso para ella. El rechazo puede ser mortal y más para una persona tan orgullosa como ella.

—Al menos debo conocer al hombre. No lo he visto.

—Tenga la edad que tenga, será un mejor candidato que cualquiera de esos tres que huelen a osamenta.

Catriona y su amiga fueron a la habitación. La joven dejó su arco en un lugar y abrió la servilleta con los panecillos sobre la cama.

—Prueba esto, es delicioso —ofreció Catriona a Blair.

Blair cogió uno de ellos y quedó encantada con su sabor.

—No debiste ser tan grosera con Lean. Ha puesto mucha predisposición para iniciar tu

búsqueda —acusó Blair.

—Tus hermanos son los seres más repugnantes del mundo. Te defienden a ti como si fueras lo más valioso, pero violan a las mujeres que encuentran en el monte. Una de ellas está comprometida con tu hermano.

—¿Con Arran? Mis hermanos serían incapaces de eso. Son repugnantes, pero no puedo creerlo.

—El bello rostro de lord Melbourne estaba golpeado por haber defendido a la mujer de tus hermanos días pasados.

La amiga de Catriona guardó silencio. Sus hermanos habían regresado muy golpeados hacía dos días.

—Arran dijo que se había comprometido con una mujer que le agradaba mucho... —contó.

—Pues a ella no le agrada él...

—Si conoció a lord Melbourne, dudo que le guste Arran. Lo he visto cuando te besó la mano, Catriona. Se nota que es un caballero.

—Es inglés, es evidente que está preparado para engatusar a la gente.

—A mí me tiene engatusada. Si a ti no te interesa, puedes dejar que yo intente cazarlo. Estoy dispuesta a conocer la educación, a los nobles y a toda Inglaterra. Quiero ahogarme en joyas y en su *whisky*. Sin decir que podría soñar con un hombre así besándome todo el cuerpo.

—¡Basta de tanto descaro! Eres indecente al pensar así de un hombre como lord Melbourne —reprochó Catriona, celosa, por el interés que ese hombre despertaba en su amiga.

Capítulo 14

Al regresar a su castillo, Frederick tenía el rostro ligeramente fruncido. Se cuestionaba haber dejado a Catriona en manos de los Murray sabiendo de lo que esas bestias eran capaces. Eso le impedía continuar con sus actividades de una manera eficiente.

—Milord, he escogido a estos hombres para que los conozca... —Wolfie hizo pasar a unos diez jóvenes que se veían fuertes y en forma.

—Sean bienvenidos a mi humilde morada. Ustedes tendrán la tarea de defender los límites de esta propiedad. He tenido un altercado con la familia Murray y no puedo descartar que puedan ser capaces de entrar aquí. Quiero que comprendan que sus vidas podrían correr peligro. Les proveeré de armas de fuego, otras que puedan servirle y también caballos...

Era necesario que Frederick les advirtiera que las cosas no serían sencillas, puesto que la situación con los Murray en lugar de mejorar quizá terminara empeorando después de encontrarse frente a frente en casa de Catriona.

Una vez que despidió a los hombres para que fueran entrenados por el capataz, Wolfie se quedó con él y tomó asiento.

—¿La mujer que estuvo aquí no le mintió? —preguntó su sirviente.

—No, fui hasta su casa y... —Frederick guardó silencio un momento para poder continuar —. Estaban los Murray. Al parecer son amigos de la familia de ella. Uno de ellos me ha dicho que la señorita Crawford era su mujer...

—No sería su mujer por gusto, milord, tal vez fue ultrajada de la misma manera en que fue la joven de la taberna.

—La señorita Crawford me ha dicho que no ha tenido ningún hombre. Wolfie, creo que comienzo a enloquecer con lentitud. Se me ha metido en la cabeza que puedo casarme con ella y quedarme aquí.

—¿Cree que con ese tal Murray podrá conseguir casarse con la joven? También usted ha dicho que su tía solo quiere a una joven de buena familia y lo que quizá esa salvaje tenga es solo buen corazón.

Frederick emitió un sonido con la boca. Wolfie tenía razón en lo que estaba diciendo. Debía darle tiempo a sus pensamientos y dejar que se calmaran, ya que todo estaba muy reciente y no podía darle rienda suelta a su espíritu justiciero o enloquecido. Con Emma las cosas habían sido rápidas, aunque también había salido mal. No quería volver a cometer los mismos errores.

—Lo que debo hacer es dejar que todo esto se enfríe. Una niña salvaje no puede mantenerme perturbado. Si mi tía estuviera aquí, ni siquiera tendría tiempo de pensar en nada...

—Hablando de su tía. Las doncellas están listas para empezar. Una parte de los muebles llegarán mañana y todo estará listo para que sus visitantes estén cómodos. Yo puedo atender a los caballeros, sabe que estoy capacitado para tal cosa. Soy más que un ayuda de cámara, soy su protector, milord. Si me dejara cumplir con mis deberes...

—Eso no me gusta ni a mí. Soy un hombre funcional, me sirves como mi persona de confianza, aunque en esta ocasión te pido que sirvas a los visitantes y los cuides.

—Sin duda que lo haré, milord.

La puerta del despacho se encontraba entreabierta, por lo que la señora Garwood golpeó la madera para anunciar su presencia.

—Disculpen la interrupción. Hay una joven que viene junto a usted, lord Melbourne —comunicó el ama de llaves.

—Hazla pasar —respondió el conde.

La mujer obedeció y se retiró.

—¿Quién podría ser? —cuestionó el sirviente.

—No creo que sea la señorita Crawford, acabo de dejarla en su casa.

Al cabo de unos minutos, apareció la joven de la taberna, que llevaba un papel en la mano.

—Perdón por venir sin avisar, milord. He venido en nombre de mi tío a traerle la cuenta de su negocio —dijo Megan que se sonrojó. Durante todo el trayecto estuvo observando la inmensidad de ese castillo y las vastas tierras que lo rodeaban.

—Señorita, tome asiento, por favor —pidió Frederick.

—Gracias, señor. —Ella se sentó junto a Wolfie, a quien le entregó una sonrisa.

—Es bueno que trajera la cuenta. —Él extendió la mano para que ella le entregara el papel.

—Mi tío se siente muy avergonzado por tener que cobrarle a usted, y yo me siento culpable por lo ocurrido. Quería preguntarle si todavía puedo unirme a su personal de servicio temporal sin cobrarle nada —habló entregando el escrito.

Wolfie miró a su patrón para advertirle del problema en el que podría meterse si llegaba a dejar a esa mujer bajo su mismo techo y no solo por lo que significaba que fuera la prometida de un Murray, sino el hecho de que ella estaba interesada en él y el conde tenía problemas para discernir entre un problema y una solución.

Por los ojos azules de su criado, Frederick entendía la advertencia que le estaba haciendo, pero él no podía dejar a esa joven sin protección, ¿qué más podía hacer? En su propiedad estaría segura.

—Por supuesto que tengo un lugar para usted. Además, Wolfie se encargará de su seguridad cuando deba salir del castillo.

El sirviente abrió los ojos como si lo hubieran asustado. ¿Por qué él debía encargarse de ella?

—Gracias, milord. Trabajaré arduamente para agradecerle lo que ha hecho por mí —musitó Megan, feliz. Quizá todavía tuviera la oportunidad de conseguir ser la dueña de todo eso, aunque en ese instante se conformaba con escapar de Arran Murray. Ella ya tenía una coartada para que le dijeran al hombre si preguntaba por ella.

—Puede irse hacia la cocina y conversar con la señora Garwood para que le entregue una ropa adecuada para que pueda empezar junto al resto de las doncellas a las que deben enseñarle el oficio.

Ella se levantó del sillón y asintió. Hizo una inclinación de cabeza y se retiró con emoción en el rostro.

—¿Por qué tengo que cuidarla, milord? —cuestionó su sirviente—. ¿Es que no se cansa de los problemas?

—Lo hago por el bien de la joven y para darte algo más que hacer. ¿Qué te parece? Además, pienso que ella podría ser una buena opción de esposa para ti. Tienes cuarenta años y solo te has dedicado a cuidar de lo ajeno.

—¿Esposa? No necesito de ninguna, y menos de esa joven que ha fijado sus ojos en alguien como usted cuyo dinero es abundante.

—Te pago buen dinero y si logras casarte con ella te pagaré el doble para que puedas darle lo que ella pudiera ambicionar.

***

Había pasado una semana de su aventura en las tierras de lord Melbourne, y Catriona parecía una fiera enjaulada en su casa. La institutriz era el demonio personificado, desde el día que regresó la había mantenido cautiva de sus actividades londinenses. Blair era la única que hacía que el asunto fuera llevadero. Era torturada de sol a sombra por su desobediencia y su padre apoyaba a la mujer aplaudiendo lo que hacía.

En los últimos días, su padre se había deteriorado aún más y no le fue posible ir a ofrecerle sus disculpas a lord Melbourne. Catriona lo lamentaba, pues pasaba la mayor parte del tiempo recordando a ese inglés. Se reprochaba por ello y buscaba la manera de olvidarlo, pero nada pasaba. Cuando caía la noche recordaba como ardía su piel por haber sido besada por él. Esa educación que tanto odiaba comenzaba a extrañarla. Era tan despreciable, pero a la vez deseable, no podía olvidarlo.

—¡Señorita Crawford! —gritó la institutriz para que ella despertara de sus cavilaciones.

—No se esfuerce tanto, señorita Albright, pues quedará sin voz. Catriona no deja de pensar en su vecino —alegó Blair, juguetona.

—¡Eso no es cierto! Es que no me gusta esto de la lectura, señorita Albright. Estoy cansada, necesito dar un paseo por el monte, siento que me asfixio aquí dentro —confesó la joven.

—¿Para cazar animales ajenos? Con el dinero que ha enviado su abuelo compramos los mejores animales del mercado. No hace falta que una señorita como usted lo haga. Levántese ahora —ordenó la señorita Albright.

Con el rostro enfurruñado y los brazos cruzados, ella obedeció. La institutriz le colocó tres libros pesados sobre la cabeza.

—Caminará con esos libros por todo este salón sin echar ninguno. Si pasa esta prueba, les permitiré salir por una hora al jardín.

—Qué gran premio, ¿qué viene después? Tal vez pueda volver a subir a un caballo alguna vez —se quejó Catriona.

—¿Por qué no? Usted no tiene permitido salir de este pedazo de tierra, un caballo es una herramienta peligrosa en manos equivocadas y usted es una mano muy equivocada.

—Por favor, hazlo bien —pidió Blair.

Catriona suspiró y comenzó a caminar con la espalda recta y a sacar el pecho.

—No debe parecer un capataz que acaba de bajar del lomo de su caballo, señorita Crawford —la regañó la mujer.

—¡Hago lo que puedo! Estas porquerías no son para mí. Ya no quiero hacer esto —se quejó, mientras trataba de dar bien los pasos para que no se le cayeran.

—Debe entender que no siempre puede hacer solo lo que le gusta. En ocasiones, nos incumbe hacer lo contrario para obtener algo mejor. En su caso, priorizamos un esposo. Ser la nieta de un duque le abrirá puertas. Él la dotará con mucho dinero y los caballeros lloverán.

—Todos ellos lloverán, pero porque huelo a dinero y no porque me quieran. ¿Qué hay de malo en que me quieran como soy?

—Escuche, señorita Crawford, debe conseguir el esposo y el resto es accesorio. Una vez casado, puede morderlo, masticarlo, golpearlo y matarlo, pero antes no. El estatus que usted ganará es lo que la salvará en el futuro. También puede tener amantes si llega a un buen acuerdo. Dicen que las mujeres escocesas son muy fogosas... —alegó la institutriz para hacer que la joven estallara y dejara de seguir la rutina.

—Por supuesto que tenemos fuego en la sangre. Un amante no suena mal, de hecho, es algo que me resulta interesante y atractivo. Viniendo ese consejo de una institutriz, me parece que es algo correcto de hacer. Seguiré su consejo si llegara a ir a Londres.

—No me escandalice, fue solo un chasco.

—¿Por qué Catriona no puede escoger a nuestro vecino? —preguntó Blair—. ¿Por qué debe ser inglés?

—Imagino que lord Melbourne es inglés, el título lo es —respondió la institutriz—. No estaría mal que se fijara en él; sin embargo, no considero que la señorita Crawford esté capacitada para tal hazaña, todavía no.

—¿Cómo no podría estarlo? Es un hombre en toda su regla. Es enorme, atractivo, adinerado y vive en un castillo medieval. ¿No es eso encantador? —curioseó Blair.

—Como lo describe es algo poco usual, señorita Murray. Deberíamos trabajar en la sutileza...

—Dígale a Blair que deje de codiciar a ese hombre. Debería buscar a alguien igual a ella, un escocés que haga descripciones obscenas de otra persona —farfulló Catriona. No le gustaba que le recordaran al conde todo el tiempo. De esa manera sería imposible olvidarlo, ya estaba siendo difícil, pero Blair y la institutriz lo hacían una hazaña.

—A ella no le gusta que yo sí sepa apreciar la naturaleza de un hombre adinerado que me sacará de la casa en la que vivo con esos tres trogloditas y mi padre.

—Todo a su tiempo, señorita Murray. Hay muchos comerciantes interesantes que podrían fijarse en su belleza. Solo es cuestión de que la señorita Crawford le ayude comportándose para ir más rápido a Londres.

—¡Hazlo bien, Catriona! —exigió su amiga que estaba ansiosa por vivir otra realidad.

Se sentía presionada para ser perfecta; sin embargo, quería salir de esa casa, por lo que le daría a la institutriz lo que esperaba. Acabó el recorrido y bajó los libros de su cabeza, no dijo nada. Cogió la mano de Blair y fueron hacia la puerta.

—¡Deben mejorar la despedida! —advirtió la señorita Albright, que en esa semana había conseguido poco, pero a la vez mucho tratándose de una criatura tan reacia como Catriona. Consideraba que quizá el hecho de ser capturada por lord Melbourne le había hecho más bien que mal. Era una pena que el padre de la joven no pudiera ir junto al conde para conversar. A ella le parecía más conveniente acusar a ese hombre por haberla retenido, ya que Catriona era mitad inglesa, por lo que podría tomarse la situación como la pérdida del honor de la joven. De esa manera estaría desestimada la preocupación del duque y del marqués por el futuro de Catriona.

Capítulo 15

En el castillo de Raasay habían llegado los invitados de Frederick con sus propios invitados. No podía evitar sonreír al observar a su tía, lady Kirby, feliz al verlo. Lo primero que había hecho la mujer era mirar el castillo como lo que era: una antigüedad.

—¡Mi queridísimo Frederick! —exclamó su tía que fue hacia él para abrazarlo.

—Tía... —Frederick correspondió a su abrazo.

—Estás un poco más... colorido —insinuó por el color tostado de la piel de su sobrino—. Deberías usar una sombrilla cuando sales. Le encargaré eso a tu ayuda de cámara. ¿Dónde está? ¿Por qué no lo llevas contigo a todas partes como debe ser?

—Tía, soy un adulto que puede valerse por sí mismo...

—¡Tonterías! Ven, querido. Te presentaré al duque de Manchester. Es amigo de nuestra familia desde hace muchos años. Ya he hablado sobre que tú eres mitad... salvaje. De todas maneras, tengo buenas noticias para ti con respecto a esa visita.

La mujer cogió del brazo a Frederick y lo llevó hacia el carruaje del que bajaban lord Kirby y el duque de Manchester.

—Frederick, ¿cómo has estado? —Lo saludó lord Kirby que se acercó a él.

—Muy bien, tío. Los estaba esperando, ha sido un preparativo por semanas.

—Le he dicho a tu tía que se comporte bien, es una tierra difícil —alegó el aristócrata.

—Usted es lord Melbourne, el sobrino de mis estimados lord y lady Kirby, es un placer conocerlo. Agradezco que aceptara acogerme en vuestra residencia. Me llamo Octavio Worthington, y soy el duque de Manchester.

—Es un placer saludarlo, su excelencia. Espero que mi residencia sea de su agrado, como

sabrá, es un castillo antiguo y tiene sus carencias que han sido suplidas con mucha creatividad.

—No debe preocuparse por eso. Esto es casi de cuando yo era un niño. Me he criado en muchos lugares, y créame que un castillo no ha sido la excepción.

—El duque es un hombre muy humilde y sosegado, pero podría comprar este... —Lady Kirby no sabía cómo referirse a Escocia.

—¿Lugar? —preguntó Frederick.

—Sí, querido, es mejor decir eso que dejar al descubierto mis verdaderos pensamientos sobre esta tierra de salvajes. Oh, lo he dicho. ¿Cuándo regresarás a Londres?

—Querida, todavía no nos hemos instalado en el castillo y tú piensas mandarlo a Londres —reprochó lord Kirby.

—Mi buena amiga nunca deja de lado su pésimo humor. Si bien, Escocia es una tierra sin descubrir para nosotros, considero que tiene lo suyo —expresó el duque.

—Es probable, Octavio, pero no me confiaría que por aquí anden en taparrabos.

Los caballeros rieron a causa de lo que había dicho lady Kirby. Ella no podía ocultar del todo su poca gratificación al estar ahí. Si iba junto a su sobrino era porque lo quería y deseaba poder encontrarle una esposa a su medida.

—Por favor, pasemos a la residencia para que pueda enseñarle las dependencias y dónde serán sus habilitaciones.

El sonido de los zapatos de todos ellos hacía eco en la entrada. Lady Kirby observaba que todo estuviera bien arreglado. No confiaba en los gustos de su queridísimo Frederick, puesto que no solo podía escoger mal una esposa, sino también la decoración de su castillo.

—Me sorprende que tengas cosas tan interesantes, Frederick —lo halagó al darse cuenta de que todo estaba impecable. Él se había esforzado por mejorar algunas cuestiones en su vida.

—Por supuesto, tía. Tengo visitas muy importantes —concedió para hacer feliz a su

pariente. Frederick sabía cómo ganarse sus favores, al igual que perderlos.

—Le ofrecería dinero por este lugar, pero supongo que es parte de su título en este momento —comentó el duque.

—Era la dote de mi madre que mi abuelo le entregó a mi padre por motivo del matrimonio.

—No recordemos esa parte, que lo único bueno de todo eso has sido tú, mi vida —recordó su tía—. Nunca olvidaré que estuve en tu nacimiento. Eras tan pequeño... Ni siquiera puedo creer que fuiste un bebé.

—Me avergüenza, tía —musitó Frederick, sonrojado por la vergüenza—. Ellos son quienes estarán a cargo de la comodidad de ustedes.

Lady Kirby asintió ante ese ejército de personas, ya que aprobaba que su sobrino tuviera muchos sirvientes.

—Wolfie es mi ayuda de cámara, pero atenderá y cuidará de los caballeros. Él está preparado para cualquier necesidad de defensa —comentó el conde.

—Es bueno saberlo, ya que necesitaré hacer un par de visitas por la región —replicó el duque.

—Él lo acompañará a donde tenga que ir, al igual que yo si requiere mi presencia para conversar con los locales, excelencia.

—Se lo agradezco, lord Melbourne. Conversaremos sobre eso una vez que descansemos. Ha sido un trayecto muy largo para nosotros. También nuestra edad ya pide más cama que antes.

Frederick movilizó a sus sirvientes para que bajaran los baúles de sus visitantes de los carruajes para poder instalarlos.

Cuando terminó de dar instrucciones para la atención, se dirigió a la señora Garwood y a Megan.

—Preparen todo lo necesario para que mis invitados estén cómodos. Señora Garwood,

prepare lo mejor para la cena. Megan, atiende a mi tía sin equivocarte, es una mujer que parece amable, pero que no lo es del todo.

—Sí, milord —acataron las mujeres yendo para ponerse manos a la obra.

Mientras sus visitas descansaban, él haría lo que acostumbraba a hacer: pensar en ir a visitar a Catriona. Ella no había logrado desaparecer de su mente. Lo había intentado, buscó formas de distraerse y nada ocurría. Con sus visitas en la casa, dudaba que pudiera dejar de buscarla en su mente, pues eran personas mayores que buscarían el descanso en cualquier momento y ese era el tiempo ideal en que sus pensamientos lo invadían y traicionaban. ¿Con qué excusa podría ir a la casa de la joven? Wolfie se había asegurado de que no se olvidara nada de ella. Lo único que le quedaba era la prenda que había usado Catriona y que le pertenecía a su madre. Parecería un demente si se pusiera a olfatear su aroma para sentirla más cerca. Lo mejor era admitir que la locura lo había tomado como su rehén.

Los visitantes habían descansado durante toda la tarde y se habían puesto sus mejores galas para la hora de la cena. Era un hecho, los ingleses iban bien vestidos a cualquier lugar, no importaba la ocasión, la clase y la elegancia los caracterizaba.

Para la cena, la señora Garwood había mostrado sus artes culinarias con un faisán con patatas y hierbas con una sopa de setas del bosque, panecillos con mantequilla y para acompañar, una compota de moras salvajes.

—No es un secreto para nadie que pensé que encontraría cosas muy diferentes en estas tierras. Frederick comienza a sorprenderme —habló lady Kirby después de degustar el faisán.

—No andaré desnudo por los árboles, tía. Tampoco es una costumbre muy escocesa enseñar todos los atributos. Créame que son un poco civilizados.

—Si tú que eres mitad escocés eres crítico con los tuyos, supongo que es la verdad. Es imposible obviar tus orígenes y, hasta cierto punto, considero que es bueno que aprendas a querer esa parte que quizá no sea motivo de mucho orgullo.

—Que venga de dos mundos es mi mayor orgullo y jamás será un motivo de vergüenza. Mi padre me enseñó a querer lo inglés y mi madre lo escocés. Me llevaron a vivir a los dos lugares y los amo, pertenezco a lo mejor de los dos.

—Claro. Tu madre tampoco era una pobre diabla. Su padre era un laird importante que tenía mucho dinero y tierras. Sin embargo, ella no pudo aceptarnos en su casa y como nos rechazó, nosotros también la rechazamos.

—Es una experiencia similar a la que tengo. Durante años he vivido con la conciencia pesada. Mi hija murió en estas tierras, dando a luz a la hija de un escocés que se casó con ella... Jamás aprobé ese matrimonio, pero me lo pidió segura de que estaba haciendo lo correcto, sin darse cuenta de que el tiempo corría en su contra. Estoy aquí para ver a mi nieta oficialmente por segunda vez en mi vida... —contó el duque de Manchester que después se mojó los labios con un poco de agua de su copa.

—Los escoceses nos odian más de lo que podríamos odiarlos nosotros y en ocasiones sin motivo —comentó lord Kirby que negó con la cabeza.

—No podemos culparlos, han sido años de batallas y matanzas en nombre de la libertad —dijo Frederick, reflexivo.

—Son poco civilizados y es algo que se nota apenas los ves. También has ido desaliñado a Londres, Frederick —acusó su tía.

—Cuando mi querida tía encuentre virtudes en mí haré un gran baile —aseguró el conde, divertido.

—Quisiera que eso fuera muy rápido. Traje una lista de solteras de cierta edad para ti. Sé que las debutantes no son algo que desees, querido, pero tengo un par de solteras deseables y ricas que solo han tenido mala fortuna en el matrimonio. Todas hijas de hombres de la aristocracia.

—Habíamos quedado en algo... —intervino el duque al oír a su amiga.

—Sí, sí, lo sé, pero no podía resistirme a decirle que todavía tiene buenas opciones. Mis candidatas son bien parecidas, educadas y de familias acaudaladas. Solo lo mejor para mi sobrino.

Frederick deseaba saber qué habían acordado ese par de amigos.

—¿De qué están hablando? —curioseó para que pudieran decirle algo.

—Le propuse a su tía que usted podría casarse con mi nieta —confesó Octavio—. Puesto que están en igualdad de condiciones de nacimiento, entonces creí que podría ser una excelente elección.

—Frederick, le dije a Octavio que lo consideraríamos si tú estarías de acuerdo, pero también yo debía aprobarla. Dijimos que mi desaprobación no afectaría a nuestra amistad de años.

—Les dije que era una mala idea y ninguno quiso hacerme caso —farfulló lord Kirby intentando lavarse las manos.

—No tengo inconveniente en conocer a su nieta, milord. No necesito ambicionar una posición o dinero de nadie. Suponiendo que es su nieta, debe estar en excelentes condiciones.

—Cuéntale más sobre tu nieta, Octavio —pidió lady Kirby, burlona.

El duque miró a su amiga como si supiera lo que quería. Por supuesto que deseaba echar el nombre de su nieta por el piso para que no fuera una elección para ese hombre.

—Ella no ha sido educada por una institutriz, es como un animal salvaje... Al menos es lo que me ha dicho la institutriz que envié para tal fin, es por eso que vine. Quisiera convencerla de que ir conmigo a Londres es lo mejor para su vida si usted la llegara a rechazar.

—Estamos hablando de una joven de veinte años criada por un escocés salvaje. Nada bueno puede salir de eso —agregó lady Kirby—. Lo mejor es que miremos mi lista y pasemos por alto la sugerencia de mi estimado duque. Sabes que, de preferencia, quisiera que mi sobrino se mezclara con una inglesa para que sus hijos sean lo que deben. Ya con Frederick es algo difícil el asunto. Imagina casarlo con una mujer salvaje, con una escocesa sin otro objetivo que convertir a sus críos en pequeños cavernícolas.

—Tía, soy una bestia con título, y una mujer como esa es lo que me gustaría. Si de mí dependiera, metería este faisán entero en mi boca y lo masticaría sonoramente. Dejaría sucia las copas con mis manos y daría un eructo salvaje que podría dejar sordo a mi vecino, pero tengo

invitados. Mi educación es una pantalla de humo. Les hablo con sinceridad, ya que están siendo sinceros conmigo. No me niego a conocer a la nieta del duque y tampoco a las jóvenes de su lista, tía, mas cómo he manifestado, de preferencia, quisiera a una mujer sencilla, aunque no tan salvaje. Si una escocesa puede mejorar sus modales para ir a Londres en las temporadas y reunirse con mis pocas amistades, será suficiente para mí.

—La institutriz tiene esa misión, educarla para lo básico, para no avergonzarse frente a otros. Tengo la esperanza de que usted se fije en ella, si no lo hace, lo entenderé, me pongo en sus zapatos y siento empatía.

La tía de Frederick no quería a la nieta del duque para que se casara con su sobrino. De ninguna manera ella aprobaría a esa mujer, resultaría ser peor que la misma Emma Malorie.

Capítulo 16

Catriona había logrado conseguir un poco de tiempo de su exigente institutriz para caminar por los alrededores de su propiedad y también la instaba a pasar más tiempo con su padre que no mejoraba demasiado.

Mientras caminaba por el sendero de su residencia hacia el monte, pensaba en lo que ocurría a su alrededor. Blair estudiaba con ella casi todos los días y servía de distracción para que no pudiera arrancarle los ojos a la institutriz, pero después se quedaba sola con la inglesa y su padre, que no hacía más que respirar con dificultad. Debía admitir que la arpía hacía más de lo que debía para cuidarlo, no era asunto suyo la salud de ese escocés, pero aquella lo atendía con paciencia.

Frente a Blair pasó corriendo un jabalí y ella ni siquiera se había inmutado, ya que no llevaba ningún arma para cazar, con suerte la dejaban salir a caminar.

Ella sentía que no era la misma criatura audaz del pasado, al menos de las últimas semanas. Lord Melbourne le había robado algo, y esa era su capacidad de pensar en algo distinto a él. Lo recordaba tan dominante y a la vez conciliador, tan educado y al mismo tiempo salvaje. Sus instintos escoceses estaban ahí, aunque tenía muy arraigado lo que significaba ser un caballero inglés. Catriona suspiró al recordar que había sido tan atento, cosa que ella jamás debería valorar en ningún aspecto, pero tratándose de ese hombre, todo era distinto. No lo soportaba por ser inglés, tenerlo en cuenta era como traicionar a su tierra y a todos los que habían luchado y perdido sus vidas frente a los ingleses. No podía caer en la trampa del sentimentalismo y no defender lo que realmente importaba.

Al levantar su mirada, vio a un hombre corpulento, de cabellera encrespada y rubia que se acercaba a ella. Al distinguirlo, se dio cuenta de que era Lean Murray con un enorme venado a su espalda.

—Catriona —saludó el hombre que bajó el animal muerto al suelo.

Los ojos de Catriona seguían cada acción de Lean. En ese momento, recordó lo que le había contado lord Melbourne sobre los Murray y eso le asustaba. Ellos no eran lo mejor de las

Highlands, aunque sí muy comprometidos con sus orígenes.

—Lean —correspondió.

—¿A qué hueles? —preguntó.

—La arpía inglesa trajo perfumes para mí.

—¿Por qué esa mujer está en tu casa y le da clases a Blair? Se merece unos buenos golpes por querer tener mañas inglesas. Lo único que le debería importar es saber llevar un hogar y tener un esposo.

—No quiero hablar de esa arpía. Regresaré a mi casa, se me ha hecho tarde.

—Espera, Catriona, quiero hablar contigo...

Esa expresión le daba mala espina a Catriona. Ninguno de los hermanos de Blair se había apegado a ella en esos años tanto para conversar a solas.

—Dilo rápido, pues debo irme —apresuró la joven.

—Te traigo este venado como muestra de que estoy interesado en ti. Creo que has llegado a la edad necesaria para ser la mujer de un Murray. Soy un excelente proveedor y tú te ves fuerte para parir a mis hijos.

Enmudeció en aquel momento. Catriona ni siquiera tenía la capacidad de respirar correctamente, lo que le dijo Lean la dejó desconcertada por completo. Ella no quería ser su esposa, un Murray no era una opción para ella.

—Te agradezco el venado, pero yo no estoy interesada en casarme con nadie.

—Estoy siendo amable contigo. Sabes que podría hacer las cosas distintas, pero tú eres amiga de mi hermana...

—Con más razón debo decir que no quiero casarme con ningún Murray. Sé lo que han hecho con una mujer y eso es inconcebible. Lord Melbourne me lo ha contado.

—¡Ese malnacido! ¿Es por su culpa que no quieres casarte conmigo?

—No, eso ya lo había definido antes de conocerlo. Por mi mente nunca ha pasado la idea de casarme con ninguno de ustedes y las razones sobran.

—¿Te interesa el maldito dueño de un castillo? Un señor inglés que tiene tierras aquí. ¿Piensas que se fijará en una yegua sin educación como tú? Si lo hace será para darte menos del estatus que deberías tener como esposa de alguien. Los ingleses quieren abusar de nuestras mujeres.

—Como ustedes abusan de sus propias mujeres, ¿no es así? No quiero casarme contigo y es mi última palabra.

—Eso lo veremos, Catriona, tú serás mía —advirtió—. Llévate el venado, no pesará nada para ti.

Aquel le dio la espalda y se perdió por el mismo camino por el que había llegado. Al notar la actitud de Lean, se daba cuenta de que lord Melbourne por lejos era un hombre de mayor valía, por más que tuviera; al igual que ella, sangre inglesa. ¿Por qué era tan prejuiciosa? No quería lo mismo que había pasado ella con el desconocimiento de otro lado de la familia, no quería tener dudas de a qué lugar pertenecía, ni cuál era la sangre más fuerte. Ella se sentía escocesa, lo era, pero jamás podría borrar que también pertenecía a otras raíces. No tuvo oportunidad de saber si del lado de su madre eran buenas personas o no; sin embargo, que dejaran a su padre en la miseria, no hablaba bien de ellos, puesto que la habían dejado a la deriva. Y los parientes del lado de su progenitor también lo habían desplazado por casarse con una inglesa sin el consentimiento de ellos. Su clan estaba dividido y por eso le dieron la espalda a ella, a quien consideraban un engendro. Al final tal vez no tenía lugar en el mundo ni inglés, ni escocés.

Cogió el animal que había dejado Lean del suelo y se lo colocó al hombro. No podía desperdiciar lo que la naturaleza les otorgaba para comer, eso era ofensivo y más cuando se trataba de la vida humilde que llevaba ella junto a su padre. Si no fuera por la institutriz que había ido con mucho dinero a vivir con ellos, quizá estarían pasando hambre.

La ofrenda de Lean pesaba más que su conciencia al hacer algo malo. Si ese Murray

pensaba que ella lo tendría en cuenta, podía olvidarse de eso, jamás lo consideraría, además, la misma Blair estaba en contra de que sus hermanos quisieran casarse con su amiga. Los conocía en algunos aspectos, pero ellos eran crueles y olvidaban contar cómo eran en realidad.

Comparar a lord Melbourne con Lean Murray era algo descabellado, definitivamente, inconcebible. No estaban en igualdad de condiciones, puesto que el conde era perfecto y un buen caballero que la había atendido, pese a las groserías que ella le había dicho. No debía pensar tanto en él, ya que no volvería a verlo. Era inútil gastar sus pensamientos en alguien que quizá la olvidó. Ella era la única que seguía recordando su beso, aunque no con vergüenza como los primeros días, sino con añoranza, y más después de haber escuchado la amenaza de Lean. Él metería su cara en sus fauces en lugar de darle un beso. Imaginaba sus manos sucias y repugnantes recorriendo su figura y eso le asqueaba. En cambio, lord Melbourne tenía un aroma a perfume, limpieza y sensualidad. Qué ganas tenía de ser su mujer si entraba en comparativas otra vez.

Con esfuerzo llegó hasta la puerta de su casa con aquel animal a cuestas.

—¡Señorita Crawford! —exclamó la institutriz que la vio entrar encorvada con aquel animal enorme sobre su espalda—. ¿Qué hace con ese animal? Le dije que no podía cazar.

—Qué pregunta... Yo no tengo nada que ver con la cacería de este animal. —Ella arrojó el cadáver en medio del salón—. Además, usted me quitó mis armas. Tampoco cazo con los dientes, no soy tan genial.

—Entonces querrá que crea que este venado cayó del cielo, se golpeó el cuello y se rompió, ¿no es así?

—Qué imaginación, señorita Albright, pero no, si me deja le diré quién fue. Fue Lean Murray... Me propuso matrimonio.

La señorita Crawford palideció y tomó asiento.

—Espero que usted dijera que no, por su bien...

—Créame que pienso más en mi bien que usted en el mío, por supuesto que le dije que no.

—Por fin ha entrado un poco de luz en esa maraña que tiene como cabeza. Ha caído en cuenta de que si se llegara a casar con ese... señor, su vida sería miserable para siempre.

—Lo que sí entendí, es que a él no lo quiero como mi esposo, tal vez sí prefiera a alguien más educado.

—Porque usted es una dama. Si él fuera un caballero, no hubiera dejado que usted se partiera el lomo con tan extraño presente. Debería darle un anillo y no venado o sus cuernos. Qué raras maneras de conquistar tienen aquí.

—No lo trajo porque lo rechacé. Me amenazó con que sería suya de todas formas.

—Es un rufián de poca monta. Usted no saldrá de esta casa sin un arma. De preferencia, es mejor que le pida a su abuelo que envíe un carruaje para irnos. Ese hombre es capaz de cualquier cosa. Sin su virginidad, usted solo vale la mitad o menos en el mercado matrimonial. Tiene muchas cosas en su contra. Siéntese, porque apresuraremos las lecciones.

—Puedo defenderme de cualquiera, solo necesito mi cuchillo.

—Le daré una pistola y un cuchillo, pero solo podrá ir hacia un lugar.

—Me conformo con que me dé el cuchillo, no sé usar un arma.

—Tal vez lord Melbourne pueda mostrarle cómo usarlo. ¿No le parece? Si él le ha dado la oportunidad de cazar en sus tierras, puede pasear por ahí.

—¿Mi padre sabe lo que usted planea?

—Ni siquiera usted sabe lo que planeo. Le sugiero que tome ese rumbo por su seguridad, él no es un peligro.

¿Caminar hacia los dominios del inglés? Era una locura, quizá tampoco lo encontrara, ya que él le había dicho que contrataría gente para que cuidara los límites de su propiedad, ya no estaría lord Melbourne persiguiendo a nadie que pareciera sospechoso.

Por primera vez estaba aceptando algunas sugerencias de la institutriz. Sin querer, la vida le

estaba mostrando que ella tenía razón y que también Blair iba por buen camino si quería progresar en la vida. En donde ellas estaban, las posibilidades de que las cosas fueran bien eran muy pocas, no encontrarían más que hombres como los hermanos Murray, que todo pensaban que podrían conseguir con la fuerza y contra la voluntad de alguien.

Ella obedeció a la institutriz y comenzó a seguir sus instrucciones. No estaba abierta a cooperar de manera obediente, pero lo estaba haciendo. Más adelante tal vez quisiera casarse con alguien un poco amable como lord Melbourne, si eso esperaba al menos tenía que tener una gota de delicadeza. No quería que un inglés fuera su esposo, pero entre eso y un Murray, prefería a un hombre que la viera como la flor más delicada y no como otro hombre para darle un venado para que se lo llevara como fuera. Menos mal que estaba presente para pedirle matrimonio. Lean no sabía lo que era tratar con una mujer y mucho menos sabría tratar con una dama en el futuro.

Antes de cenar con la institutriz, fue a buscar agua caliente para llenar su bañera y poder sacarse el olor a venado que no la dejaba estar tranquila. De repente, los aromas que le gustaban, no le estaban agradando demasiado. Tenía la necesidad de oler bien.

Al pasar frente a la habitación de su padre, lo vio negándose a que la institutriz le diera de comer en la boca como si fuera un niño. Él solo estaba reacio, no parecía enfadado con las atenciones que recibía de la arpía.

—Mi laird, no querrá que esta comida se desperdicie. Uno de los Murray trajo este venado con la intención de casarse con la señorita Crawford —comentó la institutriz que trataba de que abriera la boca.

—No me trate como a un inválido —masculló el padre de Catriona—. ¿Un Murray? No es lo que espero para mi hija.

—He tratado con pequeños peores que usted y siempre he ganado. Su hija tampoco espera algo bueno de aquí. Si me dejara pedirle al duque que viniera a buscarla, no correría ese peligro.

—¿Y usted se irá con ella?

—Si yo me voy, ¿quién lo cuidará? Considero que podría cuidarlo un tiempo o llevarlo a Londres.

Para Catriona, la actitud de la institutriz hacia su padre era muy extraña. ¿Por qué hablaba de cuidarlo? ¿Qué quería ella?

Capítulo 17

En el castillo de Raasay, Frederick preparó una excursión para todos ellos alrededor de la propiedad, y lo harían en carruaje. Sus invitados no eran personas jóvenes, estaban bastante machacados por la edad, aunque con un gran espíritu de conocer lo que ese lugar tenía para ofrecerles.

—Debo admitir que este sitio es hermoso. Mi hermano tuvo el excelente gusto de poner un laberinto aquí —comentó lady Kirby—. Lástima que esa mujer con la que se casó no se perdió ahí.

—Está hablando de mi madre, tía —dijo Frederick. Él ya conocía a su pariente, siempre aprovechaba para lanzar un poco de su veneno.

—A veces se me olvida, querido.

—Se te olvidan muchas cosas, incluso lo que conversas con tus amistades —reprochó el duque, haciendo alusión a lo que significaba comprometer al conde con su nieta.

—Siempre velaré por la conveniencia de mi sobrino. Ya hemos hablado de esto, Octavio. Pensé que habíamos quedado en buenos términos.

—Sí, pero no me olvido que quisiste deshacerte de tu palabra.

Frederick sabía que no podía mediar en los asuntos de dos personas mayores. Lo mejor era que siguiera con sus propios gustos, aunque sin dejar de escuchar los sabios consejos de su tía que, para su mala fortuna, tenía la razón en la mayoría de las ocasiones. Ella ya le había hecho advertencias que él había ignorado, pero ya no volvería a cometer los mismos errores. Esos meses le habían ayudado a ser un poco más inteligente y no dejarse llevar por lo primero que veía.

—Tienes a muchas personas trabajando de este lado, Frederick —habló lord Kirby que miraba a los criados armados que tenía Frederick en sus tierras.

—Tuve un par de problemas con los vecinos. Los Murray son capaces de muchas cosas y no los quiero rondando por aquí. Soy pacifista, pero es mejor estar preparado. A ellos no les gustan los ingleses.

—Si tienes problemas, querido, yo puedo solucionarlo. No creas que la astucia de tu tía no puede contra una familia escocesa.

—Agradezco sus buenas intenciones, pero si llegara a verlos huiría como si hubiera visto al mismo demonio.

—Llevo muchos años casada con lord Kirby, Frederick, nada puede sorprenderme, ni siquiera el diablo, te aseguro que soy más lista que él.

—Tal vez los vea en el pueblo cuando la lleve.

—Un pueblito quizá muy encantador. Me agradan los pueblos. A veces Londres puede resultar agobiante para algunos. Es bueno que traiga a lord Kirby y al duque para este paseo a Escocia.

Mientras seguían el camino por los límites de la propiedad, Frederick creyó haber visto a Catriona. Tuvo que frotarse los ojos varias veces para darse cuenta de que sí se trataba de ella. Golpeó el techo del carruaje con presteza para que se detuvieran. No esperó a que su cochero le abriera la puerta, él salió disparado del coche hacia donde la vio.

—¡Frederick! —lo llamó su tía.

—¡Volveré pronto! —replicó el joven.

Catriona que había logrado pasar la seguridad por tener la suerte de que los que custodiaban esas tierras tenían órdenes de dejarla pasar. Iba caminando por las piedras más altas, alejada del camino por el que vio un carruaje que debía ser de lord Melbourne. Se quedó a observar con fijeza hasta que supo que lo estaba viendo a él. El latido de su corazón se detuvo al cruzar su mirada con la de él.

—¡Señorita Crawford! —la llamó corriendo hacia ella. Ni siquiera sabía por qué estaba haciendo eso. No necesitaba tanta algarabía para ver a esa mujer poco educada.

Al escuchar que la llamaba, una gran emoción la invadió y trató de ocultar su sonrisa. Se dio la vuelta para verlo de frente.

—Lord Melbourne, usted dijo que podría estar por aquí cuando quisiera.

—Por supuesto que sí, no pienso retractarme sobre eso. ¿Cómo ha estado? Me preocupé mucho por usted cuando la dejé en su casa en manos de los Murray.

—No me han hecho nada, todavía, y tampoco lo permitiría. Conseguí un arma, me dijeron que usted podría enseñarme a usarla... —comentó a modo de excusa para justificar su presencia.

—Puedo hacerlo sin inconveniente y más si se siente insegura. ¿Necesita que la protejan? Puede venir a mi castillo, le daré asilo.

—Se preocupa demasiado, lord Melbourne, puedo defenderme sin problemas. Es usted exasperante. Solo necesito que me muestre cómo usar esta cosa en caso de necesidad.

—No dude en acudir a mí si llegan a molestarla.

—Usted puede enfadarse por lo que le diré, pero Lean Murray me ha pedido matrimonio con la ofrenda de un enorme venado.

Esa información no le había gustado para nada a Frederick. Sentía que Catriona estaba en peligro, en uno inminente, ya que ese hombre le había advertido que ella le pertenecía.

—¡Condenación! ¿Usted qué le dijo?

—Que no. Tampoco soy una demente. Créame, puedo tener muchos defectos, pero no malos gustos.

—Quisiera matarlo...

—Usted es un inglés, no puede matar ni siquiera a una lagartija. No debe tener las habilidades de los Murray o que cualquier otro escocés nato.

—Me está menospreciando sin conocerme. Fui criado como un escocés el tiempo que pasaba aquí. Le dije que soy mitad inglés y mitad escocés, pero usted solo entiende lo que le conviene.

—Escuche, vine aquí para que me enseñe y no para pelear.

—Entonces quédese para almorzar conmigo y con mis invitados. Han venido unos parientes y un amigo de ellos.

—¿Más ingleses? ¿Qué quieren? ¿Invadirnos? Ya es suficiente con usted ocupando estas tierras, y se le perdona una ínfima parte por tener un poco de sangre escocesa en ese cuerpo.

—Agradezco que me otorgara un perdón que no le había pedido. ¿Acepta almorzar con nosotros?

—¡Frederick! —exclamó su tía al encontrarlo en compañía de una mujer pelirroja de ojos verdes.

—Tía, ella es mi vecina, la señorita Crawford —presentó Frederick a Catriona.

La mujer no dejaba de observar a la joven. Las alarmas en su cabeza estaban encendidas al ver que era una escocesa sucia, mal peinada y poco decorosa.

—Buen día. Una mujer no debería andar sola por estos lugares. Mi sobrino es un hombre soltero.

—Es una inglesa lengua suelta a la que nadie le ha pedido su opinión —masculló Catriona.

—Señorita Crawford, por favor. —Frederick se había puesto colorado por la vergüenza que le hacía pasar Catriona—. Ella es lady Kirby, una mujer importante de Londres.

—Por ser importante creo que merece que la salude, pero eso no me interesa. Lord Melbourne, lo esperaré en este lugar hasta que se decida a enseñarme lo que le pedí.

—¡Qué escándalo! Regresa al carruaje en este momento, Frederick. Esta salvaje es peor que tu madre. Te prohíbo volver a verla —farfulló lady Kirby.

—Señorita Crawford, la veré más tarde. Tía, por favor, regresemos al carruaje para continuar nuestro paseo —pidió el conde, avergonzado.

—Jamás se me hubiera ocurrido que frecuentaras a gente de tan escasos modales, para no decir que son nulos. Menos mal que he venido hasta aquí para salvarte de cometer la misma tontería que en Londres. ¿No aprendes, Frederick? ¿Cuándo le harás caso a tu tía que solo quiere lo mejor para ti?

—Está exagerando, tía. No tengo nada que ver con esa mujer. Es solo una joven a la que conocí días atrás aquí en mi propiedad. La descubrí cazando, ya que en sus tierras no queda mucho para cazar. Ahora me ha pedido que le enseñara a disparar. Tía, entienda que aquí no se guían de la misma manera que en Londres. Las mujeres son más liberales, y eso no significa libertina o cualquier otra cosa que su mente pueda pensar.

—¿Quieres que yo crea eso? No es más que una arribista que busca conseguir un título tal como lo hizo tu madre. Al final de todo, no le gustó la vida que escogió y pasó sus días confinada en el campo. No esperaba menos de semejante mujer tan inadaptada. Se le ofreció ayuda y ella nunca la aceptó, fue una tonta. Ni siquiera disfrutó de gastar el dinero de mi hermano.

—Tía, la señorita Crawford tiene una impresión equivocada de todo lo que viene de Inglaterra. Quisiera que disculpara a la joven y que le tenga paciencia, ella no quiso ser grosera con usted, puesto que no la conoce. Actúa como un animal asustado cuando se siente atacada y lo único que hace es responder de la misma manera.

—La conoces demasiado para no tener nada que ver con ella, querido mío. Escucha, sé que, en ocasiones, los varones tienen gustos un poco extravagantes para sus aventuras, pero, Frederick, ¿esa mujer que tiene el perfume de un jabalí? Considéralo. Mírate, eres un caballero. Sé que quizá falte insistir en un par de clases de etiqueta para ti; sin embargo, por lejos eres muy superior para tener malas elecciones. Déjame persuadirte y aconsejarte.

—Sé que lo hace por mi bien, pero ayudaré a la señorita Crawford por más que ella termine dándome un balazo. Necesita mi ayuda para defenderse de un rufián.

—Hay batallas que no son tuyas, aprende a no meterte. Saldrás malherido por culpa de

alguien que no vale la pena y para peor suerte, ni siquiera te agradecerá el sacrificio.

Los dos llegaron al carruaje para continuar con el largo recorrido que aún tenían por delante antes del almuerzo.

—Mi sobrino ha resultado ser un rufián. Tal vez ustedes, caballeros, aplaudan a este joven, pero yo lo reprendo —expresó lady Kirby, molesta, al subir ayudada por Frederick.

Él simplemente se preparó para que hicieran leña del árbol caído. Era difícil cambiar los pensamientos de alguien como su tía. Había quedado como alguien de pésimos gustos, de poca clase y pusilánime frente a ella.

—¿Ahora qué ha hecho? Yo solo lo he visto perderse entre la maleza —comentó lord Kirby, curioso.

—Pues maleza es lo que fue a encontrar este sobrino mío. Lo encontré coqueteando con una mujer escocesa, con una que podría ser confundida con alguna vagabunda por sus prendas y no se diga más sobre su olor. Su educación era tan pobre como la de un niño de los barrios bajos. Me atrevo a decir que jamás ha sido educada.

—Mi tía está exagerando. Encontré a mi vecina, la señorita Crawford, que me ha pedido el favor si podía enseñarle a usar el arma para su propia defensa.

El duque guardó silencio al escuchar de quién se trataba, era su nieta, Catriona la que había estado ahí. Él no sabía que ellos ya se conocían. Con eso las cosas podrían hacerse fáciles para que ella se casara con lord Melbourne, que parecía ser un buen partido, quizá demasiado para lo que significaba la educación de Catriona, ese hombre sería un premio para ella gracias a la poca instrucción que había recibido. Debía enviarle una carta a la señorita Albright para saber lo que estaba haciendo para salvar a la joven de las malas enseñanzas de su padre. Sabía que la institutriz no podía hacer milagros, pero requería que al menos lograra que fuera educada y limpia para una cena.

—¿Para qué una mujer necesitaría un arma? —indagó el duque para inmiscuirse en el asunto, mientras más sabía de su nieta, era mejor.

—Un Murray la está molestando y temo por la seguridad de una dama, por más que mi tía

no la considere como tal.

—Si ella es una dama, yo soy una comadreja. Deja la bobería. Te prohíbo volver a verla. Tu error ha sido Emma Malorie, y dentro de todo no ha sido tan malo comparándola con esa mugrosa escocesa. Oh, ¿qué problema hay en la sangre de los varones Case? Toman pésimas decisiones y para colmo se involucran con salvajes. Como te he dicho, Frederick, sé que lo exótico suele agradar mucho; no obstante, hay una diferencia entre mugre y extravagancia. Como dama y matrona de una buena sociedad, no podría sugerirte una amante, va en contra de mis principios, pero sí podría guiarte hacia el mejor lugar y por supuesto que ese sitio no es aquí...

El conde rodó los ojos al igual que los demás acompañantes. Lady Kirby hablaba sin parar, si sus mejillas pudieran hablar también lo harían. Los estaba agobiando de sobremanera al hablar sobre una persona. Lord Kirby ya estaba acostumbrado a las locuras de su esposa, mientras tanto, el duque, escuchaba con cierto enfado lo que su amiga pensaba sobre su nieta, sin saber que ella era la persona a la que estaba buscando para que se casara con el conde. No sería fácil conseguir el apoyo de una mujer importante para Catriona si no dejaba de hablar mal de ella sin conocerla, por más que él tampoco la conociera. Le resultaba preocupante haber escuchado que un hombre molestaba a Catriona y que él no estaba haciendo nada para evitarlo. Al menos la señorita Albright había utilizado el plan de defensa para su nieta en caso de necesitar defender su honor.

Capítulo 18

Catriona vio que el conde era sometido a un par de palabras poco amables por parte de aquella mujer que era su pariente. Se lo notaba avergonzado tratando de justificarse durante su trayecto al carruaje. Ese adefesio inglés parecía ser muy importante para él.

Ella tendría que esperar a que Frederick regresara, ya que como era anfitrión de algo debía quedarse a atender a sus invitados. Catriona no tenía problema en esperarlo, y más porque la institutriz le había dado permiso, uno bastante sospechoso. También le llamaba la atención la actitud de la señorita Albright con el padre de ella y su progenitor se comportaba igual de raro. No quería pensar que él y la inglesa se entendían. Sería como caer de nuevo en el mismo hoyo, tenía una marcada debilidad por lo ajeno a su tierra. No le sorprendía que ocurriera algo entre ellos, pasaban más tiempo juntos que otra cosa.

Durante ese par de horas, Catriona comenzó a buscar qué comer en las tierras del conde. Encontró bayas y las engulló sin ningún inconveniente. Se aburría en aquel lugar estando sola. Caminó por algunos lugares de la propiedad buscando setas para asar y de esa manera llenar su estómago. Improvisó un poco de fuego cerca del arroyo en donde había caído por accidente días atrás y que le permitió conocer a lord Melbourne.

Cogió una rama seca, atravesó con él las setas que había cogido y las colocó al fuego, mientras tanto, se perdía en sus recuerdos sobre la vez que huyó de Frederick para al final terminar en su casa, como su invitada y para colmo, muy entusiasmada con su atractivo pese a su gran defecto.

—Se le van a quemar, señorita Crawford —la interrumpió el conde que se acercó hasta ella.

Catriona despertó de su ensueño y apagó la pequeña llama que corría por su comida.

—¿Cómo me ha encontrado? —preguntó.

—Pensé que quería quemar mis campos con su desatención.

—Me ha dejado muchas horas, si me llegara a aburrir un simple incendio no alcanzaría

para divertirme.

Frederick se acercó para sentarse junto a ella en la misma piedra.

—Le traje unos panecillos —dijo Frederick enseñándole una tela en la que llevaba unos pocos.

Ella los miró con alegría y cogió lo que él le ofrecía con ánimo y lo masticaba sin mucha delicadeza, hasta que se dio cuenta de que el conde la miraba con una sonrisa burlona y trató de acomodarse para que no pareciera un coyote desgarrando una liebre.

—Admita que fue grosera con mi tía. Ella ha quedado muy molesta por lo que usted ha dicho. No debería atacar a nadie de esa manera.

—¿Ha venido para hablar de una vieja que huele a alcohol con rosas?

—Sí, huele a perfume. Es una mujer refinada. Desearía que se llevaran bien, tal vez ella la ayude a educarse un poco.

—¿Educarme? ¿Cree que necesito educarme?

—Absolutamente, aunque su encanto no necesita ninguna educación.

—Tome las setas quemadas. —Ella le arrojó el palo con la que había sido su comida.

—¿No aceptará una oferta para cenar en casa? Puedo hablar con su padre si es necesario. También le puedo proporcionar doncellas para que la cuiden de usted misma y de sus momentos cerca del *whisky*.

—¿Quiere que me arriesgue a que esa señora me escupa en la cara?

—Eso no va a ocurrir. Mi tía jamás lo haría, eso va en contra de su código moral y de comportamiento. Es una persona muy correcta, no la verá haciendo esas cosas. Si hoy dijo ciertas palabras es porque usted no ayudó, la insultó y la provocó.

—¿Solo ha venido a hablarme de mi mal comportamiento? Si no le hago caso a mi padre,

mucho menos le haré caso a usted —bufó con la boca llena, llenándole la ropa al conde con pedacitos de comida.

—No, he venido a ayudarla. Le ofrezco mi ayuda y mi protección para cuando lo requiera.

—Comeré todo esto y luego me enseñará cómo disparar con esto.

—Sí, debe tener cuidado por la fuerza con la que el arma la impulsará hacia atrás. Hay cosas que tener en cuenta para que no quede inconsciente por un culatazo que pueda darse usted misma.

Como caballero, él comió aquellos setos que no tenían sabor a nada si no estaban mezclados en especias para esperar a la joven. Su tía sabía que estaba con Catriona y la dejó en el castillo echando humo por la nariz y llamas por los ojos. Le pidió a Wolfie que se encargara de distraer a sus invitados durante su ausencia.

Cuando ella acababa de comer, se levantó de la piedra y le enseñó el arma a Frederick.

—Sé que debo tirar del gatillo —comentó Catriona.

—No es exactamente así. —Él también quitó su arma y se la enseñó para que pudiera practicar—. Fíjese en cómo lo hago primero. Intentaremos buscar un buen blanco.

—¿Qué le parece la servilleta que trajo? La colgaré en un árbol. —Ella fue hasta un árbol, colocó la servilleta y la clavó con su cuchillo. Después, regresó junto a él para observarlo.

—Hay que enfocarse, buscar el blanco de acuerdo a lo que quiere. Si quiere matar a alguien, busque su punto más sensible y amplio como el pecho. Si no quiere hacerlo, puede dispararle a alguna extremidad. Tomaremos las partes colgantes de la servilleta como las piernas. Son más anchos que los brazos.

—¿Puede disparar y hablar menos?

—¿Vino aquí para aprender o para creer que lo sabe todo? En manos equivocadas, esto puede terminar hasta en su suicidio accidental, ¿escuchó? Preste atención y deje la prepotencia.

La joven tuvo que acatar la orden del conde. Esperó a que él apuntara y saliera la bala. El estruendo de la pólvora soltando el plomo hizo que ella se tapara los oídos. Vio a lord Melbourne retraer su brazo después de tenerlo firme. Aquello era la fuerza del impulso.

Él cargó el arma otra vez y se la ofreció a ella.

—Es su turno... —ordenó después de que le diera a un costado de la servilleta.

Con valentía, ella miró a los ojos del hombre y cogió la pistola.

—Sostenga el arma con firmeza —pidió Frederick.

—¿Así? —Ella colocó ambas manos para sostener el arma.

—No... —Él se acercó a Catriona para mostrarle. Agarró sus manos y se pegó a la figura de ella—. Usted es fuerte, puede hacerlo con una mano.

Al sentir la cercanía de Frederick, ella había perdido el norte de su existencia, su aroma invadía sus fosas nasales. Sentía su firme pecho pegado a su espalda. Catriona era incapaz de concentrarse en ese momento.

—Lord Melbourne, me desconcentra —confesó.

Él sonrió al no entender a qué se refería ella. A su parecer no estaba haciendo nada malo para desconcentrarla.

—¿En qué la desconcentro?

—Si me toca no puedo concentrarme. Ese asunto podríamos dejarlo para después.

—¿Por qué no dejarlo para ahora?

Al escuchar esa pregunta, Catriona giró su rostro para que quedaran cara a cara. En ese mismo instante, vio al conde acercarse a su boca para devorarla. Ese era el momento en que se cuestionaba lo que había ido a buscar, una instrucción sincera para defenderse o verlo y llevarse sus atenciones como trofeo. Para su mente, había ido por lo segundo, ya que bien podía utilizar

su cuchillo, la arquería o la espada para defenderse. La pistola era una excusa para estar ahí, ya que se la había dado la señorita Albright. También desconocía con qué intenciones aquella mujer era tan flexible, si le había prohibido todo en un comienzo y a medida que pasaban los días se convertía en un asqueroso terrón de azúcar.

Lord Melbourne se dejó llevar por la atracción que sentía por la mujer salvaje, ella lo tentaba a ir hasta ahí y buscarlo. Era evidente que él no podía huir de la tentación y que, a medida que pasaba el tiempo, las cosas serían más serias, tanto, que desconfiaba de su buen juicio hasta el punto de considerar un matrimonio con Catriona Crawford. Eso iba en contra de lo que su tía esperaba, y tal vez de lo que él esperaba de sí mismo después de ver las dificultades que tenían las mujeres escocesas para adaptarse a la vida de ajetreo londinense. Él hizo que ella se quedara mirando hacia su persona, para después cogerla de la cintura y poder tener mejor acercamiento con la joven. Catriona, en cambio, colocó sus dos manos con el arma alrededor del cuello de Frederick y se esforzó por seguirle el paso con aquel beso insaciable que se estaban dando.

Después de muchos días, en el fondo, ellos esperaban algo semejante, ya que entre ambos existía una atracción que desconocían de qué era capaz. Si no fuera por la entereza y el rechazo de Catriona por los ingleses, tal vez se hubiera presentado tiempo atrás para ofrecerse y ser su compañera de cama.

Aquel beso era capaz de consumir y arrasar con lo que estaba cerca. Era poderoso, entre dos personas fuertes que durarían mucho en un enfrentamiento por resistirse.

—No debería distraerme, lord Melbourne. Debo defenderme de alguien que quizá quiera hacerme daño —alegó alejándose con los ojos cerrados, pero sin soltarse de él ni cortar el contacto. Como una dulce gatita, acariciaba su rostro contra la barbilla de Frederick, deseando que ese contacto no acabara.

—Yo puedo defenderla, quiera o no, lo voy a hacer. Usted necesita mi protección.

—Qué ganas de querer darme algo que no le he pedido. He vagado sola por estos rumbos durante años y no me ha ocurrido nada.

—¿Y usted no se ha dado cuenta de que no tiene el cuerpo de una niña? Es una mujer, alguien querrá poseerla. Venga a mis dominios y yo la mantendré segura de cualquiera, incluso

de mi tía. Señorita Crawford, con usted siento algo diferente a lo que creí que era un sentimiento...

—¿Y qué es eso?

—La correspondencia. La beso y me besa, la acarició y me responde con el mismo ahínco.

—No se equivoque conmigo. Siempre seremos como enemigos por ser quien es.

—No mienta, soy como la miel que atrae a las abejas. Usted puede negar con palabras lo que su cuerpo grita con cada roce y cuando nuestras bocas se pegan... —declaró regresando a los labios de ella para perderse una vez más.

Se sentía recompensado y muy atraído hacia ella. Ni siquiera intentaba resistirse a la locura. No era un ser necesitado de afecto, pero por Catriona y sus malos hábitos, podría hacer malabares si se lo pidiera. Ella aún no imaginaba el poder que podría tener sobre él. La mujer no era un capricho, era vida, esencia y rebeldía.

Lo único que para ella era incompatible con lord Melbourne era la sangre que corría por sus venas. Quizá lo que Catriona reflejaba en él, era cómo ella se sentía sin saber cuál era el camino o la identidad que debía tomar. De ser escocesa de vivencias, debía pasar a una vida inglesa que no le apetecía. Lo único que podía gustarle de ese país, era la mitad del encanto que poseía el inglés.

Al sentir que ambos debían respirar, se alejaron para poder hacerlo. Sus miradas no dejaban de cruzarse y a la vez darse a entender que se deseaban.

—Ahora sé cuál es su encanto, lord Melbourne. Mientras usted me da panecillos deliciosos, Lean me ha dejado un enorme venado tirado en el camino para que me lo llevara a casa después de rechazar su propuesta de matrimonio.

—¿Encanto? No he sido encantador con usted, no me ha dejado.

—Se equivoca. Lo que más odio es lo que me encanta de usted. Oiga, enséñeme lo que quiero y no me volverá a ver. Se librará de mí.

—Entonces no le mostraré nada. Quiero verla otra vez.

—Es absurdo. Irrumpí en su propiedad y le confieso mil veces que no puedo tolerarlo, ¿por qué sigue insistiendo? ¿No comprende lo que es ser rechazado?

—Sí, lo sé muy bien, pero usted no me ha rechazado, sino que me está convenciendo de enloquecer y hacer algo impensable y por lo que quizá una persona importante para mí me condene.

—¿Y qué es eso de lo que le estoy convenciendo si no he dicho nada?

—Señorita Crawford, ¿quiere casarse conmigo?

Capítulo 19

Catriona no creía lo que escuchaba, lord Melbourne le había propuesto matrimonio. ¿Podría ser cierto o se estaba burlando de ella?

—¿Qué está diciendo? —increpó la joven.

—¿No es claro lo que le digo? Matrimonio. Es una unión conveniente, más para usted que para mí.

Con los ojos llameantes, ella se enfadó por lo que había dicho. ¿Cómo que era más conveniente para ella que para él? Esa era una afrenta que su orgullo no podía pasar por alto.

—¿Quién cree que es para decirme que casarme con un inglés puede ser ventajoso para mí? No estoy desesperada... ¿Sabe otra cosa? ¡Quédese con su propuesta y con su arma! —Ella le arrojó la pistola hacia la cabeza y él la esquivó a duras penas.

—¿Me está rechazando? —cuestionó Frederick, confundido. No entendió lo que hizo mal.

—¿Rechazarlo? Qué amable al decir esa palabra. Ni siquiera lo he considerado. Sin embargo, si necesita una respuesta certera, es un no.

—¿No cree que pueda ser bueno para nosotros?

—No para mí.

—Entonces prefiere a ese Murray.

—Se parece a Lean para acusarme de esa manera. Él dijo que yo lo prefería a usted. Prefiero quedarme sola que casarme con uno de ustedes. No necesito de ningún hombre que se crea mi dueño y tampoco de alguien que piensa que valgo poco.

—Es ventajoso para usted porque se librará de Lean Murray y conmigo tendrá una buena vida y todo esto que ve será suyo, incluyéndome.

—¿Lo último que dijo es porque se considera irresistible?

—No, lo digo porque hay algo entre nosotros. Llevamos poco tiempo de conocernos y...

—Y no me interesa. Ha ofendido mi honor insinuando que valgo menos que usted. ¿Acaso no respiramos igual, lord Melbourne?

—No quise ofenderla. No retiro mi ofrecimiento. Tiene tiempo de pensarlo antes de que un Murray haga lo que quiera con usted. No le repetiré esto, usted me pedirá conversar sobre el asunto.

—Espere, y procure hacerlo sentado, porque quizá se quede de esa manera eternamente.

—Lo que tenemos de comunicación, usted lo tiene de rencor. Si regresa aquí puedo seguir enseñándole a cómo usar el arma. Prometo no volver a tocar este asunto hasta que usted lo necesite.

Pese a su enfado, Catriona observó a Frederick buscar el arma para seguir con su adiestramiento, ya después verían eso que él había dicho en un terrible impulso. Su mente se había nublado a causa de ese acercamiento que habían tenido, pero no podía fiarse de ella. La joven era más impulsiva y salvaje, no quería saber de cualquier cosa que implicara control sobre su persona.

—Es su última oportunidad, lord Melbourne. No lo volveré a ver si vuelve a decir otra tontería que sea para burlarse de mí.

—Sí, señorita Crawford —acató para no caldear los ánimos. Otro error podría ser difícil de superar para Frederick. Quizá una negativa fuera mejor que una respuesta positiva como la que había tenido en Londres para después ser abandonado. Ese día su corazón inglés se sintió muy ofendido, era probable que todavía sintiera cierto rencor o rechazo hacia Emma Malorie.

Él regresó a su posición original antes del beso que los había llevado a hablar de más cosas de las necesarias. Todavía sentían esa tensión que los atraía. Sus cuerpos decían lo que sus labios callaban. En ese instante ni aprender a disparar ni enseñar era lo importante, lo único interesante era compartir la cercanía. Cualquier excusa era perfecta para ese fin.

Después de que él le explicara lo necesario para defenderse y de que practicaran sin mucho éxito, Frederick decidió que ya había dejado demasiado tiempo a sus visitantes, pero que no podía dejar ir sola a Catriona por el peligro que corría con los Murray sueltos por esos rumbos.

—La acompañaré hasta su casa —se ofreció.

—No hace falta que lo haga, tal como llegué puedo irme sola.

—¿Entiende el peligro que corre habiendo rechazado una propuesta de matrimonio de un Murray?

—Lo sé, y para eso vine a practicar. Si se pone impertinente le daré un tiro.

—Al menos deje que le preste un caballo para irse más rápido. Me preocupa su seguridad.

—No debería preocuparse tanto por su vecina. Creo que he pagado su entrenamiento y no le debo nada.

—¿Me ha pagado?

—Sí, con un beso. Usted recibió lo que esperaba y yo también.

—Espero que no ande pagando cosas con sus besos.

—Lejos de lo que se piensa de las escocesas, también nos hacemos respetar, lord Melbourne.

—La llevaré hasta una de las guardias de mis tierras, y uno de ellos la dejará en su casa.

Ella decidió no discutir. Caminó junto a él en silencio hasta llegar a donde él le había dicho.

—Quiero que acompañes a la señorita Crawford hasta su casa. No regreses sin que ella entre a su morada. Si alguien intenta atacarla, le disparas o haces lo que tengas que hacer —ordenó Frederick.

—Yo puedo...

—Silencio. Irá custodiada, es todo. Pasaré en estos días por su casa para asegurarme de que está bien. Hasta pronto...

Catriona no se despidió de él, puesto que la hizo callar. Caminó a paso firme de manera rápida con el sirviente de lord Melbourne pisándole los talones.

El conde le dio la espalda y se apresuró para regresar a su casa. Era probable que su tía hubiera destruido todo a su alrededor porque la desobedeció. Si sabía que le había propuesto matrimonio a Catriona, la mataría tal como la vez que le dijo que quería casarse con Emma. Recordaba muy bien ese día en que se había descompensado y creyó que la había matado. Debería olvidar eso y no repetir los mismos errores. Se propuso eso y debería cumplirlo. ¿Por qué empeñarse en una mujer que no le convenía por dónde se la mirara? Estaba seguro de que, como dijo su tía, tenía un problema como su padre, tal vez fuera cierto y ese defecto estuviera en su sangre.

Cuando vio su castillo en la colina, sabía qué le esperaba, pero cuando notó a Wolfie saliendo de las caballerizas tomando el rumbo por el que regresaba, le llamó la atención.

Wolfie detuvo su caballo frente a Frederick.

—¿A dónde vas, Wolfie? —preguntó el conde.

—El duque de Manchester aprovechó que lady Kirby decidió tomar el té y me entregó una carta...

—¿Para quién?

—No me ha dicho para quién, pero lo envía a la casa de la familia Crawford.

Frederick cayó en cuenta de que la señorita Crawford podría ser la nieta del duque.

—Maniática —farfulló en voz baja.

—¿Qué ha dicho, milord?

—Nada. Ve a cumplir con lo que te ha pedido mi invitado. ¿En dónde se encuentra?

—Estaba en la biblioteca, escuchando a su tía despotricar en su contra, mientras sorbía su té.

—Esa amistad no debe ser tan fácil.

—Me retiro, milord. Regresaré lo más pronto posible. El duque requiere de más servicios para la noche.

Su sirviente se perdió en el horizonte, a la vez que él negaba con la cabeza por la conclusión a la que había llegado de repente. Esa mujer lo condenaba por ser un inglés; sin embargo, por sus venas también corría esa misma esencia por la cual era juzgado sin compasión. Esperaba que así fuera para juzgarla de la misma manera. Lo disfrutaría mucho una vez que eso ocurriera.

Al entrar en su casa, fue hasta la biblioteca en la que se encontraban sus invitados, o al menos en dónde deberían estar, aunque ahí solo encontró al duque de Manchester, sentado en un sillón cerca de la ventana en compañía de una copa de *whisky*.

—Lord Kirby siempre halaga este *whisky* que usted hace —pronunció el aristócrata al ver a Frederick cuando se acercaba.

—¿Le gusta?

—Es lo mejor que he probado. Pese a que Escocia no me trae buenos recuerdos, la bebida es muy agradable a mi paladar.

—Mi tía dijo que usted y yo tenemos algo en común, es su nieta, ¿no es así?

—Sí. Los dos comparten una mitad de cada lugar. Mi preciosa hija se casó con un escocés por más que me negué con justa razón, pero el amor que ella sentía por él la cegó por completo. Dejó todo a un lado por vivir su aventura aquí. Sin embargo, las cosas no salieron como esperaba —contó. Hizo una pausa antes de continuar—. A su escocés lo echaron de su clan y lo dejaron sin nada por su deseo de casarse con una inglesa. Cuánto odio albergaba el corazón de esas

personas.

—¿Y su hija?

—Para empeorar la suerte de la familia que comenzaron a formar, ella murió durante el nacimiento de mi nieta, Catriona... —contó—. Con tal de quedarme con el único recuerdo de mi hija, me negué a entregarle la dote que le pertenecía. Le hubiera dado todo con tal de que me entregara Catriona; no obstante, él se negó a entregarla y me prohibió acercarme a ella. La he visto una vez cuando nació y un par de veces más cuando me atrevía a venir aquí cada cinco años. Ahora debe ser toda una mujer de veinte años. Su cabello pelirrojo era hermoso. Quería convertirla en una bella dama como su madre, pero ese maldito escocés la convirtió en una fiera salvaje. Es la nieta de un duque, debería estar casada con un hombre importante y no vagando por estas tierras sin rumbo como caballo sin dueño.

—La señorita Crawford en verdad es difícil, y lo peor de todo, es que odia a los ingleses. Entiendo de dónde viene el odio que profesa hacia mí cada vez que me ve.

—¿Ella le agrada? ¿Hay posibilidades de que...?

—A ella no le agrada nadie, pero debo admitir que es hermosa y muy arrogante y tiene mucho potencial para ser una mujer inglesa, aunque no puede obviar que la educación es escasa por esos rumbos.

—Envié a una institutriz, es la que le dio el arma para que se defienda.

—¿Por qué se la dio?

—Desconozco la razón por la que la señorita Albright le entregó eso sin enseñarle.

—¿Usted ha hablado con la institutriz sobre mí?

—No. Le pedí a su lacayo que le llevara una carta para avisarle que ya estoy aquí y que me contara sobre mi nieta.

—Le haré este cuento corto, excelencia. A su nieta la persigue un Murray, un hombre peligroso que es capaz de violentar a una dama de manera inescrupulosa y sin castigo alguno. Le

he ofrecido a la señorita Crawford, sin saber que era su nieta, cuidarla aquí en mi casa.

—Tengo la esperanza de que usted la salve de todas las maneras posibles. Sé que a su tía no le gustará. No le he dicho que esa niña que la ofendió era mi nieta, a la que propongo como esposa. Mi amistad con ella es importante para mí, no pienso romperla, pero debo preocuparme por ella. A usted lo han preparado para casarse con mujeres inglesas, lo sé, pero como escocés le pido que considere ese lado salvaje como algo que puede ser bueno.

—Veremos con el tiempo qué ocurre entre ella y yo. Lo que es importante es su resguardo. Es tan caprichosa que se niega a recibir ayuda.

—Es la mala influencia de su padre. Desafortunadamente, morirá. No le deseo el mal a nadie, y por más que nos rechazamos en el pasado, su enfermedad no me hace feliz. Catriona no puede quedarse sola y él por fin lo ha comprendido al pedirme que me encargara de ella. Es probable que no quiera saber de mí después de toda una vida de ausencia, pero me niego a abandonar a sangre de mi sangre a una suerte tan horrible.

—No se preocupe. Con mi ayuda lo lograremos. Esperaremos con paciencia las decisiones que tome la señorita Crawford. Tal vez yo sea un candidato, pero quizá ella desee a otro. Considero que debe observar el abanico de oportunidades que puede tener en Londres. Para su nieta es probable que sea un hombre bastante mayor.

—Que usted sea mayor que ella la ayudará a comportarse de manera correcta. Espero que la señorita Albright haga un buen trabajo con su educación.

—Las institutrices educan, su excelencia, no hacen milagros. Para esa joven, se necesita un gran milagro.

Capítulo 20

Al regresar a su casa, ella se recostó en el sillón del salón y miró a la señorita Albright.

—¿Cómo le fue con lord Melbourne? —preguntó la institutriz.

—Bien, lo encontré en el bosque. No tuve necesidad de llegar hasta su castillo. Ha sido paciente para enseñarme. ¿Cómo es que usted no sabe de armas y tiene una?

—Siempre es importante tener una. Yo no le dije que no supiera, sino que podría usted ver a lord Melbourne.

—¿Por qué, señorita Albright? ¿Cuál es su interés de enviarme ahí?

—No tengo ningún interés en particular, pero como él es tan amable con usted y es un hombre rico, espero que se enamore de usted y le pida matrimonio para que mi trabajo sea más fácil.

—¡Qué sinvergüenza! El duque no estaría orgulloso de esa actitud. Va en contra de todo lo que intenta enseñarme. Qué hipocresía.

—Usted pasó una noche en casa del conde. Eso amerita un matrimonio sin dilación, pero como no estamos en Inglaterra, puede hacer lo que quiera y dormir con quien desee sin consecuencia alguna. Yo solo hago que lord Melbourne se acostumbre a su presencia, el resto depende de lo encantadora que pueda ser usted, por más que tenga el mismo encanto que una serpiente, algo puede gustarle a él. Es bella y para las tonterías es muy inteligente.

—Están hablando muy fuerte —habló el padre de Catriona que bajaba encarnado por las escaleras.

La señorita Albright corrió para ayudarlo y lo cogió de la mano para ayudarlo, pese a que el escocés primero la rechazó; sin embargo, después cedió.

Catriona observaba a su padre que se había puesto colorado ante las atenciones de la

institutriz. La rechazaba, pero después estaba ahí dejándose consentir por ella.

—Le pedí a su cocinera que nos preparara un poco de té. Eso le hará bien a su salud, mi laird.

—¿Y mi *whisky*? —preguntó el hombre.

—¿Ese veneno? Se lo he quitado. Usted debería cuidarse si quiere sanar.

—¿Quién dice que quiero seguir viviendo?

—¿Ni siquiera por mí, padre? —cuestionó Catriona—. Prefiere deshacerse de mí, morir ahogado en alcohol y que esta arpía inglesa me dé órdenes por el resto de mis días.

—Déjeme recordarle que también es un poco arpía inglesa, no puede hacer caso omiso de eso, señorita Crawford. Lo mejor que puede pasarle es que su abuelo termine de criarla y que su padre se recupere sin tantas preocupaciones. Considero que la parte económica es un grave problema para él y es lo que le enferma.

—¿De dónde saca esas tonterías?

—¿Plantaciones muertas y pocos animales en su propiedad no le dicen algo? No puede vender ni comprar nada y ni siquiera cazar. Las preocupaciones han llevado a grandes caballeros a la enfermedad mental y después a la muerte. Personas ricas que de un día a otro se quedan sin nada son presa fácil de los vicios.

—Siempre he estado enfermo, señorita Albright, pero últimamente estoy peor, por esa razón la enviaron aquí para cuidar y enseñarle a Catriona lo que necesita para ir junto a su abuelo a Londres.

Unos golpes en la puerta hicieron que todos guardaran silencio. La señorita Albright ayudó al padre de Catriona a tomar asiento y después fue a abrir la puerta.

—¿En qué puedo ayudarlo? —indagó la institutriz.

—Tengo una carta del duque de Manchester, él está en el castillo de Raasay —respondió

Wolfie.

La sonrisa en el rostro de la institutriz era triunfal, si el duque estaba ahí hospedado en el mismo castillo en el que vivía lord Melbourne, significaba que, por coincidencias de la vida Catriona estaba con la persona correcta, o tal vez, ese hombre ya tuviera un plan en conjunto con el duque para que la joven dejara este lugar lo más pronto posible.

—Muchas gracias. ¿Espera una respuesta?

—No. Es probable que el duque le haga una visita. Está muy aburrido tomando *whisky*. Hasta pronto.

Ella inclinó la cabeza como agradecimiento al sirviente y después cerró la puerta.

—¿Quién era? —curioseó Catriona que rodeó a la institutriz como una serpiente para fijarse en lo que traía ella en la mano.

—Un sirviente. Trajo una carta del duque, él se encuentra en Escocia.

El corazón de Catriona comenzó a palpitar con rapidez. Su abuelo se encontraba en esas tierras y había ido para llevársela.

—Ese viejo cascarrabias y tacaño se encuentra aquí. ¿Qué quiere? —increpó el padre de Catriona.

—Todavía no lo sé, pero lo que pueden saber es que está en el castillo de Raasay, es huésped de lord Melbourne.

Para ese instante las palpitaciones se habían terminado, estaba muerta de la impresión. Ese día estuvo cerca de su abuelo. No sería capaz de reconocerlo si lo viera. Además, la razón por la que le había pedido matrimonio lord Melbourne se debía a una probable amistad entre ambos. El duque había ido hasta ahí a resolver el asunto.

—Lo tenía todo planeado, señorita Albright. ¿Acaso es una coincidencia que el duque de Manchester esté en el castillo de la persona que me mantuvo cautiva y que hoy me enseñó a usar un arma? ¿Por eso el empeño exacerbado para que fuera hasta ahí?

—No es como lo imagina, señorita Crawford. No sabía que el duque había venido aquí. Las cosas para todos serán más sencillas. Usted estará segura, ya que su abuelo la protegerá de cualquiera. Ahora necesita la protección que él puede brindarle para librarse de la nefasta presencia de los Murray.

—Como si fuera que soy incapaz de defenderme. No quiero irme de mis tierras, no quiero dejar esto que amo. ¡No quiero! —Catriona fue corriendo hacia su habitación. Dejó a su padre en compañía de la señorita Albright.

—¿Está segura de que no ha planeado esto?

—Mi laird, por supuesto que no. La última orden que recibí del duque fue antes de partir hacia aquí. Desde esa vez no he tenido contacto. Lo que recuerdo es que dijo que vendría aquí y lo ha cumplido. No sé cómo ha llegado al castillo de Raasay, desconozco cualquier amistad. En lugar de preocuparse por su presencia, debería alegrarse al saber que pronto las cosas pueden mejorar para usted.

—¿Mejorar para mí? —cuestionó el hombre.

—El duque puede hacer que venga el mejor médico londinense a verlo y salvar su vida.

—No hay forma de salvarme. Estoy en mis últimos momentos, no quiero tener que preocuparme por eso. Mi única preocupación es Catriona.

—Lo que usted no quiere es que ella sepa que, más allá de la traba económica del duque, existe su propia negativa para que él no la viera y no se conocieran. No quiere que sepa que la alejó de todo lo bueno que podía darle, le produce temor que lo sepa y lo señale.

—Arpía... Eso no importa, estoy cansado. Catriona hoy puede quitarme los ojos si lo desea, pero he cumplido con mantenerla con vida y enseñarle lo que yo conocía. No quería que ese hombre me arrebatara lo único que me quedaba y por lo cual perdí todo, no solo mi nombre y mi clan. La amaba mucho, señorita Albright.

—¿No piensa volver a amar así?

—No, no creo que me alcance el tiempo para eso.

—Yo confío en que sí. Haré lo posible por usted.

—No es correcto, arpía, no la quiero aquí, ya no deseo que ninguna inglesa pise esta casa.

La señorita Albright cogió la mano del señor Crawford y la apretó.

—No se preocupe que yo entiendo sus pensamientos y sus pesares. Si algo he enseñado durante todos estos años, es la paciencia a mis pupilas para con sus esposos por más reacios que estos fueran.

Él apretó la mano de la institutriz y después desvió la mirada. No quería admitir lo que ocurría entre ambos y más en lo que pensaba que era el ocaso de su vida. De nuevo una inglesa quería dar vuelta su vida y en esta ocasión una institutriz que había entrado en el lugar como una intrusa que amenazaba con destruir todo, pero él mismo la había llevado cuando escribió una carta para el duque un día en que sintió que moriría y que no podía dejar a Catriona sin nada. Había recordado que tenía un abuelo y un tío muy rico que podrían hacerse cargo de una jovencita, mas el duque prefirió enviar a alguien que educara a su nieta antes de llevarla a Londres. Entendía lo que deseaba hacer, puesto que su hija había sido una verdadera dama, pero conquistada por un bárbaro de las Highlands.

Con los años comenzó a entender las acciones del duque y la ofensa que sintió cuando su hija decidió abandonar todo por amor. Si bien, él no tenía mucho que heredar para su hija, tampoco quería que fuera mal casada. Tenía altas expectativas de un buen hombre que la cuidara y se preocupara por ella. Sabía que lord Melbourne era una excelente opción, por más que no lo conociera. Si era un noble adinerado, era bueno por donde se lo viera. A su edad comprendía mejor el valor de las personas que no solo constaba en el aspecto moral o ético, sino también en el aspecto económico, también quería algo mejor para la joven a la que le había dado la vida.

***

En medio de la confusión que sentía y del pensamiento acérrimo de un complot en su contra, Catriona concluyó que había estado haciendo el ridículo frente a lord Melbourne diciendo un par de cosas malas sobre los ingleses, siendo que ella no era la más santa de todas las personas y mucho menos la escocesa más pura. Había hecho el ridículo.

Al concluir eso, Catriona tapó su rostro con una almohada. No solo se convirtió en el hazmerreír, sino también había rechazado la propuesta de matrimonio de lord Melbourne, haciéndose la digna escocesa. ¡Quería meter la cabeza en la tierra!

Con aquel orgullo que la cegaba, lord Melbourne se estaría desternillando de la risa en su ausencia. Además, tenía a su abuelo en aquel lugar. ¿Cómo ellos dos se conocían o habían hecho amistad? La pregunta parecía absurda, porque la respuesta era Londres.

Con la presencia de su abuelo tan cerca, tenía sentimientos encontrados. Le dolía el corazón al pensar que no sabía nada de él, su padre le había hablado mal del duque durante años. Nunca quiso que ella se apegara a un desconocido, alguien que lo odiaba y que le había arrebatado la posibilidad de darle un mejor futuro. No hubiera sido tan salvaje si su padre tuviera recursos para eso, pero las tierras daban el dinero para vivir y no más que eso, la educación era un privilegio.

¿Cómo enfrentaría la presencia de su abuelo y la de lord Melbourne? Ambos estaban unidos en algo y ella lo desconocía. No creía en una sola palabra de la señorita Albright, la coincidencia era muy grande. Lord Melbourne era el vecino que hospedaba a su pariente y que le había propuesto matrimonio, y la institutriz la orillaba a ir hacia esos rumbos para acercarse más al dueño de las tierras. Todos estaban confabulados para que existiera un matrimonio, para eso estaba ahí la institutriz y el conde de Melbourne era como un atractivo señuelo que usaba su abuelo, pero ¿cómo había hecho para convencerlo de que intentara casarse con una salvaje de las Highlands? Frederick no le parecía un hombre necesitado de dinero, y tampoco eso parecía importarle demasiado. En ese tiempo que conversaron, él le había hablado mucho del *whisky* y de lo mucho que le gustaba producirlo, estaba orgulloso de esa hazaña, por eso consideraba que la riqueza no lo impulsaría a hacer una tontería como casarse y más después de haber estado comprometido y ser rechazado.

Ella no deseaba pensar que eso que lo impulsaba a acercarse fuera amor. Llevaban solo un par de días conociéndose. Tanto ella como él no podía desear estar enamorados. Catriona no sabía lo que era el amor. ¿Quién podría saberlo si ella ni siquiera tenía a su madre para que se lo explicara desde el punto de vista femenino? Si le preguntaba a su padre, se quedaría con más dudas que certeza. ¿Quién podría saber del enamoramiento? ¿Y si le preguntaba a la señorita Albright?

Capítulo 21

Un poco más desenfadada, fue a la planta baja para conversar con la institutriz. Ella estaba ahí ayudando a la doncella que tenían a recoger algunas cosas de la mesa.

—Señorita Albright... —pronunció.

—Oh, su abuelo dice que vendrá mañana. Espero que busque su mejor prenda para lucir —habló la mujer al levantar la mirada.

—Quiero hablar con usted de algo.

—Siéntese...

Catriona se sentó en un sillón, un poco incómoda por la mirada que le dirigía la institutriz.

—¿Me hablará? —curioseó la mujer que observaba con interés a Catriona que estaba callada.

—Quiero saber cómo es estar enamorado de alguien. Se supone que usted debería saberlo porque enseña todo lo que una joven necesita saber, ¿o me equivoco?

—Pues se equivoca. Quien menos sabe de afectos soy yo. Míreme, tengo casi cuarenta años, sigo soltera por mi trabajo que no me permite casarme. He dedicado mi vida a la educación de jóvenes un poco más refinadas que usted.

—Pensé que eso lo enseñaba como esas tonterías de tomar el té.

—Me apena decirle que no, señorita Crawford. Sin embargo, en medio de mi desorientación como usted, puedo decirle que cuando alguien siente palpitaciones al ver a un caballero, no es una enfermedad, es una gran atracción. Con eso empiezan la mayoría de los matrimonios.

—¿Atracción? Eso significa que me tiene que agradar y yo a él.

—En efecto. Para llegar a agradarse mutuamente deben convivir.

—¿Es lo que usted quiere que haga con lord Melbourne?

—¿Para qué le mentiría? Sí, es lo que espero. Ese conde es lo mejor que le puede pasar a alguien como usted. Espero que ahora que su abuelo y él tienen algún tipo de relación, lo convenza para que le proponga matrimonio. Las posibilidades de que usted pueda quedarse en este lugar son muchas, y yo podría seguir educándola hasta que nazcan sus hijos. La esposa de un conde debe ser refinada, puesto que irá a Londres para hacerle compañía en los bailes. No conozco a lord Melbourne, pero espero que no tenga la edad de su abuelo.

—Es joven aún, pero yo no quiero casarme con un inglés. No quiero vivir esa vida de prisionera de lujo. Mire lo que hay aquí. No tendremos dinero, pero es maravilloso. ¿Por qué ir a un lugar en donde me mirarán como extraña?

—Lo que debe hacer primero es dejar de lado sus propios temores y agarrar confianza. Usted tiene sangre aristocrática corriendo por esas venas. Jamás debería sentirse inferior. Lo que noto es que prefiere la comodidad antes que arriesgarse por algo que quizá le dé un duro golpe. No puedo mentirle sobre la sociedad londinense. Es sanguinaria y no dudará en ir contra usted si no le agrada, pero debe armarse de valor y recostarse en sus conocimientos, para eso estoy aquí, para que nunca deba humillarse ante nadie. Si me tomara en serio...

—No puedo hacerlo, no quiero. Usted es inglesa, mi abuelo también y lord Melbourne, todos ustedes son personas indeseables para mí.

—Entonces cada vez que se mira al espejo siente repudio por sí misma. Debe quitar eso de su cabeza, porque no podrá luchar contra lo que corre por sus venas.

Por un lado, la señorita Albright tenía razón, pero por otro no había logrado resolver sus dudas sobre el enamoramiento. Tendría que averiguarlo sola.

***

En el castillo de Raasay, lady Kirby no dejaba de satanizar el abandono de su sobrino hacia sus invitados. Para nada quería que Frederick fijara sus ojos en la grosería personificada. Tenía

un mal presentimiento con esa mujer, tal como lo había tenido con Emma Malorie. Percibía que su sobrino no había entendido que él no era un hombre para mujeres sin clase ni vulgares, pero el pobre las perseguía. Le gustaba sufrir y ella no estaba dispuesta a que la tontería lo hiciera su rehén.

—Es algo absurdo eso de estar enseñándole a usar el arma a un salvaje de estas tierras. Estoy segura de que puede morder a cualquiera con esos dientes filosos. Nunca he visto a alguien con modales tan escasos. Tu madre, pese a sus defectos, era más refinada —declaró lady Kirby.

Frederick se sentía un poco incómodo con las declaraciones de su tía, puesto que esa mujer a la que se refería con tanto desprecio era la nieta de su gran amigo. El duque quería que ella se llevara una sorpresa, era una manera sutil de colocar a lady Kirby en su lugar.

—Ayudaré a quien tenga que ayudar, tía. Es mi naturaleza —respondió intentando cortar la carne de una pata; sin embargo, esta se escapó del plato. Se sonrojó un poco por la vergüenza y después volvió a colocarlo donde correspondía—. Disculpen, creo que sigue vivo.

—Querida, no deberías rechazar a una persona a la que no conoces bien. Tal vez la joven tuviera un mal día —dijo lord Kirby.

—¿Mal día? Yo he tenido un mal día al conocer a esa mujer. Nada de estas tierras puede ser bueno... Salvo tú, Frederick, y la nieta de mi estimado amigo.

—Espero que mi nieta te agrade mucho cuando la conozcas. Le he pedido un favor a lord Melbourne, mañana quiero que me acompañe a recorrer partes cercanas de estas tierras. Sé que con lo enfadada que estás no querrás ir —comentó el duque—. Es probable que encontremos a la joven que has visto y que ha sido desagradable contigo.

—Prefiero quedarme y bordar. Lord Kirby me acompañará.

Lord Kirby lamentaba que no lo hubieran llevado con él, ya que estaba todo el tiempo en compañía de su esposa y ella estaba a punto de acabar con la poca vida que le quedaba. Ella era una mujer difícil de soportar, la quería, pero a veces necesitaba poder conversar con su conciencia.

La idea era que, por intermedio de Frederick, la relación entre el duque de Manchester y su

nieta pudiera darse con mayor prisa. El conde sospechaba que Catriona tenía una idea bastante equivocada de su abuelo, viéndolo de mala manera por lo que pudo haberle dicho su padre sobre él.

Después de la cena y de compartir un poco más de tiempo con sus invitados, Frederick echó su cuerpo a la cama, exhausto por el trajín del día.

En medio de su intento de descanso sopesó todo lo que había ocurrido. Lo terrible era que le había propuesto matrimonio a la persona que el duque esperaba; sin embargo, la respuesta que la joven le había dado no le gustaría.

¿Por qué las cosas se habían dado de esa manera? ¿Por qué no todo podía ser más fácil? Su tía estaba en contra de la nieta del duque. La joven no quería saber ni de él ni de su abuelo y para colmo, se había enfrentado a lady Kirby. Las cosas no podían ser peor. Ahí no podría existir un matrimonio de ninguna forma.

Alguien golpeaba la puerta de su habitación hasta que entró sin que él lo autorizara.

—¿No te has dormido, querido? —preguntó su tía—. ¿Por qué no me abriste la puerta?

—Tía, no me ha dado tiempo de hacerlo. ¿Qué se le ofrece a esta hora?

Lady Kirby tenía puesto su camisón y una cofia para mantener su cabello. Se veía graciosa.

—Oh, queridísimo Frederick —habló con un tono cariñoso y muy pegajoso—, no he dejado de pensar en tus malas elecciones últimamente. Me preocupo por ti, tanto como me preocupé por mi hermano. Te diré la verdad, de tus pésimos gustos, Emma Malorie era la mejor, lo mejor de lo peor. Deberías considerar lo que te digo. Esa... salvaje, no te conviene. Pasarás mucha vergüenza con ella y de paso nos humillarás.

—¿Podría ir al grano? Tengo sueño y estoy cansado.

—Te he traído mi lista de candidatas, no es muy larga como podrás darte cuenta, pero quería hablarte de cada una de ellas...

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Es mejor que lo hagamos para que duermas con esos nombres en tu mente y que olvides los que te hacen mal o te harán mucho mal. Por la noche es mucho mejor ponerse a pensar.

—Lo que menos quiero ahora es pensar. Mañana lo consideraré con gusto.

—No, no, no. No existe un mañana, será hoy, querido mío. Urge tomar decisiones drásticas para evitar males mayores. Lo que no pude hacer por tu padre, lo haré por ti. Te salvaré.

—¿Y si no quiero ser salvado? No puede salvar a quien no quiere serlo, ahora lo que me apetece es que me salve de este cansancio dejándome dormir.

—Pues recuéstate mientras yo te hablo de estas jóvenes. Si sueñas con alguna, me sentiré orgullosa. He anotado hasta sus rasgos físicos. Debe ser tan atractiva como tú para que tengan hijos bellos.

Al darse cuenta de que su tía no se iría, recostó su cabeza en la almohada y comenzó a mirar hacia el vacío. Su tía no se daba cuenta de que estaba molestando y tampoco le importaba. Lo único que ella quería era que no se casara con una escocesa. Podía ponerle el nombre que quisiera: protección, amor, cariño, odio, al final, era lo único que deseaba.

Con la mirada perdida en el dosel de la cama aceptó su destino, resignado. No imaginaba que a esa edad estaría siendo asediado por una mujer que quería resolver su futuro; sin embargo, agradecía la preocupación de su tía, todo era por su bien y no para que él anduviera por ahí haciendo lo que no debía. Estaba comprobado que lady Kirby no confiaba en sus gustos, aunque en eso coincidían, él tampoco.

Con el pasar de los minutos, Frederick se quedó dormido. La lista había resultado igual que un cuento para niños. Lejos de sentirse ofendida, su tía terminó de acomodarlo y dejó la lista junto a la mesa de noche para que la tomara al día siguiente.

Por la mañana, Frederick despertó y no encontró a su tía. Él esperaba que ella no pensara que había sido poco educado, le hizo una advertencia de que estaba cansado y que no soportaría una lectura larga y así fue. Al levantarse de la cama para buscar sus prendas en el armario, se fijó en el papel que estaba ahí junto a su lecho. Lo desdobló y dio un silbido al darse cuenta de la

extensa información que contenía. Lady Kirby no había escatimado tiempo para juntar lo que ahí estaba escrito. Se notaba la dedicación que le había puesto hasta en los trazos de su letra. Al ver eso, se arrepintió por haberse dormido y no valorar el esfuerzo que su pariente hacía por él.

Cuando salió de la habitación y fue a la planta baja, la señora Garwood se encargaba de que todo estuviera en perfecto orden. La servidumbre trabajaba en la casa sin descanso.

—¿Mi tía no ha bajado, señora Garwood? —indagó.

—No, milord. Su tía sigue dormida. Lord Kirby y el duque también. ¿Se le ofrece algo?

—No, señora Garwood. ¿Y Wolfie?

—Él fue a buscar algo para cazar. Usted sabe que Wolfie no puede estar ocioso. Desde que amanece debe estar buscando algo que hacer. Con permiso.

Pese a que su casa estaba llena de gente, Frederick se sentía solo o no sabía qué era eso que lo embargaba. Era una extraña sensación de tristeza y soledad. En pocas ocasiones se levantaba con tan poca energía. Tal vez tuviera muchas preocupaciones en su cabeza que no lo dejaban disfrutar de la vida. Buscó algo que leer para esperar a que sus invitados se levantaran y le hicieran compañía. La vitalidad de su tía sería bienvenida en ese momento.

Un cuarto de hora después, el duque fue el primero en solicitar que la servidumbre lo atendiera. Frederick tenía el compromiso de asistir a ese caballero en su visita hasta la residencia de Catriona. ¿Qué pensaría de él al estar acompañado por el duque? Suponía que el odio se incrementaría, puesto que dos extranjeros estarían contaminando el mismo aire que ella respiraba. Pensar de esa manera le había causado mucha gracia al conde, pero no le quitaba el realismo que la escena pudiera tener una vez que estuvieran frente a frente.

Capítulo 22

Cuando ya estuvieron listos para desayunar, Frederick miró a su tía, avergonzado, por haberse quedado dormido. Ella debió sentirse insultada por su poca energía.

—Lamento dejarla hablando sola —manifestó el conde—, pero le advertí que me sentía cansado.

—No te preocupes, querido. Ahora tienes la lista de candidatas para un matrimonio ideal. Ninguna es escocesa, de esa manera purificarás a tu descendencia.

—Habíamos pensado en que mi nieta podría ser una opción, ¿ella estaba en algún lugar de tu lista? —preguntó el duque, que ya sabía que sin saber quién era su pariente, la mujer la odiaba, y fue más por las malas palabras de la misma Catriona. Eso le jugaría en contra para obtener la bendición de lady Kirby.

—Es una lista de mujeres inglesas. Tu adorable nieta no es inglesa —replicó lady Kirby, sonriente.

—Si ella no está, entonces seguiré apelando a la solidaridad de tu sobrino. Ten por seguro que mi nieta es la mujer más bella y conveniente.

—Tal vez si le dieras una dote generosa podría ser mucho más atractiva, teniendo en cuenta que no ha sido educada en Londres. Hay que agregarle mucho atractivo.

Si de ellos dependiera estarían arrancándose de los ojos por un buen rato. Por más amigos que fueran lady Kirby y el duque, no podían llegar a un acuerdo con respecto a lo que era mejor para Frederick, ya que la única que pensaba en él era su tía, mientras que Octavio pensaba en el bienestar de su nieta y no tanto del conde.

Terminado el desayuno, Frederick y el duque subieron en el carruaje y miraron el castillo a través de la ventanilla.

—Pobre de su tío, milord —musitó Octavio, viendo a su amigo en la ventana de la

residencia. Aquel parecía un animal abandonado que con su mirada pedía clemencia.

—Sobrevivirá un par de horas sin nosotros. Lleva demasiados años con mi tía y no ha muerto.

—Ella es capaz de matar a cualquiera.

—Es muy paciente. Cualquiera se hubiera enfrentado a tanta arrogancia de mi tía.

—Me pongo en sus zapatos y entiendo lo que intenta hacer. Sé que ella lo adora, milord. Es como uno de sus hijos. Tendrá muchos defectos, pero busca lo mejor para su sobrino. Pretende que no cometa los mismos errores. De hecho, yo le sugeriría que le hiciera caso si no estuviera interesado en que salve a Catriona de este lugar. Lo ideal es que los ingleses se casen con sus pares para evitar este tipo de conflictos. Con usted casado con mi nieta, podría tener el beneficio de una gran fortuna que podría darle para convencerlo si la atracción no es suficiente para que dé ese paso a lo desconocido y que sé que le dará muchos problemas con su tía.

—Soy consciente de ello. Deje que conozca a su nieta. Por el momento solo le he ofrecido ayuda y mi territorio para cazar. Ella no es muy amable con los ingleses, no se ilusione con que correrá a sus brazos y le dirá que deseaba conocerlo, porque no lo hará. Es dura, casi al punto de la inflexibilidad. Su padre al parecer la crio para sobrevivir y no para vivir. Son cosas distintas. Cuando habla, conversa sobre supervivencia.

Frederick sabía eso de buena fuente, pues él había sido rechazado por alguien que pensaba que un hombre servía para la supervivencia, y si Catriona ya sabía sobrevivir, un caballero no le serviría para nada.

—No pretendo eso, tal vez con la muerte de su padre y con los años ella pueda apreciarme un poco. Ese escocés envenenó su corazón en mi contra, pero tampoco me he portado muy bien, no soy una víctima inocente, soy víctima de mis propios actos. Ante una acción existe una reacción y es lo que he recibido.

—Espero que la señorita Crawford abra los ojos muy pronto y piense en lo que le conviene. Aquí es peligroso para ella, no está segura.

—Le pido que le ofrezca su casa y de ahí me la llevaré a Londres si no progresa un cortejo

por su parte. No puedo esperar a que un rufián violento le haga algo a mi nieta. Al menos en eso su padre no se parece. Él enamoró a mi hija hasta que logró casarse con ella. No me enfadaría que alguien la enamorara como se debe, mas no con violencia, porque lo que empieza así, solo de esa manera puede terminar.

—Se negará, usted lo sabe y yo lo sé, aunque eso no significa que no haremos el esfuerzo de hablar con la persona indicada.

—Esa persona es su padre, el único que puede echar por tierra sus inventos. ¿Cree que nos dará su ayuda? Lo dudo y usted también.

Los dos iban poco confiados en lo que ocurriría, pero con ideas claras de lo que deberían hacer.

El duque no dejaba de mirar el paisaje de ida a la casa de su nieta. Como buen hombre viejo, hasta el corazón parecía comenzar a fallarle, ya que vería a su nieta después de mucho. Lo poco que recordaba era su larga cabellera pelirroja y sus ojos verdes como los de él, al menos es lo que llegaba a distinguir y también lo que le habían confirmado criados y campesinos de la zona a los que les había dado buen dinero para saber más de ella.

Al ver la residencia, el duque no podía estar más nervioso y emocionado. Por fin podría cruzar palabras con ella por más que quizá estas resultaran hirientes. Viniendo de Catriona, no existían palabras consoladoras o empáticas. Era la persona más nefasta en términos de entendimiento social. Su pensamiento era primitivo y apegado a algo socialmente poco aceptable. No estaba lista para convivir en comunidad, al menos no en la de Londres.

Bajaron del carruaje y Frederick se acercó a la puerta que era muy ancha.

Dentro del lugar, la señorita Crawford trataba de acomodar el cabello de Catriona para que estuviera presentable para su abuelo, pero la joven se movía demasiado, evitando que la buena presencia se hiciera efectiva.

—Ya deje de moverse, señorita Crawford —masculló la señorita Albright, después golpeó a Catriona con la mano abierta en la cabeza—. Lo haremos a mi manera, que es la suave o a la suya, que es la violenta.

—No quiero ver a ese hombre, puede golpearme y atarme el cabello por el cuello si le apetece —farfulló.

—Venga conmigo... —La institutriz la llevó a una de las ventanas para que viera a quien estaba frente a la casa, pero Catriona se alejó y solo la mujer pudo observar—. ¿Quién está con el duque de Manchester? Es un hombre alto, fornido y muy atractivo...

Ante esa descripción, Catriona sí logró acercarse a la ventana y, de hecho, empujó a su institutriz para poder observar mejor. Ahí vio al conde de Melbourne. ¿Por qué tenía que ser tan atractivo?

—Es lord Melbourne —dijo para que la institutriz la escuchara.

—Dios bendito, señorita Crawford. Debería instarla a visitar con mayor frecuencia a milord. No lo imaginaba tan joven y vigoroso —alegó la señorita Albright, sorprendida por la juventud y sensualidad del hombre que ella consideraba una persona de mayor edad.

Ella cogió del brazo a Catriona y la llevó a la puerta de la casa para que ambas recibieran a los caballeros. Abrió la puerta y las dos estaban ahí, paradas frente a ellos.

—Sean bienvenidos —saludó la señorita Albright que tenía a Catriona agarrada del brazo.

—Ninguno de ellos es bienvenido —aseguró Catriona que se soltó del brazo de la institutriz y fue hacia el centro del salón.

—Le dije que la señorita Crawford no sería un hueso fácil de roer, excelencia —comentó Frederick.

—Eso no importa, lo importante es que la conoceré...

El duque entró en la casa y se fijó en todo. Para él ese lugar era decadente. Su nieta no podía seguir viviendo ahí un solo día más.

—Sé que mi padre ha decidido hablar con usted y todavía no lo entiendo bien. Nunca me ha hecho falta y tampoco me la hará —habló Catriona decidida a enfrentar a su abuelo y sacar de sí ese desprecio que sentía hacia él.

—Supongo que tu padre se ha encargado de decir verdades a medias o mentiras completas —musitó el duque como respuesta al ataque de Catriona. Pese a que en el fondo quizá esperaba un poco de afecto, sabía que eso no llegaría hasta que aclarara todo.

—¿Mentiras? ¿Cree que mi padre mintió al decir que lo arruinó aún más de lo que estaba?

—Es cierto que no le he dado la dote.

—Entonces no es una mentira. Le exijo que se vaya de esta casa.

—No. Tu padre te ha dicho verdades a medias. ¿Te dijo por qué me negué a darle ese dinero? Supongo que olvidó que te dejó abandonada una vez que mi hija murió y que yo estaba dispuesto a hacerme cargo de ti. Él te estaba matando de hambre. Quise llevarte a Londres, pero él prefirió recapacitar y exigirme la dote, pero quise presionarlo para que te entregara porque en mis manos estarías mejor. Fueron pocos los instantes en que te tuve en mis brazos. Fui un abuelo orgulloso de tu entereza por vivir. Después tu progenitor me prohibió regresar, me amenazó con matarme. Volví varias veces, pero para verte de lejos...

—No puede ser cierto, la única persona que me ama verdaderamente es mi padre —alegó Catriona sin creer en lo que le decía el duque.

—Puedes preguntarle a tu padre. Quiero que sea capaz de negarlo frente a mí. Dudo mucho que lo haga, pero es así. Tú debiste ser criada en Londres, como mi hija, con todas las comodidades a las que estabas destinada; sin embargo, el egoísmo de ese escocés pudo más.

Mientras Frederick más se inmiscuía en el asunto de esa familia, se sorprendía. El duque no era un hombre tan transparente, al menos, no era capaz de contar todo. Él sabía cómo usar sus cartas y dar una estocada mortal a su contrincante.

—Mi laird está indispuesto, su excelencia —intervino la institutriz al darse cuenta de que había mucho más detrás de las acusaciones del duque. El padre de Catriona no era la blanca paloma que le hacía creer a su hija.

—Dudo que esté indispuesto para recibirme. Quiero hablar con él —mandó el gran aristócrata—. Aclararemos este asunto muy pronto.

—No hace falta aclarar nada, mi padre es bueno y honesto. Usted es...

—Catriona... —La voz de su padre evitó que ella siguiera ofendiendo a su abuelo.

—Te ves acabado, Christopher —comentó Octavio al ver a su enemigo bastante decadente.

—Y usted se ve bien por más que sea un adefesio resentido —correspondió el padre de Catriona.

—Estoy aclarando asuntos con mi nieta y no imaginaba que olvidaras cosas tan importantes que deberías confesar. Me has demonizado y has envenenado a Catriona en mi contra por tu egoísmo. No te daría el dinero para que lo bebieras en una taberna en un abrir y cerrar de ojos.

—Padre, desmienta lo que dice. Hágale cerrar su boca —pidió Catriona que confiaba en su padre.

—Usted me quitó ese dinero porque quería que le entregara a Catriona.

—Por supuesto, ya que la habías abandonado después de nacer y de enterrar a mi hija. Conseguí una nodriza para que continuara viviendo, pero no para que tú te la quedarás. Era para salvarla de tu miseria. ¿Qué podía darle un hombre que había sido expulsado de su clan por casarse con una inglesa? Te dieron la espalda y fueron ellos mismos quienes mermaron tus recursos. Te entregaste al *whisky* y al tabaco por días.

—¡Era por el dolor de perderla! —gruñó—. Odiaba a Catriona porque ella había acabado con mi querida inglesa.

Catriona enmudeció al oír esas palabras. La mentira de odiar a los ingleses caía frente a sus ojos con gran rapidez.

—Padre...

—Lamento haberlo hecho, pero reaccioné y nunca dejé que te fueras de mi lado. Quería tenerte conmigo para siempre y que jamás te acercaras al duque porque era inglés. Debía darte razones para odiarlo y que permanecieras a mi lado. Si supieras cuánto te pareces a tu madre...

Cuando eras pequeña, deseabas ser una damita, pero yo no lo permití.

Capítulo 23

Las verdades que estaba oyendo eran duras para Catriona, ya que la imagen de padre sacrificado y justo se desmoronaba ante ella.

Lo que había creído como cierto toda su vida, no era más que una gran mentira que había inventado su padre para que ella repudiara a la familia de su madre. Todo le había resultado como anillo al dedo para sembrar en su hija el odio a los desconocidos.

—Sabía que no podrías ocultar por mucho tiempo tu verdadera naturaleza —agregó el duque—. Intentar seguir diciendo tus falsas verdades jamás resultarían si yo estuviera aquí. Sabía que mi nieta había sido envenenada en mi contra, por tu conveniencia.

Catriona no soportaba seguir oyendo acusaciones mutuas entre su padre y su abuelo. Entendía a la perfección lo que estaba ocurriendo. Decidió que saldría de la casa.

Al ver que Catriona estaba saliendo del lugar, Frederick también lo hizo, ya que él solo estaba ahí para guiar al duque; sin embargo, aquel no parecía necesitar ningún tipo de guía o ayuda. Estaba dispuesto a despedazar a quien fuera para que se conociera su verdad, y era comprensible.

—Señorita Crawford... —pronunció Frederick, siguiéndola.

—¿Qué le parece el espectáculo familiar? —cuestionó la joven que pensaba que estaría sola para pensar.

—Un poco embarazoso —respondió el conde que se acercó a ella y cogió su mano. Catriona intentó arrebatarle la extremidad que había cogido; no obstante, él dejó un beso al dorso antes de que la joven la retirara.

—Embarazosa es su actitud —expresó sonrojada, y después comenzó a limpiar la mano en la que había sido besada—. ¿Vino a burlarse de mí? Supongo que le parecía gracioso saber quién era yo.

—Me encantaría decir que me estaba burlando, pero no sabía que el duque de Melbourne era su abuelo, puesto que él es invitado de mi tía a la que conoció de manera desafortunada. Él me contó todo ayer después de que le contara su nombre por la discusión con lady Kirby.

—¿No me está mintiendo?

—No. ¿Qué quiere? ¿Que me burle porque usted es tan escocesa como yo o tan inglesa, pero con pocas ganas de ser una mezcla? Somos esto, pero no puedo creer que me tratara de la manera en que lo hizo, siendo que somos iguales.

—Jamás admitiría algo que no siento. No me siento inglesa y ya pudo escuchar las razones por las cuales no soy así.

—¿Qué piensa de las cosas ahora?

—No sé qué pensar de nadie, pero hay algo que sí entiendo: que nunca he conocido a mi padre en realidad. ¿En quién más podía confiar una niña sin madre? Él era el único.

—Él debe estar arrepentido de haberlo hecho.

—No sé qué tan arrepentido esté para haber pisoteado su orgullo para pedirle a mi abuelo que se hiciera cargo de mí. Creo que es tarde y soy irrecuperable. No tengo ánimos para empezar de nuevo, no quiero ser una señorita refinada, ni ir a Londres.

Frederick acercó su mano izquierda al rostro de Catriona.

—En caso de que vaya a Londres, me tendrá a su disposición y si se queda aquí, será de igual manera.

El acercamiento de Frederick era capaz de desarmarla. No sabía qué decir ni cómo actuar cuando él estaba siendo complaciente y galante. No quería admitir que esas atenciones, si bien no eran deseadas, le agradaban muy a su pesar.

—Quite sus garras inglesas de mí, lord Melbourne, y no intente confundirme con su encantadora forma de ser, puesto que no le creo nada.

—Estamos de acuerdo que usted también tiene sucias garras inglesas, ¿no es así? Deje su orgullo absurdo de lado. Ahora que sé la verdad, ni siquiera puede despeinarme con sus insultos.

—Lo que me faltaba. Que usted, de manera tiránica, me ordene lo que tengo que hacer.

—No le estoy ordenando, le estoy recordando lo que su memoria, de forma tan selectiva, quiere asumir como válido. Somos iguales, no soy inferior, ni usted es superior. No debería ser tan desagradable con el resto.

—Si no le gusta, lord Melbourne, puede irse por donde llegó. Nadie lo mantendrá aquí ni le rogará nada y menos se le ofrecerá una buena atención. He vivido sin usted, sin mi abuelo y sin nadie más, ¿le parece que sentiré su ausencia?

—Tal vez sí, porque nadie la besará como yo o le pedirá matrimonio para salvarla.

—¡Pues no necesito que me salve ni usted ni otro caballero que pueda creerse un héroe! ¡Ahora déjeme sola!

—Sus tierras son peligrosas —advirtió Frederick.

—Es más peligroso que se quede en mi compañía porque no dude que lo atacaré si me siento acorralada por usted. —Catriona tomó un sendero que la alejaba de la casa y la hacía perderse entre muchas plantas. Era un lugar tupido.

Él la vio desaparecer y quiso volver dentro de la casa, pero debía recordar que lo que ocurría ahí no era un asunto que fuera de su competencia. Esos dos hombres podrían quitarse los ojos y no le importaría tanto como saber que Catriona estaba bien.

—Usted debe ser lord Melbourne —habló la institutriz que también salió de la residencia —. Los caballeros están discutiendo airadamente. Supongo que lo necesitaban después de muchos años—. Disculpe que no me he presentado, soy la institutriz de la señorita Crawford, he llegado aquí hace un par de semanas para educarla.

—El duque me lo ha contado ayer. No sabía que la señorita Crawford era su nieta hasta que me lo dijo.

—Quería hablar con usted de la situación en la que estuvieron envueltos tiempo atrás. Sabe que eso que ha hecho usted, en Londres sería una condena para casarse con ella.

—Sí, lo sé.

—¿Entonces?

—No estamos en Londres y tampoco soy yo quien no tiene intenciones de contraer matrimonio. ¿La señorita Crawford no le ha dicho que se lo propuse por su seguridad?

La señorita Albright comenzó a abanicarse con las palmas abiertas por lo que el hombre le decía. ¿Por qué Catriona no había dicho nada?

—No ha contado nada de eso...

—Ella me ha rechazado.

La institutriz no podía creer lo que escuchaba. ¿Cómo Catriona se había atrevido a rechazar a semejante hombre?

—¿Es en serio, milord? ¿No habrá escuchado mal? —cuestionó incrédula.

—La respuesta fue tajante.

—La señorita Crawford no debió oír bien. Si me dejara conversar con ella, estoy segura de que lo oirá mejor... —La institutriz quería disculparse a toda costa por el comportamiento de Catriona para no dejar escapar a ese caballero tan conveniente.

—Puede intentar todo lo que guste, es demasiado necia para entender cosas distintas a las que ella piensa.

—La haré entrar en razón, milord, sin duda alguna si es que lo escuchó bien, cosa que dudo mucho.

—Ella fue hacia ahí... —Frederick señaló el camino por el que la joven se había ido.

La mujer alzó un poco su falda para apresurarse y seguir a la joven a donde quiera que fuera. La llevaría a ese lugar a rastras y si hacía falta la golpearía para que aceptara, ya que no podría tolerar un absurdo rechazo de esa magnitud. Un conde para Catriona era un obsequio inmerecido.

—¡Señorita Crawford, deténgase! —ordenó la señorita Albright, corriendo—. ¿Me está ignorando? ¡De nada le servirá ignorarme, criatura insensata!

Catriona no tenía ganas de hablar con nadie y menos con la señorita Albright.

—Quiero estar sola, arpía —masculló.

—Usted no irá a ninguna parte y menos sin escucharme. Ya sé lo que ha hecho —rezongó la institutriz.

—¿De qué está hablando?

—¿Con qué autorización ha rechazado la mano de lord Melbourne? ¿En qué estaba pensando cuando hizo semejante tontería? —reprochó.

Para ese momento, Catriona ya tenía su atención puesta en la institutriz que no estaba muy feliz por lo que había hecho.

—¿Mi propia autorización no es suficiente?

—¡Por supuesto que no! Su padre es quien puede autorizar o desautorizar un matrimonio. Ha sido tan egoísta al pensar solo en usted, sabiendo que un compromiso con ese hombre tan rico sería lo mejor para darle un descanso a su agobiado progenitor. Todavía no puedo creer que se atreviera a tal acto caprichoso.

Por ningún motivo Catriona quería perder esa puja entre la institutriz y ella, pese a que sabía que la inglesa tenía razón.

—Mi padre tiene a su tranquilidad discutiendo con él en este momento. ¿No le parece? Tengo a mi abuelo y es todo lo que necesito según ustedes, ¿no es así? Lord Melbourne es solo alguien que no tiene dos dedos de frente para darse cuenta de que no lo aprecio en lo más

mínimo. Ni siquiera me importa lo que pase con él en un futuro, tampoco me importa usted y mi padre comienza a importarme poco. Es un rufián y mentiroso, que ha hecho lo peor que ha podido en cuestiones de educación.

—Esa parte de su padre no la pienso discutir porque es cierto que no se ha portado bien, pero ahora él es diferente.

—¿Diferente? ¿Con qué cosas la está manipulando, señorita Albright? ¿Acaso la está seduciendo? ¿No ve que es un experto en echar a perder la vida de gente extranjera? No crea que no he visto como trata a mi padre. Se ve muy estúpida tratando de ser amable. De hecho, los ingleses se ven tan ridículos siendo así.

—Lamento que piense eso de nosotros. Está muy lejos de ser cierto. Los modales no son ridículos, son importantes para agradar socialmente. Nadie quiere a una mujer que parece un gorila furioso caminando entre ellos. No es aceptable. Hay que saber convivir con todos. Usted no quiere entender que su forma de vida está equivocada. Es una ermitaña orgullosa y estúpidamente desafiante.

Los ojos de Catriona se quedaron tan abiertos al escuchar a la institutriz sobre lo mal que estaba ella, que no podía creer que eso saliera de una mujer tan educada.

—Usted no entiende con palabras amables y educadas, por eso debo hablar de una forma en que comprenda lo que quiero decirle. La criaron mal, para no convivir con los demás y eso no es correcto.

—No me importa que los demás sientan empatía por mí o que quieran ser mis amigos. Con lo que tengo aquí es más que suficiente. ¿Por qué se empeña en creer que lo que tengo aquí no es bueno?

—Usted es quien no entiende que su forma de vida no es la única que existe. Al igual que nosotros la aceptamos, debe aceptarnos por ser diferentes. Su odio es absurdo y usted lo sabe muy bien, lo entiende. Ahora deshágase de eso y acepte al conde en matrimonio.

—¿Todo esto es por un matrimonio con él? Ni siquiera lo conozco bien y lo poco que conozco no es que me agrade demasiado. Es... —Ella no podía seguir diciendo lo mismo de siempre y despreciarlo por ser inglés, ya que eran iguales. Le costaba aceptar eso.

—Es lo más conveniente, lo mejor para usted, para su padre y su abuelo. Además, él la cuidará de los peligros que existen en estas tierras y lo más probable es que por usted se queden a vivir aquí y solo él tenga que ir a Londres por negocios. Ni siquiera me necesitará para educarse si no quiere ir. Debería considerarlo. ¿Qué clase de hombre le espera aquí? No conoce a más que gente salvaje de las Highlands como los Murray, y no son el mejor ejemplo.

—Deje que yo decida por mi futuro con lord Melbourne. Por ahora no me interesa mucho lo que él tenga para mí.

—Se arrepentirá cuando otra dama quiera conquistarlo. Llorará amargamente por perderlo. No cometa un error que no podrá corregir.

—Señorita Albright, lord Melbourne ha sido abandonado casi en el atrio. No hay mucho que hacer, tal vez no valga la pena como usted cree. Ni él se da tanta importancia.

—Se lo repito y tómelo como una advertencia. Se robarán a su pretendiente y usted se quedará como la yegua de ese sucio Murray. La maltratará y sufrirá, añorará la vida que le ofrecían. Siga por este camino y encontrará a esas bestias. No pida ayuda, pues es lo que quiere.

Capítulo 24

Cuando estaba a punto de replicar, la institutriz regresó por donde había venido. De nuevo se encontraba sola y mirando a su alrededor. Prefería no estar sola en ese sitio, ya que podría estar entrando en terreno peligroso, poniéndose a merced de los Murray.

Prefirió regresar hacia la casa para estar un poco más tranquila. No le costaba nada entrar al gallinero e intentar concentrarse con el incesante cacareo de las gallinas. Eso era menos dañino que caminar hacia tierras ajenas.

Al llegar cerca de su casa, la institutriz fue hacia la parte trasera, mientras ella distinguió a lord Melbourne sentado en un tronco alejado de la residencia. Tenía una navaja en la mano y con ella raspaba un pedazo de madera.

¿Hacia dónde iría? ¿Buscaría a la institutriz para seguir discutiendo o se acercaría a lord Melbourne quizá para discutir sobre su cotilleo?

Con el mentón en alto, decidió ir junto al conde de Melbourne.

Frederick escuchó que unos pasos aplastaban la hierba que estaba cerca de él. Al levantar la mirada, vio a Catriona que tenía los brazos cruzados y la boca en una curva como una sonrisa burlona.

—¿Tenía que contarle nuestro secreto a la arpía inglesa? —increpó la joven.

—Admito que creí que se lo había dicho por las palabras con las que hablaba de usted. Fue un error considerar eso.

—¿Piensa que le contaría algo de mi vida a una recién llegada?

—A mí me ha dicho un par de cosas.

—Pero casi todas son sabidas por la mayoría de las personas que me conocen, y con eso le digo que no son muchas.

—¿La hizo recapacitar?

—No. Hizo que mi respuesta me convenciera aún más.

—La pobre mujer pensó que usted había oído mal. En verdad me apenaba su entusiasmo por hacerla cambiar de opinión.

—¿Y ahora qué cree que pasará? —indagó la joven que se sentó junto a él.

El conde miró a su alrededor antes de responder.

—Se irá con nosotros a mi castillo y de ahí partirá a Londres, quizá antes de la primavera —respondió.

—¿Por qué me iría a su castillo?

—Porque su abuelo se queda ahí. ¿Entiende? No hay otro mejor lugar para acogerlo. Es un hombre importante y me parece que es muy bueno. Mientras más escuchaba a su padre, me convencía de que era una alimaña.

—No debería hablar así del padre ajeno.

—No lo digo yo, lo dicen sus acciones. Pueden dolerle mis palabras, pero es la verdad.

—Nadie más que yo puede juzgar a mi padre. Yo no estoy hablando del mal gusto de su madre al fijarse en un inglés, ¿no es así?

—Mi madre nunca se arrepintió de eso, salvo de ir a Londres. Ella era parecida a usted, pero más educada. Su familia tenía dinero y por eso pudieron educarla, aunque no lo suficiente para soportar las formas por mucho tiempo.

—Mi abuelo perderá no solo su tiempo conmigo, también su dinero. No le resultará.

—¿Por qué se niega a lo que le ofrece? A veces no la entiendo. No tiene motivos para tratar mal a nadie, señorita Crawford. Su comportamiento es incomprensible.

—Lo que pasa es que todos quieren algo de mí, pero olvidan lo que me importa. Mi padre piensa que con mi abuelo estaré segura. Mi abuelo cree que llevándome recuperará el tiempo perdido. La institutriz espera que me vaya para hincarle los dientes a mi padre, no le importo y usted se preocupa por mí sin que yo se lo pida.

Los ojos de Frederick buscaron la mirada de Catriona. Ella siempre trataba de esquivarlo porque quizá se sentía avergonzada.

—¿Le hago mucho daño a su orgullo?

—Sí, porque no me deja demostrarle que puedo defenderme sola.

—No le diré lo que pienso de usted, porque es probable que la ofenda mucho y termine matándome con mi propia navaja.

Ella rio ante lo que él había dicho.

—Soy una salvaje, lo admito. No me avergüenza serlo.

—No me refería a que sea salvaje, sino a que usted es una dama. Es delicada. Es lo mismo que un pajarillo queriendo coger una rama que le dobla el tamaño. Se ve encantadora esforzándose, pero no es algo que esté destinada a hacer. Usted debería estar vistiendo vestidos finos, conversando con sus amistades en una tarde de té, pasear con una sombrilla para que su piel no se oscurezca. Es la vida que yo le ofrezco a la mujer que será mi esposa. Sabe que todavía puede recapacitar.

—No lo haré. No soy una damisela en apuros y usted no es mi salvador.

—Lo importante es su decisión, señorita Crawford. Su abuelo creía que yo era una excelente opción para usted, puesto que soy quien puede entender sus pensamientos y encontrar una solución a la confusión que tiene. Cuando aprenda a aceptarse por lo que es, la vida le sonreirá.

—Me dice eso alguien que ni siquiera logra ser feliz. Busca a una mujer para casarse y nadie lo quiere. Algo debe estar haciendo mal, lord Melbourne, por eso nadie lo quiere. Tal vez

sea esa reprochable atención que nadie le pide. Puede que se trate de sus intenciones de ser todopoderoso.

—No se preocupe que, como vamos, conseguiré una esposa en Londres. Mi tía está aquí para eso, para elegir a alguien conveniente, ya que yo soy incapaz de escoger correctamente y ahora me doy cuenta de que volví a equivocarme una vez más al considerarla como una opción. No se preocupe que si tanto la ofendo con mis buenas formas, la trataré de una manera en la que no necesite de mis atenciones.

Él caminó hacia la casa y se dispuso a entrar. Quería ver si el duque había llegado a un acuerdo con el padre de Catriona o todavía continuaban intentando arrancarse los ojos. Además, lo molestaba su actitud. Ella le atraía y estaba dispuesto a muchas cosas por la joven, pero debía comprender que todo tenía un límite. Lo mejor era hacerse a un lado con una persona que lo rechazaría infinidad de veces. Humillarse no era una opción. Ya lo hizo antes y no volvería a repetir lo malo.

La joven también siguió a Frederick para saber si ya habían terminado la discusión.

Al entrar en el salón solo había silencio. Ninguno de los dos hombres hablaban ni se miraban. Era una situación muy incómoda no solo para ellos, sino también para los que recién entraron.

—Lord Melbourne, Christopher quiere conocerlo, deseaba ver el rostro del hombre que ha salvado a su hija en varias oportunidades, un caballero de inigualable valía —dijo el duque halagando a Frederick.

—Entonces usted es quien mantuvo prisionera a Catriona. Ella no tiene buenos recuerdos de usted, lord Melbourne —alegó el hombre.

—Lamento que tenga un concepto equivocado, como su hija. La he capturado porque usted no respondió mi carta y yo necesitaba salir de la duda sobre una posible invasión de mis tierras. La señorita Crawford no debería andar por el monte como si fuera inmortal. Es una mujer que se expone a muchos peligros.

—Ya deje de insinuar que soy débil —masculló Catriona.

—Catriona, he conversado con el duque, y muy a mi pesar, tiene razón en sus acusaciones. No he sido el mejor padre, hice muchas cosas mal, pero tal vez no sea tan tarde para ti.

—Es muy tarde para todo. No estoy interesada en perdonarlo a usted ni a empezar una relación que no necesito con mi abuelo. Estoy bien aquí en Escocia. Él vino a despojarme de todo lo que amo y eso no lo voy a permitir, son mis raíces, equivocadas o no —profirió con decisión.

—No es una elección, Catriona. Te irás con el duque al castillo de Raasay —anunció su padre.

—¡No! No me iré de aquí —espetó.

—En el castillo de lord Melbourne estarás segura, Catriona. Después, si no llegas a lo que espero con el conde, nos iremos a Inglaterra para conseguirte un buen esposo —alegó su abuelo.

A Frederick no se le ocurría decir mucho. Él solo prestaba su casa. Su tía lo había metido en más líos de los que en realidad necesitaba.

—Me niego a irme de aquí.

—Lo harás porque ya no quiero que estés aquí. Es peligroso para ti. No estoy en condiciones de defenderte y los Murray son tres. Me harán pedazos al igual que a ti. Lean no se quedará con los brazos cruzados.

—No pienso irme de aquí sin usted. Además, si mi querido abuelo quiere algo bueno para mí, lo que puede hacer es contratar a un médico para que lo vea y lo cure. Sin esa condición no moveré un dedo fuera de esta casa —advirtió amenazante.

—Puedo ayudar a tu padre, pero lord Melbourne decide sobre su casa, Catriona —musitó el duque.

Los desafiantes ojos verdes de Catriona se dirigieron a Frederick para que él dijera lo que ella esperaba escuchar.

—Su padre es bienvenido a mi casa. Estaré complacido al recibirlo —correspondió ante la

mirada amenazante de la joven. No podía hacer más, lo único que deseaba era estar tranquilo y salir de ese embrollo.

—Entonces póngase manos a la obra, abuelo. Mi padre necesita que lo atiendan —masculló dirigiéndose a su habitación. Al menos no abandonaría a su padre. No lo perdonaba por todo lo que había ocurrido, pero era a quien amaba y no había forma de cambiar eso. Dejarlo sería un acto criminal, por más que él la había abandonado en sus primeros días.

—Le pediré a la señorita Albright que comience a guardar las cosas de mi nieta. Tendrá lo que ella ha exigido para irse conmigo —espetó Octavio, un tanto disconforme, pero lo importante era que su nieta estaría a su lado y ahí intentaría ganarse su cariño.

—No es necesario que cumpla con lo que le ha dicho —escupió el padre de Catriona.

—Si le miento seré tan pusilánime como tú. Eso no es parte de mi educación, soy un hombre honorable.

El duque fue a recorrer el hogar de la familia Crawford para dar la orden de mover las pertenencias de ellos hacia el castillo de Raasay. Una vez que encontró a la institutriz en la parte trasera de la casa, se acercó a ella.

—Señorita Albright, prepare sus cosas y las de mi nieta. Se irán al castillo —comunicó el duque.

—Su excelencia, quería decirle que deseo quedarme a cuidar de mi laird, por lo que debo renunciar al puesto de institutriz... —confesó la mujer.

—Usted no es cuidadora y menos de alguien como Christopher. ¿Acaso ha perdido el buen juicio?

—Es una buena persona, quizá se ha equivocado, pero no por eso lo abandonaré en un momento de necesidad. Me ha conmovido su salvajismo.

—Él es un encanto, ¿no es así? —expresó burlón—. De todas maneras, tendrá que recoger sus cosas. Catriona ha puesto como condición que su padre fuera con nosotros y que lo atendiera un médico. No me cuesta nada intentar salvar la vida de ese sinvergüenza, pero solo lo hago por

ella y la esperanza de que me permita convertirla en una dama como su madre, pero sin sus mismos errores. No podría permitir que dejara a una hija suya a la deriva. Dios no me permita vivir más si lo hace. Vaya, señorita Albright, tiene mucho que hacer.

La institutriz sonrió y fue primero a guardar todas sus cosas que eran pocas. Imaginaba que las de Catriona le llevarían más tiempo y también las del padre de ella. Se alegraba de que el duque no dejara morir a nadie. Era un hombre verdaderamente honorable y de buen corazón.

En su habitación, Catriona se acercó a la ventana y miró a través del vidrio. Con la decisión que todos habían tomado por ella, se tendría que acostumbrar a otros paisajes. No quería dejar de ver la belleza del cielo escocés. No sabía cómo era el resto del cielo en otros países y tampoco quería imaginarlo.

En sus manos tenía una situación complicada, ya que viviría bajo el techo de un caballero que le había ofrecido matrimonio y al que había ofendido de mil formas posibles para herirlo. Estaba en un momento difícil por las verdades que habían saltado a la luz. La desorientación se había apoderado de ella y para colmo tendría a lord Melbourne distrayéndola todo el tiempo con su atractivo.

Capítulo 25

Al cabo de un par de horas, Frederick regresó a su castillo, pero para ordenar a la servidumbre que prepararan tres habitaciones más para sus demás invitados. También fue para enviar el carruaje para buscar las pertenencias de esas personas. Él los esperaría ahí con todos los sirvientes a su disposición.

—¿Por qué hay tanto movimiento en la casa? —indagó lady Kirby.

—Tendremos tres invitados más —respondió Frederick que se sirvió una copa de *whisky* en el salón.

—¿Vendrá toda la parentela política de Octavio?

—Mmm... En realidad, vendrán su nieta, su antiguo yerno y la institutriz.

—¿Ya has conocido a la famosa nieta?

—Sí.

—¿Y qué te ha parecido?

—Es hermosa.

—¿Crees que él me ganará al ofrecerte a la mujer que te guste?

—Espere a que lleguen para que pueda sacar sus propias conclusiones, tía.

Lady Kirby quería saber cómo era la susodicha nieta de su amigo. Tanto tiempo lo escuchaba hablar de ella que comenzaba a imaginarla, aunque esperaba que no fuera tan bonita para poder darle a Frederick la esposa que ella quería para él. Tuvo que esperar un largo rato para poder ver los primeros vestigios de los carruajes que venían por el sendero del castillo.

Al igual que su tía, Frederick observaba por la ventana cómo los coches se acercaban. Él

sabía que su vida se complicaría al tener ahí a Catriona, que le había dejado claro que no deseaba saber de su persona ni por más que fueran mitad ingleses ni escoceses. Eso significaba que la atracción solo la sentía él y no ella, al menos no con la misma intensidad.

—¿Qué es esto que veo? —increpó lady Kirby al ver a la mujer peor educada del mundo bajando de un carruaje.

—Esa joven es la nieta de su excelencia, tía —respondió con cierta superioridad en sus palabras. El rostro de su tía era digno de retratar gracias a la expresión de sorpresa.

—Sabías que esa deslenguada era su nieta y no fuiste capaz de decirme nada. Definitivamente, Frederick, me decepcionas cada vez más.

—Yo lo supe por la tarde ese mismo día, no sabía que Catriona Crawford, la salvaje escocesa que cazaba en mis tierras, era la nieta de un duque. Le juro que no tenía pistas al respecto, ni un solo indicio, puesto que ella me ha rechazado desde el primer momento en que me vio y aún más cuando se enteró de que yo era mitad inglés.

—¿Y qué puede decir esa salvaje? Es igual a ti, no puede siquiera levantar el dedo para juzgarte.

—Pues lo hace.

—Puedo suponer, entonces, que de tu parte no hay ningún interés hacia ella, ¿no es así, Frederick? Quiero pensar que solo has sido muy amable con una joven sin educación y a la que consideras vulnerable.

—Ella no quiere nada conmigo.

—No me importa lo que ella piense, me interesa lo que tú tengas que decir.

—Hay que ir a recibirlos. Espero que esta vez se comporte frente a su amigo, tía. Sería desagradable que pronunciara las mismas barbaridades que antes sobre Catriona, ahora ya sabe que debe cuidar su lengua...

Ella miró a su sobrino que se retiraba hacia la entrada principal. Después, golpeó en el

brazo a su esposo que estaba dormido con un libro en la mano.

A lady Kirby le preocupaba que Frederick no hubiera manifestado falta de interés hacia la salvaje, tendría que encargarse de observarlo y no dejarlo solo en las garras de aquella mujer.

—Milord, creo que tiene un par de problemas en puerta —comentó Wolfie que se acercó a la entrada para ayudar con los baúles de las visitas.

—¿Lo dices porque lo estás viendo o porque lo presientes?

—Por las dos cosas. Necesitará armarse de paciencia —dijo el sirviente antes de comenzar a bajar las cosas de uno de los coches.

En el carruaje, Catriona debía soportar el ambiente casi irrespirable que existía entre los cuatro que estaban dentro. Lo único que le quedaba era mirar por la ventanilla. Al ver a lord Melbourne en la entrada, esperándola, su corazón se detuvo. No podría vivir cerca de él sin perecer por sus propios pensamientos. Ni siquiera que fuera una criatura indigna lo sacaba de su cabeza, ya que en lo único que podía pensar era en besarlo. Sin embargo, al ver a la tía, presentía que no sería una estadía agradable en el castillo de Raasay, ya que casi eran declaradas enemigas públicas sin conocerse.

—Sé que has tenido un pequeño conflicto con mi amiga, lady Kirby. Ella es una mujer adorable y muy honorable, Catriona. Confío en que la tratarás con el respeto que merece no solo por su edad —manifestó su abuelo.

—Si ella no se ensaña conmigo, todo irá bien, no me pida milagros, abuelo —pronunció con molestia.

—Me agrada que me digas abuelo. He ansiado eso por muchos años. Ahora te tendré cerca todo el tiempo y las cosas para ti serán perfectas. Tendrás lo que mereces sin ningún límite.

El padre de Catriona solo miraba a su hija esperando algo que pudieran decirse, pero durante el camino ella solo lo había evitado y no parecía desear un acercamiento, era evidente que tenían algo que conversar en privado. La señorita Albright estaba a su lado y le había hablado de la cantidad de oportunidades que tendría de salvar su vida, porque el duque contrataría a los mejores para atenderlo, ya que su nieta se lo había pedido y él estaba dispuesto a

todo para ganar tiempo con ella. Él no sabía si en realidad tenía una oportunidad de salvarse de la muerte, pero la institutriz no lo quería dejar morir tranquilo. Si llegaba a salvarse, quizá no lamentara del todo haber pedido la presencia del duque para que se encargara de Catriona.

El conde se acercó para abrir la portezuela y ayudar a la gente del carruaje para que bajaran con más comodidad. Extendió su mano para que Catriona la tomara, mas ella no lo hizo. Bajó del coche como una gacela saltando sobre un charco. Eso no ayudaba a la buena relación entre ellos.

Catriona podía subir y bajar sola de donde quisiera, no necesitaba de nadie para tales tonterías.

Entonces, Frederick siguió tratando de ayudar al resto que sí aceptaron sus atenciones, tampoco se echaría a morir por alguien que no quería estar cerca de él, pese a que al menos merecía esa cortesía.

—Recordaba al castillo un poco menos arreglado que ahora —comentó el padre de Catriona al ver que el lugar estaba lleno de plantas bien cuidadas.

—Mi padre le hizo muchos cambios durante los años que vivimos aquí. Supongo que desde este lugar también puede ver el laberinto —indicó Frederick con su dedo índice para que el hombre se fijara—. Puede ir a ver si gusta.

—El laberinto es hermoso, padre. Solo debe cuidarse, es un poco difícil salir —contó Catriona.

—Es cierto, un tanto complicado. La señorita Crawford entró y tuve que entrar a sacarla.

Ella se sonrojó ante lo que contaba el conde. ¿Qué necesidad tenía de avergonzarla?

—Estaba a punto de salir cuando usted llegó...

—Estaba trepando mis plantas.

La institutriz miró a Catriona con gran molestia. Si lo que contaba lord Melbourne era cierto, la joven no solo se avergonzaba, sino también a su familia.

—Mi nieta tiene unos modales un tanto exóticos, lord Melbourne. Sé que lo comprende y la perdona —alegó el duque para defender a Catriona.

—Por supuesto. La señorita Crawford siempre será bienvenida a mi residencia y a mis jardines, no solo aquí, también en Londres.

—No necesito que nadie me justifique, sé a la perfección lo que digo y hago —farfulló Catriona. No quería que estuvieran conversando sin que ella pudiera hablar.

—Como diga la señorita Crawford. Estoy de acuerdo —apoyó Frederick—. Vuestras habitaciones estarán en la segunda planta del castillo. De esa manera, tendrán una vista muy hermosa del campo y de los alrededores. Wolfie, haz que lleven todo a los aposentos indicados.

—Sí, milord.

Lady Kirby se acercó a su amigo y le sonrió.

—¿No pensabas decirme que la joven era tu nieta? —cuestionó la mujer que iba acompañada de su esposo.

—Fue una mala jugada de tu parte, Octavio, ahora será insoportable —avisó lord Kirby, cansado de ser llevado de un lugar al otro por su esposa.

—Solo supe que era mi nieta después de que lord Melbourne mencionara su nombre y apellido. Sé que la circunstancia en las que tú y Catriona se conocieron no ha sido la mejor.

—No. Prefiero mantener distancia de una persona como ella que me ha atacado sin razón.

—Querida, no deberías ser rencorosa con una niña tan bonita, mírala, es un primor —alegó el esposo de lady Kirby.

—Mantendré las formas, pero quiero comunicarte que no permitiré un matrimonio entre ella y Frederick. El que avisa no traiciona, Octavio.

—Prefiero dejarlo en manos del destino, pues considero que el conde terminará casado con ella. Este es un castillo muy grande, pero quedará pequeño cuando entre dos jóvenes existe

atracción. He visto cómo mi nieta mira a lord Melbourne y no es indiferente ante él.

—Dices tonterías. De mí dependerá que Frederick nunca esté solo con la arpía que tienes como pariente. Solo pienso aceptarla si es educada, debe demostrar al menos el mínimo interés en el aprendizaje. Sé que Frederick no es perfecto, no pretendo tapar el sol con un dedo, ya que ha sido criado por otra salvaje, aunque con la mano de mi hermano, no pudo convertir a su hijo en una abominable bestia de las montañas.

—Deberías admitir que esa joven y Frederick son el uno para el otro. Te aseguro que a los dos se les va volando la comida —asumió lord Kirby entre risas, contagiando de esa manera a su esposa y al duque.

A Catriona no le gustaba la mirada que le había dedicado la tía del conde cuando hablaba con su abuelo. Podía jurar que le había leído la mente, aunque esperaba que la mujer también supiera que no era alguien a quien apreciaría. Se la percibía prepotente, y dos personas con las mismas características ni siquiera deberían vivir bajo el mismo techo. Ella estaba ahí porque su abuelo no tenía una casa en Escocia. No sabía cuánto tiempo serían invitados de lord Melbourne, tampoco sabía cuánto soportaría estar cerca de él sin querer volver a probar sus labios.

Los recién llegados entraron al castillo y tanto la señorita Albright como el padre de Catriona estaban impresionados con la arquitectura del sitio. Halagaban todo lo que veían, haciéndole saber a Frederick que el lugar era perfecto.

Catriona estaba sorprendida por el comportamiento de su padre. Él parecía ser otro al estar rodeado de ingleses, incluso del duque. Era más amable y tenía ciertos conocimientos de cómo saludar. ¿Por qué le había echado a perder su educación a ella? Aquel hombre la había usado como un trofeo de guerra. Su abuelo había sido el único que con sinceridad quiso lo mejor para Catriona, pero a su progenitor eso no le pareció en su momento y en ese instante quería que aprendiera lo que durante años debió hacer.

Con lo que ocurría a su alrededor, Catriona comenzaba a tener más dudas de lo que ella era en realidad. Todos parecían conformes con sus vidas, menos ella, pues la habían dejado más confundida que antes. Si su padre hubiera razonado de manera distinta, ella sería una dama, quizá casada con algún noble inglés, con una vida aburrida llena de tés y bailes, aunque ya estaría acostumbrada a eso, porque si su abuelo la hubiera criado, ese sería su mundo y miraría a cualquiera como la misma Catriona de modo despectivo, tal como lo hacía la tía de lord

Melbourne.

Le llevaría mucho tiempo tratar de averiguar y entender lo que en realidad deseaba. Ser libre no era algo discutible, pero si iba a Londres, tampoco podría comportarse como si fuera un chimpancé saltando de rama en rama. Las habilidades que le enseñó su padre no serían suficientes para sobrevivir. Tal vez él le enseñara a ser hábil en la supervivencia; sin embargo, olvidó hacerla hábil en lo que correspondía a lo social.

Capítulo 26

Una vez instalados, Catriona se dio cuenta de que estaba en la misma habitación que antes, solo que no se quedaría solo por un día, sino por un tiempo desconocido.

Su baúl estaba en su aposento, todavía sin abrir, cuando se encontraba a punto de hacerlo, unos golpes en la puerta la interrumpieron y fue a abrir. Una bella mujer que tenía prendas de la servidumbre de la casa estaba frente a ella.

—Mi nombre es Megan, y la atenderé durante su visita, señorita Crawford —manifestó.

—No necesito que alguien me atienda, Megan, puedo hacerlo todo sola —replicó.

—No puedo darle esa respuesta a lord Melbourne.

—No me importa lo que piense lord Melbourne.

A Megan le molestaba la poca predisposición de la joven para ser feliz en esa casa. Ni siquiera agradecía estar bajo el techo de un hombre como él. Y, con todo lo que había escuchado en conversaciones detrás de las puertas, ella era a quien querían casar con él. No era más que otra escocesa corriente e ignorante.

—La ayudaré con sus prendas, señorita. Lord Melbourne nos ha contratado para servirlos.

—Si tanto insiste, haga lo que guste. —Catriona se alejó de la puerta y cruzó sus brazos. Le llamaba la atención que su escote fuera tan pronunciado.

La doncella comenzó a cumplir con lo que había dicho y, para humillar un poco a Catriona, miró a su alrededor buscando más prendas.

—¿Le han faltado más baúles, señorita? —preguntó Megan.

—¿Y a ti no te funcionan los ojos? Es evidente lo que pasa. No tengo más —masculló.

—Si se le ofrece otra cosa, no dude en agitar la campanilla que está a su izquierda. Con permiso...

La mujer salió del lugar echando humo por la nariz. Lord Melbourne no podía casarse con aquel animal salvaje. Él necesitaba a alguien que lo atendiera y complaciera. No estaría enfadada si una joven más adorable intentara casarse con el conde, pero la que estaba en esa habitación merecía estar enjaulada.

—¿Cómo estás, Megan? —saludó el conde con amabilidad.

—Debo decirle que su visita no es tan amable, milord —confesó Megan.

—Lamento no haberte dicho que la señorita Crawford tiene un temperamento irascible, pero es buena persona.

—No estoy segura de que lo sea, pero si usted lo dice, no tengo razones para dudar. —Ella le dio una sonrisa coqueta y después fue a continuar con sus labores.

Él le había correspondido la sonrisa a Megan, pero rápidamente ese gesto desapareció al tener que ir a la habitación de Catriona. Se paró frente a la puerta y golpeó un par de veces.

Con los ojos girando sin parar por la molestia, Catriona creyó que la doncella se había olvidado de hacer algo y que regresaba por eso.

—¿Qué te...? —Al abrir la puerta, ella vio a lord Melbourne ahí con una ceja levantada. Catriona no imaginaba que él estaría ahí.

—¿Qué cosa estaba por decir?

—Nada. ¿Qué quiere?

—Megan me ha dicho que usted no es tan amable, por lo que presumo que la ha tratado mal.

—Hace preguntas absurdas. Además, tampoco necesito de una doncella.

—¿Recuerda la historia de la mujer a la que un Murray había tomado como prometida?

—¿Qué tiene que ver eso en este asunto?

—Es Megan. Le di cobijo en mi casa con la intención de salvarla, ya que sus pensamientos sobre un matrimonio con ese hombre solo podrían llevarla a la muerte.

—Con ese escote, estoy segura de que ella lo provocó. ¿Qué hombre podría resistir eso? Es la naturaleza del ser humano.

—¿Justifica una acción como esa por un escote? Si seguimos su lógica, usted también debería haber sido violentada por esos hombres. Su escote no está mejor que el de ella. No somos animales, señorita Crawford, podemos controlarnos por completo.

Catriona bajó su mirada hacia su busto y después miró desafiante a lord Melbourne.

—Así como usted me rechazó en la cama. Eso sí es un caballero. Me hizo a un lado porque quizá no era una bella rubia.

—¿Qué está insinuando?

—Que usted también quiere su tajada de lo mismo que los Murray con esa mujer.

—Lo que yo haga con mis calzones es mi asunto. Esa noche con usted tuve que controlarme o no hubiera salido de este castillo hasta saciarme de usted.

—No le creo nada —reprochó.

De cierta manera recordó el humillante rechazo que sufrió esa noche, en que estuvieron en esa misma cama. Ella ni siquiera sabía si era doloroso o satisfactorio, solo siguió lo que su cuerpo le indicaba.

—Solo le pido que trate bien a la servidumbre. Usted es superior a ellos; sin embargo, no tiene razones para ser abusiva en su trato. Nadie le ha hecho daño, debería comportarse mejor y dejar de estar a la defensiva, acusando a los demás con el dedo.

—Si vino a darme consejos que no le he pedido, puede irse.

—Cuide sus formas, señorita Crawford.

Ella cerró la puerta con cuidado. La última mirada que le había dedicado lord Melbourne era una advertencia sobre su comportamiento, eso significaba que no podía seguir siendo tan grosera, pero ¿cómo hacía para no parecer una joven vulnerable? No quería convertirse en eso que odiaba, aunque iba hacia ahí. La institutriz era el principio del fin de lo que conocía como vida.

A la hora de la cena, los residentes fueron llamados a asistir al comedor. Esa noche serían agasajados con faisán. La señora Garwood servía en primera instancia una sopa, mientras en otra mesa se colocaban más platos para servir el principal.

Los ojos de lady Kirby no dejaban de mirar con desaprobación no solo a Catriona, sino también a todo lo que se relacionaba con ella. Sus modales eran peor de lo que imaginaba, solo esperaba que sorbiera su sopa desde el plato hondo.

La joven sabía que sobre ella se gestaba interés desde muchas partes, no solo por el odio declarado de la tía de Frederick. Otra cosa que tenía que ver era que el resto quería que se comportara de buena manera, en especial la señorita Albright que le hizo un gesto con la mano para que cogiera el cubierto adecuado para esa entrada.

La señorita Albright se encontraba parada junto a la servidumbre que rodeaba la mesa. La miraba tanto a ella como a su padre para que los dos se comportaran.

A Catriona le seguía sorprendiendo que su padre se portara tan bien y que, para colmo, no hiciera falta que nadie le indicara los cubiertos. Necesitaba una charla muy larga con él.

Al coger la cuchara para tomar la sopa, ella miró al resto de los comensales y luego le dio el primer sorbo. La cocinera de esa casa era muy buena con la comida, todo lo que hacía resultaba ser de su agrado, desde lo que más odiaba hasta lo que le gustaba. Después se quedó por un segundo mirando hacia Megan que estaba parada junto a la señorita Albright y notó que la mujer no despegaba la mirada de Frederick.

Dentro de su mente, ella imaginaba que esa joven estaba muy interesada en él, y como la

había salvado, creía que tenía la ventaja de estar bajo el mismo techo para aprovecharse de las que podrían ser buenas intenciones del conde. Después, miró a lady Kirby, pero esta no parecía prestarle atención a nadie.

—Le agradezco, lord Melbourne, por tan buen banquete y por haber aceptado a mi nieta y su familia. No hay forma de agradecer tanta generosidad de su parte —declaró el duque para amenizar la noche.

—Eso no hace falta mencionar, excelencia, para mí es un placer tenerlo a usted y a los que vengan a su lado —musitó Frederick para responder a las buenas formas del duque.

—Cuando estemos en Londres, me encantaría invitarlo. Pienso en hacer un baile en su honor para pagar un poco de su generosidad.

—En el momento en que Frederick pise Londres irá con una candidata en la cabeza. La lista que le he dado estoy segura de que lo ha convencido. Nadie es mejor que yo en los detalles. Jamás escogería a algo de menor valía para mi sobrino... —Aquellas palabras lady Kirby las había dirigido de manera indirecta a Catriona.

Tanto Frederick como el duque comprendían las picantes palabras de la mujer, ya que era la primera detractora declarada que tenía Catriona, y era comprensible e incluso nadie podría juzgarla por su actuar, porque tenía razón.

—Le dije que lo consideraría, tía —replicó Frederick, avergonzado.

—Ninguna mujer de estas tierras es merecedora de un caballero tan buen mozo como tú. ¿Acaso tienes dudas de eso?

—Para ti nadie merece ser parte de tu familia, querida lady Kirby —habló el duque, bromista.

La única que no decía nada era Catriona, estaba amenazada por el dueño de la casa para dejar de tratar mal a la servidumbre, aunque ella imaginaba que tal pedido se extendía a los demás miembros de la casa, incluyéndola. Estaba haciendo un verdadero esfuerzo para no replicar lo que debería. La mujer trataba de evitarla, pero le dedicaba frases a medias, esa no era la mejor forma de evitar un enfrentamiento, solo lo posponía.

Para que las cosas no siguieran yendo en la dirección en la que iban, Frederick hizo un gesto a la servidumbre para que comenzara a servir el faisán, puesto que con la boca cerrada nadie podría estar opinando de otros. Era cuestión de tiempo para que los cuchillos de la mesa comenzaran a volar.

Al ver el faisán a Catriona se le hacía agua la boca, se veía muy elegante y apetitoso. Por un lado, ni siquiera quería tocarlo para no destruir su elegancia; no obstante, su otra parte estaba enloqueciendo por cogerlo con ambas manos y terminar empavonada con la salsa que llevaba.

Esa era la oportunidad que lady Kirby estaba esperando para burlarse a sus anchas.

Sin darse cuenta, Catriona cogió el faisán entre sus manos y se lo llevó a la boca. Los rostros en la mesa y fuera de ella eran de absoluta sorpresa. La primera en carcajearse fue lady Kirby que estaba atenta para hacer leña del árbol caído.

Catriona se detuvo para limpiar su mano al oír la risa burlona de la tía del conde.

Al percatarse de lo que ocurría, Frederick decidió que se uniría a ella, tomó su faisán y lo comió de la misma manera que ella.

Lady Kirby dejó de reír al ver a su sobrino hacer lo mismo que Catriona. Eso le borró la sonrisa por completo.

Una vez que la risa de la mujer se fue, Catriona miró a Frederick y él prácticamente la estaba imitando. ¿Qué significaba que se comportara de la misma manera que ella? ¿Por qué lo hacía si lo vio coger el cuchillo y el tenedor para comer?

—Lo más delicioso es un faisán sujetado con las manos —declaró Frederick, aunque sabía que eso no era así—, mi madre que era escocesa lo decía y no le quito razón. La señorita Crawford y yo somos muy parecidos, nuestro espíritu escocés es poderoso.

—Parecen dos cerdos revolcándose en un charco —masculló lady Kirby—. No conseguirás una buena esposa con esos modales, Frederick.

—¿Usted cree que no escuché lo que muchas decían de mí cuando fuimos a su propiedad,

tía? Me llamaban lord bestia, pero porque soy conde y tengo dinero, podrían hacerlo de lado. Es humillante para alguien como yo depender del título para ser considerado deseable. No creo que estén ajenas a que todavía sigo matando a mi cena con un cuchillo cada vez que me invitan.

En la mesa se hizo un gran silencio. Catriona volvía a ser la piedra de la discordia sin querer. Escuchar que la vida del conde tampoco era fácil causaba en ella cierto sentimiento de culpa, pues él se esforzaba por encajar en el ambiente que fuera y esta vez quiso empatizar con ella llevándose por delante a su tía que era muy engreída. Para la mujer, lo que él había hecho debía representar una gran afrenta.

—Sabes cómo son en Londres. Lo que importa es que eres codiciado entre ellas. Hablan mal de ti para desalentar a la feroz competencia londinense. Eso no es una ofensa, es todo un halago.

Capítulo 27

Su tía estaba muy equivocada al pensar de esa manera. No era para nada un halago. La sensación más bien podía compararse a él siendo una presa por la que dos depredadores tiraban con fuerza para saber quién se quedaría con una parte. Para nada estaba de acuerdo en que estuviera normalizado por alguien. Tampoco le molestaba porque no le daba importancia, pero era incómodo.

Trataron de seguir la cena de la mejor manera posible. Catriona usó los cubiertos al igual que Frederick una vez que dejaron de lado la discusión entre tía y sobrino.

El ambiente después de cenar tampoco era amigable. El padre de Catriona se retiró a su habitación y la señorita Albright lo siguió para ayudarlo con lo que necesitara.

—Mi sirviente me ha avisado que el médico al que fue a buscar está en Edimburgo, pero pronto regresará. Es cuestión de unos días —comentó Frederick para que lo oyeran las personas que habían decidido quedarse en el salón. Como anfitrión, él no podía irse a dormir hasta que los demás decidieran hacerlo.

—Es una excelente noticia —replicó el duque—. ¿Qué te parece, Catriona?

—Quiero que mi padre se salve para quedarme en Escocia —respondió con sinceridad.

—Es un hecho, querida nieta mía, que si regresas aquí será con un esposo, puesto que tu padre dejará de ver por ti muy pronto. Creo que la señorita Albright es la responsable de eso.

—Es culpa suya que esa mujer engatusara a mi padre, no me ha educado como debería, porque se ocupaba de él —reprochó.

—Tal vez deba castigar a la señorita Albright o despedirla, pero eso le haría peor al decaído ánimo de tu progenitor. Considera la idea de tener una madrastra y una vida en Londres.

—No quiero una vida en Londres, ¿por qué despojarme de lo que amo? No tiene sentido.

—Puedo comprar tierras aquí y construir una casa decente para ti, pero no vendrás sin mí y menos siendo soltera. Los peligros abundan a cada paso. O es un esposo o soy yo. No creerás que somos eternos, ¿no es así? Ni tu padre, ni yo. Te sugiero que nos quites el mayor provecho posible.

—Hazle caso a tu abuelo, jovencita. Te falta mucho para intentar entrar al mercado matrimonial londinense. Primero deberías empezar por tus modales y después por tu ropa. Es soportable una mujer mal vestida, pero con buenos modales —opinó lady Kirby, mientras bebía su copa de oporto.

—A usted...

—Señorita Crawford, ¿le apetece algo de beber? —preguntó Frederick para impedir un enfrentamiento en el que solo Catriona quedaría mal.

—*Whisky*, por favor —contestó.

Con tranquilidad y sin dilación, él comenzó a servir una pequeña copa para ella. Los que estaban ahí querían opinar sobre los gustos de Catriona, pero la mirada de Frederick para todos ellos era de conciliación, nadie debía perder los estribos por un poco de alcohol.

Le pasó la copa y ella comenzó a beberla con tranquilidad.

—¡Fuego, fuego!

Unos gritos rompieron el silencio de la noche cuando los residentes bebían de sus respectivas copas.

El conde abandonó lo que estaba haciendo y fue hacia la puerta de acceso de su casa. Un sirviente iba corriendo hacia ahí. El duque y lord Kirby lo acompañaron por curiosidad, al igual que Catriona.

—¡Milord, milord! —gritó el sirviente—. ¡Hay fuego en los límites de la propiedad con los Murray! Si no hacemos algo el fuego quemará los bosques hasta llegar a las plantaciones.

—Ve a por Wolfie. Lleven palas y cuchillos muy afilados.

—Sí, milord.

—Frederick, es mejor que no vayas —recomendó lord Kirby, preocupado.

—Es solo un incendio, tío. Sé cómo controlar eso sin usar agua, es cuestión de cortar el camino con fuego controlado.

—Iré con usted. —Catriona se ofreció para ir.

—No irás a ningún lugar, Catriona —espetó su abuelo.

—No quiero que vaya, no es un asunto suyo, sino mío. Los Murray y yo empezaremos una guerra sin cuartel —sentenció el conde. Después se perdió en la oscuridad.

A Catriona solo le quedaba mirar cómo ellos se iban, después regresó al salón en el que se encontraba la tía de Frederick.

—Las damas no apagan los incendios, señorita Crawford —declaró lady Kirby—. Los hombres no quieren mujeres que se valgan por sí mismas, ellos quieren cuidarnos y no arrojarnos al abismo.

—Para mí lo importante es no molestar, milady, y ayudar.

—Se siente culpable porque en parte por su causa, él está metido en un lío con sus vecinos.

—¿Piensa que soy la culpable? ¿Sabe que su sobrino alberga en esta casa a la prometida de uno de esos salvajes? Arran Murray ya debe saberlo y no estará muy feliz.

—De ese embrollo puedo sacarlo yo si hace falta, pero a usted le recomiendo que se mantenga lejos de Frederick. No permitiré que lo encandile con su salvajismo. Él es un buen hombre que no merece que ninguna mujer sin educación quiera tratarlo mal. Por su bien, aléjese de mi sobrino, porque no cometerá el mismo error que su padre para casarse con una escocesa que solo lo avergonzará. Si algún día quiere casarse con alguien, arréglese y edúquese, solo de esa forma tal vez consiga que alguien de buenas intenciones se acerque a usted. En el estado en que se encuentra, solo espanta a los buenos y atrae a los malos.

La joven tomó su copa de un trago y luego se dirigió hacia las habitaciones. La mujer había sido lo suficientemente tajante para seguir peleando. Mientras más horas pasaban en esa casa, se daba cuenta de que Londres no sería un lugar para ella si no lograba camuflarse con el ambiente.

El conde había logrado mucho con la educación doble que había recibido, ¿por qué ella no podía pensar en algo bueno? ¿Por qué sufría por su propio temperamento?

Ella miró por la ventana y vio el humo blanco que se perdía entre las sombras. Estaba preocupada por lord Melbourne, él era tan valiente, humilde y considerado, que le hacía sentirse peor haberlo tratado mal. ¿Qué pasaba entre ella y ese hombre que hacía que pensara diferente y comenzara a considerar cosas que nunca se le hubieran ocurrido?

Después de un rato observando el sitio con preocupación, alguien golpeó la puerta.

—Adelante —dijo la joven para aprobar la entrada de la persona.

—Vine a arreglarla para dormir, señorita —manifestó Megan, la doncella.

—¿Milord no ha regresado? —curioseó Catriona para ver la reacción de la doncella.

—Me temo que no. Espero que esté bien y regrese pronto.

—Él me ha dicho que eres la prometida de Arran Murray.

Megan abrió sus grandes ojos azules con sorpresa. Ella creía que nadie sabía su secreto.

Ella vio que la mujer guardaba silencio, eso significaba que era cierto, pero que por alguna razón no quería mencionar el asunto.

—Creo que los Murray se han dado cuenta de su ausencia y saben quién es el que la está ocultando.

—Lord Melbourne ha sido generoso conmigo al darme cobijo. Él se ofreció a salvarme y no pude rechazarlo.

—Me avergüenza como mujer escocesa, ¿cómo es incapaz de defenderse?

—Se nota que no se ha cruzado con los tres a la vez...

—Los conozco y su hermana es mi mejor amiga.

—La vestiré y me iré.

—Está arriesgando a lord Melbourne —reprochó Catriona.

—Si a él no le importa, a usted menos debería importarle.

Si Catriona seguía por ese sendero, terminaría quitándole los ojos a esa mujer, pues no le importaba la seguridad de él, mientras Frederick arriesgaba su vida por una mujer hueca y estúpida.

Dejó que la doncella hiciera lo que debería y que después se retirara. Catriona podía jurar que esa joven no regresaría a su habitación para nada. De cierta manera le dejó claro que no la toleraría.

Pese a estar preparada para dormir, ella no quería hacerlo. No saber nada sobre Frederick le estaba haciendo mal, Catriona era parte del problema que estaba tratando de solucionar. Estaba ahí por seguridad.

Sin soportar lo que ocurría, salió de su habitación para recorrer el castillo. El lugar era oscuro y frío, pese a que tenían lámparas en todo el pasillo. Por no poder dormir parecía un alma penitente recorriendo por el sitio.

***

Frederick, Wolfie y los demás sirvientes trabajaron arduamente para apagar el fuego, que, si bien no había sido muy grande, era digno de atender.

A lo lejos ellos pidieron ver a tres hombres montados en sus caballos. Eso era lo que dejaba distinguir la luz de la fría noche escocesa.

—Son los Murray —comentó Wolfie.

—Lo sé. Hay que estar atentos a lo que pueden hacer. Este solo ha sido un aviso de lo que son capaces.

—Debe deshacerse de Megan.

—No puedo hacerlo, le prometí ayudarla.

—Puede ayudarla haciéndole saber a estas bestias que ella se ha ido de Escocia. Tiene otras propiedades, ¿por qué arriesgarse y arriesgar a los demás?

—De todos modos tendré otros inconvenientes porque la señorita Crawford rechazó a Lean Murray. Estoy sentenciado a enfrentarme a ellos. Puedo comprender a Lean, no es el único al que ella ha rechazado.

—¿Qué dice, milord? —inquirió su sirviente, confundido.

—A mí también me ha rechazado, pero no por eso estoy incendiando acres.

—¿Usted le propuso matrimonio a la salvaje?

—Sí, se lo propuse y no solo para ayudarla. Ella me gusta mucho, pero es mejor que lo olvide. No encajamos. No te preocupes, Wolfie, comienzo a acostumbrarme al rechazo. No me queda más que decidirme por alguna de las candidatas de mi tía, me queda conocerlas y solo escogeré a la que esté más interesada en mí. Las cosas no funcionan cuando yo las busco, es mejor que me busquen.

—Considero que usted ha desperdiciado muchas oportunidades de hacer valer su título. Debería señalar a una mujer y decirle que ella le pertenece y casarse.

—No es la costumbre, aunque quizá a estas alturas comience a funcionar algo similar. Es probable que copie un poco de los Murray.

—Eso no sería muy bueno, solo cosas honorables, milord.

—Así será, regresemos. Mis invitados ya debieron acostarse vestidos si te estaban esperando.

En la zona solo quedaron los guardianes de ese sector de la propiedad. Los Murray lo tenían entre ceja y ceja. No se detendrían por nada del mundo. Considerar la idea de enviar lejos a Megan debía ser una opción. Por Catriona ni siquiera debía preocuparse, ella se iría a Londres tarde o temprano, estaría salvada.

Al regresar a la residencia, Frederick fue quitándose parte de las prendas por el pasillo. Se sentía exhausto después de haber hecho lo necesario para que el fuego no se extendiera. Ese era uno de los momentos en los que le atacaba su inglés interior diciéndole que él no necesitaba pasar por todo eso. Podría estar en una de sus propiedades rurales de Inglaterra y ser feliz, o bien persiguiendo faldas de graciosas debutantes, aunque la mayoría le daban la impresión de que eran huecas y descocadas.

—Lord Melbourne...

La voz de Catriona lo sorprendió en medio de aquella penumbra.

—¿Necesita algo, señorita Crawford? —preguntó sorprendido.

—Quería saber si estaba bien. No me dejó ir con usted. Hubiera sido de ayuda...

—No debatiremos este asunto. Usted es una mujer. ¿Entiende? Las mujeres tienen otras funciones en la vida y una de ellas no es reemplazar al varón en sus obligaciones.

—Puede sacarme del bosque, pero no sacar el bosque de mí, lord Melbourne. Quería decirle que agradezco su intervención esta noche durante la cena.

—Es lo menos que podía hacer para evitar que usted y mi tía se cogieran de los pelos. La felicito por su buena acción de no dejar salir a la verdadera señorita Crawford.

Ella sonrió y se sonrojó, aunque eso no podía verse por la penumbra en la que estaban. Catriona quería acercarse; sin embargo, se había comportado mal con él.

Él la observaba con cierta curiosidad. Se veía dubitativa en sus movimientos. ¿Qué quería

decirle que no se animaba?

—Le invitaría una copa de *whisky*, pero es muy tarde y debería descansar —comentó el conde.

—Creo que sí necesito o el *whisky* o tal vez lo que eso pueda darme...

—No hace falta que beba para que le dé mis atenciones, las tiene de todos modos.

Capítulo 28

Catriona agachó la mirada y escuchó los pasos del conde hacia ella. Su corazón comenzó a latir desbocado. Cuando él estaba cerca, su cuerpo tenía reacciones que no había experimentado con anterioridad. Por más que quería alejarlo, algo dentro de su cuerpo le pedía que no lo hiciera, pues lo deseaba de una manera desconocida.

Al sentir que una de las manos de él se había colocado en su antebrazo, ella sintió que la piel se le había puesto de gallina. Sabía qué esperar y a la vez le asustaba, porque era prejuiciosa.

Al distinguir que Catriona estaba mansa como un gatito, se atrevió a acariciar su brazo. Eso podría ser la antesala a algo bueno o quizá a enfurecerla hasta que ella quisiera acabarlo. Prefería pensar en que le correspondería el acercamiento. Se estaba arriesgando, pero era porque, definitivamente, se había equivocado de camino otra vez y en esta ocasión era aún peor, ya que comenzaba a albergar sentimientos por la intrusa que entró a su propiedad a cazar. La joven hasta lo había rechazado, aunque consideraba que ella estaba muy confundida al conocer otras formas de vida.

Quería arriesgarse aún más al subir su otra mano hacia el rostro de ella para acariciarlo y así lo hizo sin impedimento alguno. Catriona seguía tranquila. Entonces, era tiempo de dar el siguiente paso: apoderarse de sus labios.

Sin mediar más palabras, los labios de ambos volvieron a unirse en armonía, era algo que ambos esperaban con ansias, pero que ninguno decía a viva voz.

Para Catriona eso era tocar el cielo con las manos. Se aferró al cuello de él para corresponder con ahínco. No podía dejar pasar esa valiosa oportunidad que la vida había puesto frente a ella. Abría su boca para recibirlo y se había dado cuenta de que eso le agradaba a Frederick, ya que se lo notaba entusiasmado por como comenzaba a acariciar su cintura. Apretaba el camisón de algodón como si quisiera rasgarlo y dejarla libre de él.

Cada vez era más atrevido. Con una mano apretó los senos de ella con fuerza. Frederick ya no quería ser un caballero, deseaba convertirse en un sinvergüenza para acostarse con Catriona sin remordimientos, pero quien no deseaba contraer matrimonio era la joven y no él. Estaría

contento de que lo aceptara, puesto que estaba a punto de arrojarse hacia los planes de su bien intencionada tía para casarse y dejar de lado el cumplimiento de una obligación tan difícil. Era una encomienda complicada encontrar a quién amar y que, sobre todo, devuelva ese amor de la misma forma. Si estaba dispuesto a casarse por necesidad de un heredero, lo estaba aún más con una por amor.

Sin soportar sus pensamientos y más sus impulsos, él acorraló a Catriona contra uno de los duros muros del castillo. Su cuerpo hacía movimientos rítmicos, como si quisiera tomarla ahí mismo; sin embargo, era peligroso, puesto que su tía era como un sabueso que haría lo que estaba a su alcance para alejarlo de Catriona.

—¿Su habitación o la mía? —preguntó apresurado y consumido por la pasión.

—La suya —escogió sin pensarlo mucho, ya que ni siquiera recordaba a qué altura del pasillo se encontraba.

Él la besó con fuerza y después la estiró para que lo siguiera hacia su habitación. Trataban de no hacer mucho ruido para no despertar a nadie.

La expectación estaba a punto de acabar con Catriona. No sabía lo que ocurriría en esa habitación, pero deseaba saberlo. Quizá en esta ocasión acabaran lo que habían empezado antes.

Al abrir la puerta, los besos entre ellos continuaban, hasta darse cuenta de que no estaban solos. Los dos se asustaron al ver a una figura en ese lugar.

Al percatarse de quién era la persona que estaba ahí se quedaron de piedra.

—Estaba preocupada por ti, Frederick, pero veo que tú no estás para nada mal —dijo su tía al verlo en una situación escandalosa con la nieta del duque—. Y usted, señorita Crawford, que de señorita tiene solo el título, debería estar durmiendo y no andando en transparencias por los rincones de esta casa. Tenga un poco de decoro. En esta ocasión no diré nada para no avergonzarla.

El conde se sentía tan frustrado por lo que ocurría que no había forma de que se pudiera recuperar de tal decepción con rapidez.

—Era mejor mi habitación... Buenas noches... —Catriona se retiró golpeando con fuerza la puerta contra el marco.

—Qué modales los de esa niña. Te estaba acompañando a tu habitación y de una manera escandalosa, como si fuera una sanguijuela colgándose de ti, Frederick. Las escocesas son unas mujerzuelas, tan fáciles que sin mucho esfuerzo ustedes pueden llevar a la cama. Es por eso que no dejo salir a lord Kirby sin mi supervisión.

—Por el amor de Dios, tía, ¿por qué estaba aquí? ¡Lo ha arruinado! ¡Lo arruinó! —reprochó enfadado.

—¿He arruinado tu locura? Gracias a Dios no diré nada, pero porque es inconveniente. Si de mí dependiera metería aquí a una mujer inglesa decente y la encerraría contigo. Me encargaría en persona de que se casaran. Sabes que me gusta orquestar matrimonios y más entre parejas que sé que van a funcionar. Esa mujer no está a tu altura, Frederick, ¿no lo entiendes? Debería ser un acto criminal que fijaras tus ojos en esa arpía.

—Ella es la mujer más honesta y sencilla que conozco, tal vez un poco tosca, grosera e incrédula, pero es lo que quiero.

—Haré como si nunca hubiera escuchado semejante disparate. Cariño mío, no quiero que cometas una tontería. Quisiera traer a Emma Malorie hasta aquí. Me atrevería a besarle los pies con tal de que no te intereses en esta mujer.

—Es un poco tarde para Emma. Me he dado cuenta de que ella solo era amable. Lo que siento por la señorita Crawford es una verdadera pasión que me volverá loco en poco tiempo si no consigo que se case conmigo.

—¡Dios! Casi son las mismas palabras que ha usado tu padre. Siento que volveré a vivir otro infierno separada de mi familia.

—No importa que sea igual a él. Agradezco su intención, tía, pero estoy interesado en Catriona —confesó—. Y sabe que no solo por un momento apasionado, la quiero como mi esposa. Sé que hay mujeres que usted cree que son mejores y tal vez sea de esa forma, pero mis deseos me llevan a ella.

—No me resigno a esta tontería, Frederick. Ella no se educará, no tiene intenciones de cambiar por ti. No te hará mejor, te convertirá en alguien peor. No construirá nada contigo, más bien te destruirá. ¿Es eso lo que esperas?

—No hace falta que la gente conozca a mi esposa. Ella puede seguir aquí, feliz.

—¿Y tus hijos? Tu heredero sin saber cómo comportarse o una hija salvaje que no puede comportarse. ¿Qué ejemplo recibirá de ustedes? Ambos, descarriados, viviendo del aire. Uno de ustedes debe ser quien piense las cosas. Se alejan o tú tomas las riendas del asunto y la sometes para que se convierta en una dama. Si ella puede hacerlo, no me enfadaré, es hija de mi gran amigo, pero si no cambia, convertiré su vida en un infierno y la tuya también. Estás advertido, Frederick.

La mujer salió de la habitación también dando un portazo, al igual que lo había hecho Catriona. Sin embargo, Frederick ya había decidido lo que quería, y él quería a Catriona. Su tía podía oponerse cuantas veces quisiera; no obstante, él sabía que tenía a la joven con gran interés, de no ser así se hubiera resistido a todo y no hubieran llegado siquiera hasta la habitación. Debieron consumar el hecho en los aposentos de ella.

Se quitó las prendas y se sentó en su lecho a meditar desnudo. Se había decidido a seguir detrás de Catriona hasta conseguir que ella le diera el sí a su propuesta de matrimonio. No perdía la esperanza de que eso ocurriera, pues la misma había avivado esa llama en él, por más que su tía tuviera razón en que debía educarse por lo que representaban sus negocios y el futuro de los hijos que pudieran tener.

***

En la habitación de Catriona, ella se sentía muy enfadada por la interrupción de la tía del conde. Esa mujer la odiaba, podía notarlo en sus ojos. Nunca permitiría que Frederick se acercara a alguien de su calaña. Debía admitir que no estaba a la altura de un hombre como Frederick y no solo por la educación, sino también en el aspecto moral. Él tenía un fuerte sentido de la justicia, en cambio, Catriona quería arrojar a la doncella a los brazos de Arran para que la hiciera pedazos solo por celos. ¿Celos por qué si a ella le había pedido matrimonio y como tonta había dicho que no?

¡Era una verdadera estúpida! En ese instante se daba cuenta de sus malas decisiones. Veía

la vida de otra manera después de descubrir que durante años había sido manipulada por su propio padre, que se había centrado en sus intereses personales más que en los de ella. Si él no hubiera sentido que la vida se le escurría entre los dedos, nunca sabría la verdad detrás del odio que había crecido en su corazón. Ella no había deseado odiar a nadie, pero asociaba a los ingleses con el abandono, pues pensaba que el duque no la había querido nunca, cuando la realidad era distinta. Por más que quisiera reprocharle algo a su progenitor, no podría.

Atravesó una dura etapa de no saber qué hacer con un bebé después de perder a su esposa y no tener dinero. Lo único malo que hizo fue mentir sobre la falta de afecto de su familia inglesa. Durante años estuvo metiéndole cosas en la cabeza, relacionando los años de batallas contra los ingleses con el abandono de ellos, como si nada bueno pudiera venir de aquellos, mas la vida le estaba demostrando que lo bueno comenzaba a venir por ese lado. Primero lord Melbourne y después su abuelo, que ayudaría con la salud del mismo hombre que había alejado a su nieta de él. Eso solo podía deberse al buen corazón del viejo aristócrata.

Después de despotricar a causa de no tener las atenciones del conde como deseaba, ella se quedó dormida.

Al día siguiente, la señorita Albright se encontraba llevando una jofaina para el padre de Catriona y vio a lady Kirby acercarse hasta ella.

—Usted debería estar pendiente de la criatura salvaje a la que tendría que educar. No he visto a una institutriz más desinteresada y mediocre.

—Buen día, milady. Disculpe que no la entienda. La señorita Crawford aprende a su manera y está progresando. No puede atacarme de esta forma sin conocer lo que he estado haciendo por ella. No conoce nada.

—Pues la mujerzuela escocesa se ha metido en la habitación de mi sobrino durante la noche. Dígame si eso es lo que le ha enseñado, porque los modales durante la cena estuvieron ausentes.

La señorita Albright ignoraba lo que decía lady Kirby. ¿Qué podría decir en su defensa?

—No la comprendo, pero conversaré con el duque sobre esto.

—Mejor háblelo con esa mujer cavernaria. Si esa jovencita quiere algo con Frederick o pasa por encima de mi cadáver y créame que tardaré mucho en morirme o se educa y la acepto. Mínimamente debe estar educada para no avergonzar a mi familia.

Tal como llegó lady Kirby continuó su camino dejando a la institutriz en la situación incómoda al tener que hablar sobre el asunto con la joven. Entró a la habitación del señor Crawford y dejó la jofaina. Después, se dirigió a la de Catriona. Ni siquiera golpeó la puerta, la abrió y la vio descansando plácidamente.

—Despierte, señorita Crawford —mandó la mujer que comenzó a zarandear el pie de Catriona.

—Mmm... —gruñó Catriona.

—No me gruña y despierte. Tiene algo que explicar.

—Arpía, quiero seguir durmiendo...

—No hasta que me diga si es cierto que estuvo en la habitación de lord Melbourne.

Ella abrió los ojos e incorporó la mitad de su cuerpo en la cama.

—Y si es así, ¿qué ocurre?

—Lady Kirby me ha dicho cosas muy malas y entre ellas que la desaprueba si no se educa. Si usted quiere algo con lord Melbourne, se educará o esa mujer traerá a otra que sí está educada para eso y se lo llevará.

Capítulo 29

—Pues cualquiera puede llevarse al tal lord Melbourne. No me interesa. Que vengan mil damas educadas y que cada una de ellas le arranque una parte del cuerpo —farfulló Catriona, enfadada. La tal lady Kirby comenzaba a ser una molestia y un dolor de cabeza.

—Si no le interesa lord Melbourne, ¿qué estaba haciendo en su habitación por la noche?

Ella prefería morderse la lengua antes que responder a esa pregunta.

—Es un invento de esa víbora, señorita Albright. Todas las inglesas mienten.

—Entonces empezamos por la primera inglesa mentirosa: usted. ¿Piensa que creo lo que dice? Es mejor que sea sincera conmigo. ¿Estuvo en la habitación del conde ayer por la noche?

Catriona colocó la almohada sobre su cabeza y se volvió a recostar en la cama.

—Sí, sí, estuve ahí —confesó.

—¡Ajá! ¡Lo sabía! ¿Con qué intenciones fue a su habitación?

—Tal vez con las mismas intenciones con las que usted entra a la habitación de mi padre.

—¿Quiere estar con lord Melbourne?

—¿Quiere estar con mi padre? —cuestionó la joven al notar la conclusión a la que había llegado la institutriz, significaba que eso era lo que ella deseaba con su padre.

—No es momento de hablar de eso. Conteste —ordenó—, pero hágalo con la verdad.

¿Y si hablaba de sentimientos con la señorita Albright? Estaba tan confundida que no sabía qué hacer. Sus prejuicios en lugar de ayudarla la hundían al juzgar al conde. Además, ya no podía ocultarlo, necesitaba un consejo.

—Sí quiero, pero...

—Pero ¿qué? —increpó la institutriz.

—No sé qué hacer. Me agrada, pero me desagrada, lo odio, pero me gusta... ¡Estoy confundida! Es un inglés, señorita Albright. No quiero cambiar mi vida y mi mundo por adaptarme al suyo, mas sé que si quiero estar a su lado, debo educarme.

La institutriz suavizó su rostro y se sentó en la cama cerca de ella.

—Cuando me preguntó por el enamoramiento se debía a esto. Lo había sospechado, pero me resistía a asegurarlo, pues odia a todos por igual, señorita Crawford, al menos a nosotros.

—Sé que la tal lady Kirby no me tolera y en parte tengo mucha culpa por comportarme de manera grosera. Es lo único que sé, señorita Albright. Mi padre no se ha esforzado en corregirme y yo tampoco he deseado que lo hiciera. Soy esto gracias a criarme con el objetivo de que no muriera, pero ¿y el resto?

—Supongo que ahora puede entender a su amiga. Ella entendió e identificó lo que no deseaba para su vida. Hablaré con el duque para que ella pueda acompañarnos a Londres, al menos acompañarlo a él y que por sus contactos pueda conseguirle un buen esposo. Es una joven bella e inteligente que no merece terminar con un sucio herrero. Hay mucho más allá de estas tierras. Usted tampoco merece un futuro como el que tendrá si continúa de esta manera, y lo peor no es ir mal casada, es perder a quien desea como esposo.

Esa reflexión que le había dejado la señorita Albright era muy real y le estaba haciendo pensar en si valía la pena perder al hombre que le gustaba por una tontería como desear ser grosera. La única beneficiada con la educación sería ella.

—Nunca pensé decir esto, pero necesito que me eduque si quiero tener a lord Melbourne. Sé que me ha propuesto matrimonio, pero su tía es importante para él y su opinión podría cambiar las cosas. No es suficiente con asegurar un matrimonio, si no puedo ser distinta, tarde o temprano él terminará alejándose de mí.

—Esa es la actitud, señorita Crawford. Haremos todo lo posible para que usted se convierta en lady Melbourne. Confío en que será muy feliz. Se nota que el conde ama Escocia y la tratará

como a una preciosa joya. Si usted quiere permanecer aquí, no creo que él se oponga, solo que debe comprender que tal como milord le dará todo, usted debe darle lo que requiera, y eso significa acompañarlo a Londres si se lo pide. El matrimonio es dar y recibir, no solo recibir.

—Espero que valga la pena y pueda hacerlo. No tengo gracia, no conozco a ninguna persona de la alta sociedad.

—Observe el comportamiento de lady Kirby. Es una mujer con mucha clase.

—¿Quiere que aprenda a ser arrogante y prepotente?

—Así son las damas de su clase. Hoy empezaremos con sus lecciones de etiqueta. Lady Kirby está muy enfadada porque usted no se comporta como debería. La dejaremos con la boca abierta.

—Espero dejarla con la quijada en el piso, solo por ser un reto quiero obtener su bendición. Si no hay nada que conquistar, al menos existirá un objetivo que alcanzar.

—Estoy muy entusiasmada, señorita Crawford. Conseguiremos que lord Melbourne le vuelva a proponer matrimonio y esta vez será con la aprobación de la vieja aristócrata.

Las dos mujeres comenzaron a sonreír. Por fin, Catriona tenía un objetivo fijo y ese era el de conseguir educarse para poder estar a la altura de lord Melbourne. Él no se lo estaba pidiendo, pero ella sabía lo que debía hacer si quería estar a su lado.

Consideraba que tenía suficientes indicios de que era al conde al que quería. A fin de cuentas, su encanto inglés pudo desmoronar los muros de Catriona. Desde un principio no se había rendido ante su comportamiento y sus ínfulas de troglodita. Pese a todo lo malo que ella representaba, él pudo ver algo bueno y siempre la trataba con respeto. Quería cuidarla y amarla, ¿por qué seguir rechazando una oferta como esa? En donde estaba y como se comportaba solo tendría a gente como Lean llevándole venados a su puerta, o si volvía a tener mala suerte, ella debía llevar el animal al hombro varias millas.

Debía comenzar a considerar qué ventajas tendría al ser la esposa de un conde.

La señorita Albright la ayudó a prepararse para que juntas pudieran comenzar su día. Con

entusiasmo como el nuevo sol de sus días, las dos fueron hacia el comedor, en donde encontraron a la señora Garwood y le pidieron que les preparara el desayuno, pero que lo comerían en un lugar privado del castillo.

El ama de llaves quedó un poco extrañada por el pedido de las mujeres, pero no preguntó ni se opuso. Después se lo diría al conde para saber si estaba informado sobre las actividades de esas mujeres.

Mientras Catriona y la institutriz comenzaban una educación exhaustiva antes de que fuera muy tarde, el resto de los habitantes de la casa fueron al comedor para desayunar.

El padre de Catriona estaba preocupado porque no había visto a la señorita Albright, que se encargaba de atenderlo cada vez que podía. También se dio cuenta de que Catriona tampoco estaba.

Frederick notó la ausencia de Catriona y no pudo evitar preguntarse en dónde se encontraba.

—Señora Garwood, ¿Megan fue a despertar a la señorita Crawford? —preguntó por si ella se había atrasado para el desayuno.

—La señorita Crawford desayunó temprano en compañía de la institutriz que vino con ellos, milord. Están en el salón del té que creó su padre.

—Gracias, señora Garwood.

—Esperemos que esas dos hagan algo útil. Octavio, la institutriz es más floja que un zapato grande. Deberías exigirle que esa jovencita se eduque. No es alguien eficiente si lleva aquí varias semanas y no ha logrado que Catriona coja un tenedor o una cuchara. Es horrible ser partícipe de una escena de la vida salvaje —habló lady Kirby refiriéndose a la noche anterior.

—Mi querida amiga, te aseguro que has vivido cosas peores que ver a mi nieta agarrar un faisán con las manos. Ten paciencia con ella. Falta poco para que tu sobrino decida que es la mujer de su vida, ¿no es así, lord Melbourne? —cuestionó el duque que llevaba en sus hombros los ánimos de hacerle una guerra de nervios a lady Kirby.

—¡Ja! ¿Bebiendo tan temprano, querido? Eso no pasará porque Frederick tiene gustos exquisitos.

Lo mejor que podía hacer Frederick era ignorar lo que decía su tía. Lo avergonzaba cada vez que lo defendía sin que necesitara defensa alguna. Él era un hombre de casi cuatro décadas.

—Pasemos al comedor... —pidió el conde a sus invitados.

Ellos seguían discutiendo por el asunto más absurdo del mundo. Definitivamente, él quería casarse con Catriona por más que las condiciones no se dieran en la forma en la que esperaba.

Después de terminar el desayuno, Frederick tomó el camino de la tranquilidad hacia su despacho. Pese a que tenía un par de pendientes que le había dejado el administrador para que se pusiera al día, él no parecía muy interesado en eso, ya que su mente estaba concentrada en Catriona y la segunda noche en la que no pudieron intimar. ¿Podría ser una señal de que no estarían juntos? No, no podía ser supersticioso. El único impedimento era la joven. ¿Cómo debía convencerla? Él suponía que había hecho lo correcto con ella para conquistarla. Fue un caballero, fue empático y un defensor abnegado. Suponía que su formación moral era correcta. Quizá le faltaran un par de cosas como ser más fino al hablar y comportarse mejor con otras personas inglesas. Debía ser más decoroso y no ofrecer *whisky* a mujeres. Nunca olvidaría que se lo ofreció a Emma y lo escupió. Golpeó con mucha fuerza su espalda para que ella no se ahogara. Fue el momento más vergonzoso de su vida, aunque quizá no tanto como cuando su comida escapó de su plato en plena cena frente a las damas y caballeros. Era mejor no buscar demasiado en su historial de vergüenza. Eso le pasaba por no convivir con gente de Londres y vivir bajo sus propias reglas y a sus anchas.

Se acercó a la ventana y miró hacia el laberinto, con la esperanza de ver a Catriona. ¿Sería posible que volviera a verla después?

—¡Milord! —exclamó Wolfie que entró a la estancia, apresurado.

—¿Qué ocurre, Wolfie? ¿Los Murray han vuelto a hacer de las suyas? —preguntó preocupado.

—No, milord. Es la señorita Crawford. Le ha pedido a su abuelo que la lleve al pueblo.

—¿Que la lleve al pueblo? No veo nada de malo ni espectacular en eso.

—Es que la señorita pidió que fueran para que compraran vestidos... ¡Vestidos ingleses!

El conde se sorprendió con lo que le contaba su criado. Tenía la boca abierta.

—¿Escuchaste bien, Wolfie?

—Sí, milord. No solo usted dudaba del pedido, sino también el duque. Los acompañaré al pueblo.

—Haces bien. Quiero que me cuentes todo lo que veas y escuches.

—Por supuesto, esa es la idea.

Frederick asintió. Quería saber a qué se debía el cambio de Catriona para desear un vestido de un día para el otro. ¿Qué la impulsó a tomar esa decisión?

***

El duque todavía no podía creer que Catriona hubiera pensado en usar prendas menos escocesas y optar por otras que representaran su lado inglés.

—¿Estás segura, Catriona? —curioseó su abuelo.

—Sí, ya lo he dicho muchas veces. Lo que trajo la señorita Albright no me queda. Se me ven los tobillos y me da frío.

—¿Puedo preguntar la razón?

—No creo que exista algo malo con que no quiera avergonzar a un duque. Sabe que para mí esto es difícil, abuelo. Mi padre ha sido artífice de nuestra separación y que yo no pudiera escoger qué querer y qué no. Dentro de mí tuve que hacer cambios y sacrificios.

—No lo haces solo por mí, ¿cierto?

—Hoy amaneció muy curioso. Tal vez usted no sea la única razón. Me ha hablado de Londres y creo que eso me alentó.

Su abuelo sospechaba que su repentino entusiasmo por lo inglés no se debía solo a que quisiera recuperar el tiempo perdido a su lado, sino que ella quería impresionar al conde siendo una mujer de la clase que quizá él estaba esperando. No obstante, Octavio aprendió a leer los movimientos de Frederick y concluyó que era una persona sencilla y honesta que trataba de encajar en dos lugares distintos, por lo que debía mostrar diferentes caras. Era lo mismo que le esperaba a Catriona. Él suponía que ese hombre era bueno para ella, podría ser el mejor ejemplo para equilibrar sus lados y desvanecer sus dudas.

Capítulo 30

Al llegar al pueblo, Catriona comenzó a arrepentirse de su decisión, sentía que ahí la verían como si fuera alguien ridícula y con poco gusto. Al menos eso creía que pensarían las personas que la conocían de toda la vida que la habían visto crecer y que sabían que no se había interesado en ser una dama.

Wolfie los llevó a la tienda de una mujer que acostumbraba a confeccionar las prendas de la madre del conde. Sin duda estaba preparada para atender a una mujer del porte de Catriona Crawford.

Dentro del lugar, tenía un par de vestidos colgados y, mientras que la señorita Albright y Catriona buscaban los que más podrían favorecerle a esa última, el duque y Wolfie se quedaron sentados esperando que ellas se decidieran.

La modista le quitaba medidas a las largas piernas de Catriona, al igual que le media el busto, los brazos y el ancho de su espalda. Ella era una mujer bella, aunque un poco más grande que la mayoría, ya que pertenecía a una familia de personas altas y su abuelo no era la excepción, también tenía una gran altura.

—Quédese quieta, señorita, no me deja seguir midiendo. Necesito sus medidas para hacerle sus otros vestidos. Ahora llevará solo tres a los que le haré un par de ajustes para que cubran sus tobillos —dijo la modista.

—Usted trata de matarme con esa cosa que tiene en la mano y que parece una serpiente —masculló la joven, pues la mujer le apretaba todos los lugares por los que recorría.

—Señorita Crawford, las damas no se quejan de todo lo que les pasa. Puede contarle esta experiencia a lord Melbourne para entretenerlo un poco con sus peripecias femeninas. Los caballeros se alientan con esas cosas.

—Quiero sorprender a lord Melbourne vestida como una dama. Es por eso que estoy haciendo este esfuerzo.

—Milord lo recibirá de buen grado... Señora, no olvide los pañuelos y un ridículo —pidió la institutriz.

—¿Pañuelos? No voy a sacar mis flemas frente a él, usted me ha dicho que es de mal gusto.

—No es para eso, señorita Crawford, es para que practiquemos. Usted arroja accidentalmente su pañuelo, milord lo recoge, sube la mirada hacia sus ojos y lo cautiva. Son pequeñas sutilezas que no puede dejar de practicar. Sé que entrar a su habitación es más rápido, pero las damas no hacen esas cosas. Debe ser prudente y paciente, no dejarse llevar por las apasionadas sensaciones que pueda despertar ese hombre en usted. Sé que es muy atractivo y difícil de resistirse; sin embargo, debe poner un poco de dificultad a la situación.

—Ni siquiera puedo deletrear dificultad, señorita Albright, y me pide resistencia. Es como pedirle peras al manzano.

—Lo sé, aunque estoy apelando a su lado más racional, el que está muy escondido detrás de todo lo salvaje que es. Hay veces que piensa con lógica.

—Hay veces que no hace falta ser inteligentes para saber lo que ocurre...

La señorita Albright aún no podía cantar victoria con Catriona, pues, pese a que ella estaba dispuesta a educarse, en ocasiones se le olvidaba su decisión o renegaba de ella. Esa mañana ella había puesto toda su atención en el aprendizaje. Desde que la conoció no la había visto tan interesada en algo distinto a salir de su casa con su arco y sus flechas. Por el momento estaba dejando de lado su verdadera personalidad para poder enfocarse en lo que le importaba, que era el conde.

Después de que Catriona sintiera que la mujer de la tienda la torturó, pudieron salir de ahí. Llevaba varias cajas con vestidos y accesorios. El pobre sirviente del duque cargaba con todo hacia el carruaje.

Cuando estaban por subir, Catriona vio a Lean Murray acercándose hasta ella, seguido por su hermano menor. La institutriz se había puesto como un gato al ver al hombre, puesto que no le agradaba para nada.

—Catriona —espetó Lean al verla salir de la modista con muchas cosas para subir a un

carruaje.

—¿Qué quieres, Lean? Sabes que no me interesa conversar contigo y menos después de que dejaras ese venado para que yo lo llevara a mi casa —farfulló sin mirarlo.

—Tú podías llevártelo, para eso eres fuerte, además, me rechazaste. ¿Has recapacitado?

—Disculpe, señor, pero mi nieta no tiene nada que recapacitar —interrumpió el duque.

—¿Y este viejo? ¿Quién le ha pedido su intervención? —increpó Lean.

—Deje que solucione este inconveniente, abuelo. Lean, no he reconsiderado nada. No me interesa casarme contigo y menos para que me trates como una yegua de carga, soy una dama, la nieta de un duque y no permitiré que intentes menospreciar mi valía con tu comportamiento —habló dejando boquiabierta a su institutriz.

Lean también quedó sorprendido, pero no por las mismas razones que la señorita Albright.

—¿Qué dijiste? No entendí una sola palabra de lo que has dicho. ¿Qué tengo que entender?

—Que eres un cavernícola y no quiero que me traten como un animal, quiero que me traten bien y tú no lo harás. Aparte de eso hueles muy mal.

A Lean no le importaba lo que había dicho Catriona. Él la quería y la tendría, entonces, la cogió del brazo y la arrimó a él, pero Wolfie dejó a un lado las cajas y le colocó un arma en la frente a Lean.

—La señorita Crawford ha dicho que usted no le interesa. Puedo explicárselo de otra manera si no lo entiende —advirtió.

Catriona empujó a Lean para que Wolfie se encargara.

—Estás advertida, Catriona. Mándale mis saludos a tu padre, le haré una visita para conversar... —dijo con jocosidad antes de irse, aunque no sin mirar con odio a Wolfie.

—Oh, huele a perro muerto —comentó el duque que quitó su pañuelo para cubrir su nariz.

En verdad los Murray tenían un olor un tanto peculiar.

—Puedo jurar que comen carroña, excelencia. La felicito, señorita Crawford, se ha enfrentado a ese rufián de la mejor manera —musitó la institutriz.

—Lo hubiera golpeado con mis puños, pero no es lo que debo hacer porque quiero ser una dama. Esto comienza a molestarme. ¿Escucharon la amenaza que hizo? Me preocupa la seguridad de mi padre.

—No te preocupes por él, Catriona, está en el castillo. Es un lugar muy seguro, el conde no ha escatimado en que ese sitio sea una fortaleza —aseguró su abuelo.

—Milord no dejará que ocurra algo que pueda dañarla, señorita Crawford. Se enfrentará a quien sea para que las cosas sean justas —alegó Wolfie para tranquilizar a la joven. Al parecer para ella su única debilidad era su padre.

Con lo que le habían dicho, Catriona logró tranquilizarse un poco más. No le temía a Lean, aunque si los tres Murray se cruzaban en su camino, las cosas serían más difíciles.

—Suban al carruaje —pidió Wolfie que miró hacia un costado y vio a Arran Murray golpeando todo lo que veía a su alrededor. Era probable que estuviera odiando al conde por esconder a su prometida o quizá pensara de manera retorcida creyendo que Megan se acostaba con aquel.

Se dispusieron a regresar al castillo para estar más seguros. Las salidas al pueblo debían ser contadas.

—Considero que ir a Inglaterra es lo mejor que podríamos hacer. Estas tierras son peligrosas para ti, Catriona. Sabes que tu padre tiene un lugar en mi casa sin duda alguna. Él irá a donde tú vayas —concedió el duque.

—Sé que mi padre se ha portado mal y me sorprende que usted tenga tanta buena voluntad con él. Debería odiarlo.

—¿Para qué? Sé que en algún momento te acostumbrarás a mí, al menos es lo que espero antes de morir. Verte convertida en una dama es mi anhelo y que te cases es mi sueño. Una vez

que cumpla con eso, puedo esperar la muerte tranquilamente. También quiero que conozcas a tu madre. Su cuadro está en mi residencia, esperando a que tus ojos lo puedan ver.

No conoció a su madre y trató de que durante su vida eso no le afectara; sin embargo, debía admitir que sentía curiosidad por ver cómo era. No eran suficientes las descripciones, ella quería que sus ojos experimentaran, ya no quería imaginarla.

Una vez en el castillo, Wolfie ayudó a bajar las compras y llevarlas a la habitación de Catriona, en donde la señorita Albright se encargaría de que todo estuviera bien puesto en el armario. Luego, el sirviente fue a la habitación del conde y golpeó la puerta para entrar.

—Adelante —pronunció Frederick.

—Disculpe, milord. Solo venía a informarle que hemos regresado y que han ocurrido algunas cosas.

—¿Qué cosas, Wolfie?

—Los Murray...

—¿Qué han hecho esta vez?

—Nos han visto en el pueblo y se acercaron a la señorita Crawford.

—¿Ella está bien?

—Sí, milord. Supongo que quizá un poco dolorida porque la agarró, pero le advertí que se alejara y tuvo que hacerlo. No le gusta que le apunten con un arma. Ese tal Lean es un ignorante.

—Todos en esa familia lo son. Lamento que la amiga de la joven sea hermana de esas bestias. La pobre no tiene la culpa de haber nacido en un nido de buitres.

—La señorita Crawford ha comprado vestidos muy hermosos. Creo que ella ha pensado en la idea de agradarlo.

—Es probable. Anoche estuve a punto de tenerla en mis brazos, pero mi tía tenía el gran

plan de arruinar mi cansada noche. Nos descubrió y frustró lo bueno que teníamos. No veo a la señorita Crawford desde la mañana.

—Es una lástima, milord. Tal vez más adelante. También vi a Arran Murray, creo que estaba ebrio. No debe estar muy feliz al perder a su prometida. Déjeme aconsejarlo, debe deshacerse de Megan, le traerá problemas, y ya tiene uno con el Murray que persigue a la señorita Crawford. No le digo que envíe a la joven a los brazos de esos bárbaros, sino que tiene que llevarla a otro lugar.

—Lo he considerado, tengo suficientes problemas como para seguir con uno más. Tienes razón, Wolfie, aunque ahora mi prioridad es conseguir desposar a la señorita Crawford.

—Presiento que está muy cerca de eso.

Frederick esperaba que así fuera. No quería seguir preocupado por los Murray, pero había ganado ese problema por meterse en asuntos ajenos. Después de salir de esto juraba no volver a involucrarse con nadie. Su pacífica y solitaria vida se vio alterada por muchas cosas de un tiempo a esta parte. Lo único que deseaba de todos los problemas adquiridos era tener a su esposa.

Pese a que Wolfie le había dicho que Catriona estaba bien, él no estaba muy seguro de eso, necesitaba verla y cerciorarse. Esperar hasta la noche no era una opción. Salió de su habitación y fue hasta la de ella. Cuando estuvo a punto de golpear, la institutriz abrió la puerta.

—Milord, ¿se le ofrece algo? —preguntó la mujer.

—Sí, quisiera hablar con su pupila.

—La señorita Crawford está descansando. La verá por la noche.

—¿No está adolorida por el encuentro con Lean Murray?

—La señorita Crawford tiene la piel de un caimán, milord. No debe preocuparse por ella.

—Está bien, la veré más tarde.

La señorita Albright cerró la puerta para despedir al duque. Al darse la vuelta para ver a Catriona, ella se encontraba ahí con los brazos cruzados, viéndola con su mirada acusatoria.

—¿Desde cuándo una dama tiene piel de caimán? Se suponía que debía decirle que tal vez me quedó una marca en el cuerpo para que supiera que soy una inútil que necesita que la cuiden.

—Usted es un caimán que quiere ser una dama. A las cosas hay que llamarlas por su nombre, pero en esta ocasión tiene razón. Lo que hará en la noche es quejarse un poco, fingiendo una molestia en el lugar en el que puso sus garras ese hombre. Así lo tendrá comiendo de su mano toda la noche. De ahora en más aprenderá las sutilezas y dejará de ofrecerse, eso significa que, si quiere besarla, usted se negará o le ofrecerá su mano para que la bese.

—¿Es necesario eso? Espero que el sacrificio valga la pena. No me imaginé hacer esto por un hombre, pero al parecer he encontrado a la horma de mi zapato.

Capítulo 31

Catriona pidió que solo la institutriz la ayudara y que Megan no fuera a su habitación. A ella no le agradaba la joven, pues sentía un poco de celos. Sabía que el conde había sido demasiado generoso y tal como la misma Catriona estaba interesada en alcanzar su atención, esa joven también podría estar haciéndolo. Suponía que ella tenía ventajas, puesto que era nieta de alguien importante y le había propuesto matrimonio, algo que absurdamente rechazó por prejuiciosa.

—Se ve estupenda, señorita Crawford —halagó la institutriz que la había arreglado y también tuvo que cortarle un poco el cabello para que este dejara de enredarse tanto—. Solo le faltan joyas, pero haremos que milord se las compre. Los hombres aman regalar joyas.

—No me imagino con joyas, de hecho, nunca me he visto en un espejo por tanto tiempo, ni siquiera para trenzar mi cabello.

—Las joyas se le verán hermosas. Después debería considerar la idea de pedirle más cosas.

—Con suerte y si tengo paciencia no me arrojaré a pedirle matrimonio, señorita Albright. Pide mucho y sabe que soy una persona limitada.

—El límite está en su cabeza. Usted es capaz de lograr hazañas. Obsérvese con atención, esto no es un milagro, es una hazaña. Es imposible que cualquier caballero se resista a su encanto. Su cabello es tan hermoso que contrasta con su piel y sus ojos verdes.

—Veremos si resulta lo que usted piensa, señorita Albright...

Cuando le avisaron que la cena se serviría pronto, Catriona supo que era el momento de mostrarse como lo que en ese entonces necesitaba ser: una dama.

Ella fue hacia las escaleras para dirigirse al salón. Suponía que la esperaban en el comedor; sin embargo, cuando bajó, vio a todos ahí. Por un instante su corazón se detuvo, mas después tragó saliva. Estaba dando un paso importante hacia el cambio de su vida.

Al escuchar un sonido que venía de las escaleras, Frederick levantó la mirada y vio por ahí a una preciosa mujer, parecía tan delicada y frágil que le arrebató el aliento. Solo el color de su cabello había delatado a Catriona Crawford. No parecía la misma de siempre. Ella era única, bella, sencilla y capaz de iluminar un recinto con su sola presencia. ¿Sería posible que estuviera intentando ser una dama para poder conquistarlo? Eso no hacía falta, él ya estaba conquistado por su mirada, tal vez desde el primer encuentro.

Los demás acompañantes de Frederick tampoco podían creer lo que veían. Esa no parecía ser la bruja salvaje del bosque que todos conocieron, incluso el mismo padre de Catriona. Lady Kirby era la más sorprendida con el potencial de Catriona. Tal vez de algo le había servido amenazarla. Solo faltaba ver cómo se desempeñaba en la mesa y en una conversación. Si ella pasaba esas pruebas quizá la aceptara, debía ver sus avances para asegurar que no dejaría en vergüenza a Frederick en Londres.

La joven infló el pecho y comenzó su caminata hacia el resto de las personas de la casa. Se acercó a Frederick y practicó una graciosa reverencia para él y los demás.

—Buenas noches... —pronunció. Esperaba haber hecho bien aquello, pues le dolían las rodillas por tanta práctica. Le había dado la mano a la señorita Albright y ella le había cogido del pie.

—Buenas noches, señorita Crawford —replicó el conde con dificultad para articular las palabras. Estaba demasiado sorprendido con lo que veía.

—Creí que todos estarían en el comedor... —comentó Catriona mirando a los demás.

—Estábamos en eso, querida —habló su abuelo—. Ahora que estás aquí podemos ir. ¿Puede acompañar a mi nieta, lord Melbourne?

—Mmm... Por supuesto, excelencia.

Frederick le mostró el antebrazo a Catriona para que lo cogiera y pudieran ir juntos.

Ella lo tomó y ambos partieron rumbo al comedor. Sin querer ambos se miraron directamente a los ojos. Para Catriona aquel instante era épico y diferente a cualquier otro que vivía con él, porque notaba un brillo distinto en su mirada.

—Es usted muy bella, señorita Crawford —musitó Frederick, cohibido por sus propios pensamientos.

—Gracias, milord. —La señorita Albright le dijo que después de que alguien la halagara, ella debía corresponder con un agradecimiento y luego comenzar una conversación trivial—. Sé que hoy fue a mi habitación...

—Es cierto. Quería saber si estaba bien. Wolfie me dijo que se encontraron con Lean Murray.

—Lastimosamente sí. Todavía me duele el brazo del que me agarró.

El conde cerró su mano. Quería golpear a ese hombre por haber tocado a Catriona. Era un desgraciado. No se librarían de él con facilidad.

—Canalla —masculló entre dientes—. Si hubiera estado ahí, le hubiera cerrado el hocico de un puñetazo.

—Lo sé, pero su sirviente fue quien nos ayudó. Lean está equivocado si piensa que me tendrá. Sé que estamos seguros aquí. Él insinuó que quería darle sus saludos a mi padre, pero sabe que está enfermo, lo ve como alguien débil, a quien puede derrotar con un zarpazo.

—No lo permitiré. Si hace falta partiremos a Londres, pero a usted no la tocará nadie, se lo prometo.

—Sé que usted es muy valiente, no dudo de sus buenas intenciones...

Detrás de ellos iban el duque, el padre de Catriona y lord y lady Kirby.

—¿Por qué no arrojas a tu nieta a la cama de mi sobrino, Octavio? Solo eso faltaba en tu pedido —reprendió lady Kirby.

—Son jóvenes y deben ir juntos. ¿Qué querrían con nosotros? Somos adefesios. Además, el conde está bastante mayor para seguir perdiendo el tiempo. Catriona se ha puesto como una dama para él.

—No sabemos si podrá coger unos cubiertos. No dudo que termine clavándose el cuchillo en la mano o en la cara. Es una bestia con ropa fina, querido, aunque rescato que quiera cambiar, eso significa que entiende lo que le queremos decir. Puedo parecer cruel, pero si digo lo que pienso es por su bien, y aún más por el de Frederick.

—Ya, mujer, nadie puede darte el gusto. Primero porque huele a jabalí y ahora porque se viste como dama y a ti se te antoja decir que no le irá bien. Es suficiente de tanta negatividad —gruñó lord Kirby.

—A ti no puedo hacerte caso, tú solo has venido a comer, beber y dormir, tu sobrino no te importa.

—Claro que me importa, pero él es suficientemente consciente de lo que puede hacer, soy un viejo y no pienso influenciarlo. Estoy cansado, tengo hambre, sed y sueño.

Con eso, lord Kirby logró cerrar la boca de su esposa, al menos por lo que duraría la cena.

Se sentaron para degustar la cena. Los nervios invadieron a Catriona al darse cuenta de que debía usar cubiertos. Era cierto que la señorita Albright le había enseñado a usarlos, pero no sabía si había recibido suficiente instrucción. Haría lo que pudiera para no pasar vergüenza.

Pese a su mejor intento no todo salió como esperaba, su cuchillo había salido volando al menos en dos ocasiones y la servidumbre le debía proporcionar otro. Aunque la señorita Albright asentía ante lo que hacía, Catriona creía que no estaba resultando su plan, ya que notó cierta burla en Megan, la doncella. Las burlas de lady Kirby eran algo que esperaba, no había dicho nada, pero podía leer en sus ojos que por dentro se revolcaba de risa.

Frederick no podía burlarse de la poca habilidad de Catriona. Ella estaba haciendo lo posible por ser una dama y eso era lo que valoraba. Tampoco él era el ser humano más hábil, a él se le iban corriendo los animales en la mesa, ni siquiera podía señalarla con el dedo.

Después de acabar la cena, fueron al salón. Catriona que llevaba un abanico, intentó hacerlo con gracia para mirar a lord Melbourne que conversaba con los demás caballeros, mientras su padre se había ido a descansar. A ella solo le quedaba conversar con lady Kirby, a la vez que debía practicar la coquetería para conseguir esposo.

—Me sorprende que de la noche a la mañana usted se decidiera a ser una dama respetable. De mujerzuela a dama. Ese es un gran paso —escupió lady Kirby.

—Estoy tomando el camino difícil, milady. Puedo chasquear los dedos y tener a lord Melbourne en la palma de mi mano y con una mirada lograr que me pida matrimonio otra vez. ¿Sabe que me ha pedido matrimonio?

—Supe sobre ese desliz de Frederick, pero agradezco a su vasta inteligencia para haberlo rechazado y no condenarlo a la vergüenza social.

Catriona aún no contaba con las armas necesarias para enfrentarse la lengua áspera de lady Kirby. Esa mujer le ganaba por mucho, ya que era una mujer vieja y experta en varios ámbitos.

—A milord le encantaría ser avergonzado por mí, de hecho, ni le importa. Es un hombre humilde y sencillo pese a todo lo que le rodea. No es engreído ni petulante.

—Por supuesto, no es como usted. Puede intentar engañarlo y embaucar a todos los presentes, pero no a mí. Para que la apruebe todavía debe pasar muchas pruebas, señorita Crawford.

—¿Usted sabe que quien debe aprobarme es el conde?

—Él hará lo más conveniente. Siga siendo una salvaje y lo perderá, compórtese como una dama dócil y obediente y tal vez no le diga adiós a mi queridísimo sobrino.

Ella dejó de mirar a lady Kirby para concentrarse en Frederick. Quería que la mirara a los ojos. Agitó con delicadeza su abanico esperando con lo que la señorita Albright llamaba paciencia.

Entre su conversación y sus tragos de *whisky*, el conde observó de reojo a la Catriona. Sus ojos verdes y seductores lo llamaban y él no sabía con qué objetivo, tal vez esperaba una copa de *whisky*.

—Disculpen un momento —pronunció Frederick que se alejó de lord Kirby y del duque. Ambos discutían sobre la cámara de lores, y no quería interrumpir en algo que era de difícil

comprensión.

Se acercó a Catriona con la mirada encendida de manera juguetona, al menos hasta que vio a su tía con una ceja levantada, casi exigiéndole que se retirara.

—¿No le apetece un poco de *whisky*, señorita Crawford? —preguntó Frederick.

—Milord, las damas no bebemos *whisky*, ¿no le importaría darme una copa de oporto?

La joven ni siquiera sabía con certeza lo que era el oporto. La institutriz le había dicho que, si le ofrecían alguna clase de alcohol, ella eligiera el oporto.

Él cogió la campanilla y la agitó para que alguien se acercara y poder darle la orden para servir.

—¿Y a mí no piensas ofrecerme nada, Frederick? —increpó su tía—. Tu comportamiento es reprochable, ¿cómo te olvidas de tu tía y para colmo le ofreces *whisky* a una mujer?

—Tía, sé que la señorita Crawford toma *whisky* y le gusta, por eso se lo ofrecí. Además, puede entrar cuando quiera a mis reservas y sacar las que guste.

—Qué osado, Frederick. Es la última vez que invitas a *whisky* a una joven.

Ninguno de los dos podía hacer nada contra la presencia de lady Kirby. Al parecer una dama estaba destinada a permanecer siempre en compañía de otra mujer. Ella estaba separada de los caballeros y eso no era divertido. Catriona se aburría y Frederick quería raspar el techo por estar a su lado.

Ese día había sido el principio del largo camino a ser una dama. A medida que pasaban las semanas, Catriona perfeccionaba sus recientes habilidades adquiridas, había dejado de lado el arco y las flechas para dedicarse a aprender el pianoforte. No solo ella se había dado cuenta de que no servía para eso, también el mismo conde, la institutriz y el resto de las personas.

Su vida estaba llena de vestidos, sombreros, listones y zapatos elegantes, pero Catriona aún no había conseguido estar a solas con lord Melbourne y eso estaba a punto de enloquecerla.

No obstante, para Frederick las cosas se habían complicado bastante en Escocia. Los Murray habían enviado una misiva para que devolviera a Megan y si no lo hacía, quemarían más tierras suyas. Para ese entonces, él ya había decidido enviar a la joven a Inglaterra, proponerle a sus visitantes regresar a ese lugar y desposar a Catriona. Esas tres cosas tenía pendientes hacer.

Para él era importante dar el paso con Catriona, pues faltaba poco para que también le exigieran una devolución. Quizá aquellos cabezas de mono aún no se dieran cuenta de que ella llevaba dos semanas en la propiedad. Ese tiempo era maravilloso y satisfactorio al poder ver que Catriona pasaba de oruga a mariposa. A Frederick se le hacía insoportable la idea de perderla y deseaba que estuvieran juntos pronto. Su tía aún seguía con poco ánimo de apoyarlo con ella, pero le daba igual, la necesitaba a su lado.

Capítulo 32

Por más que Frederick acumulaba problemas en su vida, había considerado la idea de ser aún más caballeroso con Catriona. Ella era esplendorosa con su cálida belleza; sin embargo, le faltaban algunas joyas.

Sabía que en el pueblo vivía un joyero, podía comprarle unas para que tuviera su propio juego de alhajas. Él podría ahorrarse unas monedas con las que pertenecieron a su madre; no obstante, como estaban relacionadas al título y ella lo había rechazado en un primer momento como su esposa, no podía otorgarle nada de ese joyero. Lo mejor era que le consiguiera algo propio. Además, eso tal vez la alentara a seguir adelante con su progreso.

Entendía que para ella ceder y dejar de lado lo que sentía era duro, pero Catriona era inteligente, comprendía que, si iba a Londres, no podría pasar su tiempo con groserías. No podía luchar contra el enemigo de las buenas costumbres, por eso debía unirse a él. A Frederick le gustaba en todos sus estados, como una ferviente escocesa y también como una delicada flor inglesa.

Frederick dejó a Wolfie como encargado de la seguridad de sus invitados y él salió de la propiedad temprano en la mañana. Tenía un objetivo fijo en mente.

Catriona despertó con la nariz de la señorita Albright pegada a su nuca. Esa mujer estaba tan entusiasmada por convertirla en una dama que no podía ocultarlo.

—Es hora de despertar, señorita Crawford —comunicó la mujer, sonriente—. El día está frío, pero usted con todo su encanto lo hará cálido.

Se tapó el rostro con la manta y se quedó inmóvil en la cama.

—No quiero levantarme. No he conseguido nada con lord Melbourne, más bien parece que lo estoy aburriendo con mis modales. Señorita Albright, sepa que me aburro como no tiene idea cada noche en la que tengo que permanecer junto a la antigüedad londinense —se quejó.

—Supongo que se refiere a lady Kirby. Ella la está aceptando, usted es una excelente

pupila. La comida cada vez está más lenta para escapar de su plato. Está a un paso de ser la condesa de Melbourne.

—Lo que seré es la condesa del aburrimiento. ¿Sabe lo que haré? Le arrojaré el maldito pañuelo al conde y le diré que lamento haberle dicho que no. Es de sabios admitir los errores, ¿cierto?

—Usted no hará eso. Las damas no proponen matrimonio. Tenga paciencia. Está construyendo una nueva identidad, que no la carcoma la vieja señorita Crawford, esa que parecía escupir espuma cuando le hablaban.

La joven tuvo que sacar la cabeza de entre la manta. No tenía otra salida. El problema era que necesitaba algo que la apasionara, que la llenara de vitalidad como antes. Quería ir al monte, no pensar en nada y sentirse útil. Deseaba cruzar miradas más insolentes con lord Melbourne. La coquetería era algo que requería de mucha paciencia y ella carecía de eso, por tal motivo, comenzaba a desesperarse ante la supuesta falta de resultados. Catriona imaginaba que a esas alturas el conde ya hubiera reiterado su propuesta.

Mientras ella se comportaba como una dama recatada, la doncella paseaba por la casa con un escote que podría volver ciego a cualquiera. Esa mujer se desvivía por las atenciones de lord Melbourne. Lo miraba como ella lo hacía: con deseo de poseerlo. Consideraba que como la joven salvaje que el conde conoció, ella ya hubiera conseguido la propuesta, porque lo exigiría y diría de frente que Megan le parecía una arpía y que lo mejor era arrojarla al territorio de los Murray. Tal vez fueran sus celos y quizá resultara hasta absurdo, pero lo que sí sabía era que por nada del mundo compartiría a ese hombre.

El conde regresó para el almuerzo. En el salón encontró a su tía y a lord Kirby jugando al ajedrez junto a la chimenea y el duque descansaba en un sillón cerca de ellos. Él quería encontrar a Catriona, por lo que fue hacia el salón de té en donde pasaba la mayor parte del tiempo con la institutriz.

Abrió la puerta sin tocar y la encontró con la cabeza recostada sobre un libro.

—Señorita Crawford... —pronunció.

Ella se sobresaltó pensando que era la señorita Crawford que fue a la cocina para buscar

unas masas para motivarla.

—¡Milord! —exclamó con cierta emoción en sus palabras. Lo más emocionante de todo era que estaban ahí, solos.

—Lamento asustarla. Quería decirle que le he comprado un presente...

—¿Un presente para mí? Nadie me había comprado algo antes...

Se sonrojó al enseñarle una bolsa de terciopelo a Catriona, y no se trataba de una bolsa pequeña.

—¿Qué es? —preguntó estirando el brazo para cogerlo.

—Véalo...

Metió la mano en la bolsa y lo primero que sacó fue una gruesa gargantilla de rubíes y diamantes. Ella ni siquiera sabía lo que era, solo que se veía hermoso. Siguió hurgando y encontró pendientes a juego, un broche, una pulsera y otro collar con su conjunto.

Estaba impresionada por lo que veía y más porque nunca había creído que mirar unas joyas le resultara tan placentero. Al parecer le agradaban las excentricidades inglesas, o tal vez lo que más le gustaba era quién le había dado el presente.

—Es para que lo use siempre que lo desee —alegó el conde ante el silencio de Catriona.

—Milord... —Ella deseaba estallar de emoción, pero no por las joyas, sino por tenerlo ahí. ¿Cómo haría para acercarse a él sin perder todo el esfuerzo que había hecho para parecer un poco recatada?—. ¿Podría colocarme el collar?

Eso podía ser hasta atrevido; sin embargo, necesitaba contacto real o se desmayaría de tristeza.

—Por supuesto —respondió Frederick, encantado con la idea del acercamiento.

Frederick cogió el collar de rubíes y a Catriona le hizo un gesto para que ella le diera la

espalda. Cuando manipulaba la joya, él aprovechaba para acariciar accidentalmente la piel de la joven, que ante cualquier contacto parecía temblar.

No podía seguir tolerando aquellas caricias. Debía hacer algo para poder tener a Frederick a solas en un lugar más privado.

—Milord —habló con la voz cortada por el deseo—, espéreme esta noche en su habitación.

—¿No prefiere que vaya a la suya?

—No, milord. La arpía... ¡No! La señorita Albright está pegada a mí como la suciedad a un cerdo. Lo mejor es que vaya a la hora que pueda, le pido que esté atento.

—La estaré esperando con muchas ansias de que conversemos... —Frederick deslizó sus dedos por el cuello de Catriona y esta casi termina desmayada por las sensaciones que recorrían su cuerpo. Era insoportable tenerla ahí y que no pudieran al menos besarse.

—Le traigo... —La señorita Albright entró al salón y encontró al conde acariciando a su pupila. Eso la ponía contenta porque existía interés de parte del hombre, pero debía reprender a Catriona por su comportamiento desobediente.

Al ver a la institutriz, Catriona se alejó del conde como si fuera un felino.

—Mire lo que ha traído el conde para mí —dijo la joven dirigiéndose a la señorita Albright.

—Veo que tiene una hermosa gargantilla en su cuello, señorita Crawford.

—Consideré que las joyas podían acrecentar la confianza de la señorita Crawford, aunque tal vez me equivoqué, puesto que realza aún más su belleza —habló Frederick.

—Qué amable, milord. Le aseguro que la señorita Crawford usará esas joyas con orgullo en la cena.

—Estaría encantado de verla. Me retiraré para que puedan continuar con sus quehaceres.

Hizo una inclinación y se retiró, dejando solas a Catriona y a la institutriz.

—Qué indecente, señorita Crawford. No pensé que en un abrir y cerrar de ojos se arrojaría a los brazos de lord Melbourne.

—¿No escuchó lo que dijo? Él es...

—Un caballero encantador, atento y que usted estúpidamente rechazó.

—En ese instante no pensaba bien, pero solo después de todo esto que ocurre puedo darme cuenta de que estaba equivocada y de que sí me gusta que sea caballeroso. No me gustan los hombres como Lean.

—Sé que usted es consecuencia de lo que su padre hizo por mantenerla a su lado. Ahora que es consciente de la realidad puede cambiarla. Me alegro de que aceptara su destino. Sabe que nada de este cambio significa que dejará de ser una orgullosa escocesa. Usted podrá venir mil veces o vivir aquí. Tiene un hombre maravilloso a sus pies, todas quisieran ser tan afortunadas para ser apoyadas por alguien tan noble y sencillo. Tampoco crea que en Londres encontrará hombres como este, milord es de los pocos buenos que existen. Sepa lo afortunada que es.

Sabía que era más que afortunada, era bendecida con lo que le ocurría en este tramo de su vida. Su infancia estuvo colmada de consejos de odio y pese a todo eso, no aborrecía a su padre, aunque lo mereciera. Él había hecho lo que dentro de su ignorancia creía lo correcto. Tal vez con los años su pensamiento cambió y por eso vio como una oportunidad para ella que su abuelo se encargara de cuidarla. Debía agradecer que tenía vivos a su padre y a su otro pariente, los dos cometieron errores garrafales, pero Catriona concluía que habían limado las asperezas, tenían cosas en común como para seguir enfadados.

Llegó la hora de la cena y la mayoría estaban acostumbrados a verla con sus vestidos nuevos. La modista le había dado una gran cantidad. Su abuelo no escatimaba en gastos para lo que ella necesitara. Por un lado, la vida de mujer inglesa era cómoda y satisfactoria, aunque extrañaba ser ella misma y disfrutar de las cosas sencillas como las montañas y el aire, lo hacía, pero no como antes.

—¡Oh! ¡Pero qué tenemos aquí! —exclamó lady Kirby que se acercó a Catriona con rapidez para observar lo que tenía en el cuello—. Creo que Octavio tiene buen gusto para las joyas.

—Lamento decirte que no le he regalado joyas a Catriona... —alegó el duque.

—Si no fuiste tú, ¿quién ha sido?

—Fue lord Melbourne, milady. No solo me trajo esta joya, sino también otras más —presumió la joven frente a la mujer.

Esa afirmación no le había gustado a la matrona. Frederick estaba cayendo en las garras de Catriona sin resistirse. Por más que le desagradara la joven por el temor a que fuera igual que su cuñada y madre de su sobrino, admitía que se esforzaba para lograr algo, no como la otra, mas no se fiaba.

—Consideraba que la señorita Crawford necesitaba joyas y le compré un par de ellas. Es bueno que se acostumbre a las cosas que debe poseer de acuerdo a su posición —comentó Frederick al notar el rostro de disgusto de su tía.

Después de terminar la incómoda cena en la que las miradas hasta de la servidumbre se dirigieron a Catriona, pasaron al salón en el que ella sabía que moriría de aburrimiento, pero debía desarrollar su aspecto social con las personas que la odiaban, y lady Kirby ponía a prueba su tolerancia a la gente nefasta.

—No sé qué ha hecho para que él le obsequiara eso —cuestionó lady Kirby refiriéndose a la joya.

—No hice nada más que estar aquí y respirar —replicó Catriona con acritud.

—¿Piensas que no sé las artimañas de las mujeres para conquistar? Me enseñaron las mismas tácticas que a usted, pero como es escocesa, la sutileza se la ha pasado por las orejas. Está provocando a Frederick, y los caballeros, por más buenos que sean, tienen puntos débiles y se ha estado aprovechando de la debilidad que siente por su exuberancia.

—No le he pedido nada a él, aunque puede que mi salvajismo todavía lo tenga pensado en mí y en la noche que usted arruinó con su presencia.

—¡Insolente! Nadie puede fiarse de ti, porque cambias tu apariencia, pero no tu mente de

sinvergüenza.

—Usted me provoca y luego no le gustan las consecuencias, no tengo la paciencia de piedra. Una chispa es suficiente para que convierta esto en un infierno, por eso es mejor que me retire para reconsiderar el asunto y mañana ofrecerle una disculpa, pero hoy no me apetece. —Catriona hizo una reverencia que lady Kirby correspondió con un gesto de cabeza, acto seguido se retiró hacia su habitación, aunque no sin antes echar una mirada hacia donde se encontraba el conde y poder transmitirle que pronto se encontrarían en su habitación.

Capítulo 33

Frederick entendió el mensaje implícito en la mirada de Catriona, se iría a su habitación después de que pudiera liberarse de la conversación que tenía con los demás caballeros.

Tuvo que pasar media hora para poder ir a su habitación y esperar a que Catriona fuera junto a él. La esperaría con poca ropa, pues suponía que ella estaría dispuesta a acabar lo que dejaron pendiente la última vez. De un alhajero que tenía en la habitación, sacó un anillo que había comprado ese día. Antes de meterla en su cama le pediría matrimonio y estaba seguro de que ella no lo rechazaría, ya que la misma había propuesto el encuentro.

Con el anillo en la mano, esperó a la joven en su sillón cerca de la ventana. Por fuera el cristal estaba húmedo por el rocío de la noche y las bajas temperaturas que vaticinaban la cercanía del invierno.

Cogió su botella de *whisky* y se sirvió una copa casi festejando que todo le saldría a pedir de boca, por más que todavía no ocurriera nada.

El sonido de unos golpes en la puerta, hicieron que él se levantara para abrir. No quería dar un grito de aprobación. Cuando entreabrió la abertura, Frederick se encontró con que no era Catriona, sino que Megan estaba ahí.

—Disculpe, milord, ¿puedo conversar con usted un momento? —preguntó Megan.

Él no quería decirle que estaba esperando a otra persona. La dejó pasar, pero no cerró la puerta porque creía que ella se iría pronto.

—Dime, Megan, ¿qué se te ofrece?

Megan no sabía por dónde empezar. Él no se daba cuenta que la había recibido sin la camisa. Podía notar que no solo era un hombre atractivo, sino fuerte, lo que cualquier mujer desearía. Lo único lamentable era que el conde deseaba a la peor mujer de todas que quizá solo quisiera jugar con alguien tan generoso. En cambio, ella le ofrecería su alma entera si fuera necesario en agradecimiento por salvarla de un mal destino.

—Quería hablarle sobre lo que me dijo Wolfie...

—¿Qué te dijo?

—Él habló sobre enviarme a Inglaterra porque Arran me está buscando.

—Es algo que he considerado oportuno para ti. Estarás segura y, además, es probable que deje de amenazar mis campos.

—Sé que he causado muchos problemas para usted que solo ha querido ayudarme. Quisiera pedirle que no me envíe a Inglaterra, yo quiero quedarme cerca de usted... —Megan se acercó y colocó su mano sobre el pecho de él—. Puede tomarme como su mujer si lo desea, quiero estar a su lado.

Frederick no estaba tan sorprendido como debería, pues desde un principio supo que no todas las intenciones de Megan eran buenas. Era la víctima de una circunstancia de la vida, pero quería asegurarse a toda costa de que no perdería su seguridad y era capaz de lo que fuera.

—Megan, te aseguro que no te ocurrirá nada. Estarás bien en Inglaterra, no llegarán a ti. Sé que me ves como algo más que un hombre amable y te lo agradezco, pero mis pensamientos y mi corazón le pertenecen a la señorita Crawford.

—Esa es una mala mujer que se ha expresado mal de usted en un sinfín de ocasiones. Ni siquiera debería considerarla, pues no es digna de alguien de su valía, milord. Le ofrezco todo de mí por gusto y agradecimiento...

En un acto atrevido, Megan se abalanzó para besar a Frederick.

***

Catriona se había cerciorado de que la señorita Albright estuviera lejos de su habitación, por eso había decidido que era el momento de hacerle la visita prometida al conde. Se había dejado puesta la ropa de la cena y también la gargantilla. Se sentía hermosa con todo eso y quería enseñarle aquello a lord Melbourne.

Al ver entreabierta la puerta, se acercó y entró. La escena que vio en aquel lugar la había dejado helada: lord Melbourne y la doncella besándose, y para colmo, ella colocándole las garras encima. Eso era más de lo que Catriona podía tolerar.

Podía actuar como una dama inglesa, ofenderse e ir a su habitación para conversarlo al día siguiente con la mente fría o hacerlo como una escocesa de peso, le arrancaría la cabellera a esa mujer.

Toda la educación que había adquirido, ese día se perdió, ya que entró a la habitación a largas zancadas y la cogió del cabello.

—¡Lárgate de aquí! —vociferó Catriona casi arrancándole el cuero cabelludo a Megan.

Frederick se la estuvo a punto de quitar de encima, pero al parecer Catriona se le adelantó.

La doncella gritaba de dolor por la rabia con la que Catriona la cogía del pelo.

—¡Si te vuelvo a ver cerca de él, yo misma te llevaré a rastras hasta la casa de los Murray y me importará muy poco que me pase algo! La satisfacción de saber que a ti no te irá mejor que a mí, me sirve de consuelo —espetó sacándola de la habitación de Frederick.

El conde todavía no era capaz de articular una sola palabra.

—¿Tenía una amante porque yo le dije que no quería casarme con usted? —increpó la joven que sentía que su corazón se rompía.

—No tengo ninguna amante. Megan está confundida.

—¡Desde un principio supe que quería hincarle el diente a usted! Lord Melbourne, hay un límite entre ser un estúpido y fingir ser uno. Estuvo fingiendo ser estúpido para obtener beneficios de las mujeres. Le juro que pensé que era honesto y humilde ofreciendo su ayuda, pero resulta ser que ni siquiera es leal con su palabra. ¿Para qué me pidió matrimonio si se estaba besando con sus propias criadas? ¡Lo maldigo por esto! Estoy haciendo el ridículo pareciendo una inglesa para que su tía me acepte, para no avergonzarlo y conseguir de nuevo la propuesta que me hizo —reprochó—. He dejado mi mundo para vivir en el suyo solo para esto... Por algo lo quería lejos de mí, usted es un inglés sucio y mentiroso, y yo la más ingenua de las Highlands

al enamorarme de alguien así.

Catriona no quería escuchar lo que Frederick tuviera que decir. Se retiró con prisa y no fue a su habitación.

Ella corrió por el pasillo sin importarle que el resto de los residentes de la casa la vieran. Sabía que todo era un escándalo en ese momento, pero ella estaba decidida a no regresar al castillo nunca más.

Llegó hasta las caballerizas y ahí cogió un caballo, pese a que intentaron detenerla.

—¡Señorita Crawford! —gritó Wolfie que corrió tras ella al verla apresurada, pero la joven se perdió en la oscuridad.

Wolfie no sabía si ir tras la joven o avisarle a lord Melbourne sobre ella, pero el conde ya iba corriendo colocándose una camisa a toda prisa.

—¡¿Por dónde se fue?! —interpeló Frederick, apresurado.

—Se perdió en esa dirección, milord —señaló—. ¿Qué ha pasado?

—No hay tiempo de explicar, pero no quiero a Megan en la casa, mañana mismo que la lleve un carruaje a Derbyshire.

—Sí, milord —respondió el criado, confundido.

Frederick se apresuró a coger un caballo, subir a su lomo y partir en la búsqueda de Catriona. Ella no le dejó explicar nada de lo que había ocurrido y eso no podía dejarlo así, debía darle explicaciones por todas las confesiones que hizo, la hirió de forma accidental. Por más que ella se negara, no estaba dispuesta a dejarla ir con una idea equivocada y menos que se escapara de su vida. Estaba seguro de que Catriona lo amaba como él lo hacía.

Azuzó al caballo por varias millas, pero la que conocía esas tierras a la perfección era ella. Con el gran riesgo que representaba ir hacia la tierra de los Murray, fue a la casa de Catriona, pero el lugar estaba vacío, no había ido a refugiarse en ese sitio.

Estuvo recorriendo por horas hasta casi el amanecer, pero no consiguió encontrar a Catriona. El caballo estaba cansado y por eso se veía obligado a regresar para cambiarlo por otro. Él necesitaba seguir, pues ella no podía estar sola en el monte, a merced de los Murray que andaban por los alrededores como sabuesos infernales.

Dejó al caballo en la residencia y fue a colocarse ropa de montar más cómoda para poder salir en su búsqueda.

—¿En dónde está mi hija? —indagó el señor Crawford.

—Escuchamos los gritos de ella anoche y casi no hemos podido dormir —dijo el duque—. ¿Qué ha ocurrido, lord Melbourne?

—Fue un malentendido, es todo. Continuaré la búsqueda de ella por todas partes. Tendré que entrar en lugares que no quisiera; sin embargo, ella no entiende el peligro que corre lejos de este castillo.

—Se jacta de que sabe defenderse, esperemos que lo haga —musitó lady Kirby que se había enterado de todo por la servidumbre, ya que al parecer a una doncella le faltaba un mechón de cabello rubio que estaba en la habitación de Frederick.

Una vez que terminó de vestirse, reunió a sus sirvientes para que lo acompañaran a rastrillar a lo largo y ancho de las propiedades aledañas. Sabía que esto podría ser tomado como una invasión a cualquier terrateniente y más para los Murray ser como un motivo para que quisieran comerlo vivo.

***

Catriona había pasado la noche en un árbol cerca de un cauce de agua. Durmió envuelta con la falda del vestido, casi murió congelada por el frío de la noche. Bajó del árbol y se acercó al arroyo para mojarse el rostro. El agua helada la había despertado por completo.

—Te ves ridícula, Catriona. Eres una vergüenza para Escocia, no mereces haber nacido en esta tierra para luego traicionarla de esta manera... Por amor... Qué desgracia. Fuiste una tonta por creer que él era sincero, todo parecía bien, pero al final todo era demasiado bueno para ser verdad.

Se sentía traicionada. Su corazón había recibido una puñalada. Era la primera vez que se enamoraba, y su corazón le advirtió que era inglés, que no era de fiar. Ahí tenía las consecuencias de sus actos.

Podría vivir en ese lugar hasta saber que lord Melbourne se fue de Escocia, no quería saber de él, estaba decepcionada.

—¡Catriona! —exclamó Blair al verla en el lugar secreto que ambas compartían desde niñas.

—¡Blair! —correspondió.

—¡Te ves tan hermosa! Mira esa joya... —Blair no podía evitar observar con emoción lo que su amiga llevaba puesto—. No dejaste dicho a dónde ibas. He venido todos los días para saber de ti.

—Estaba en el castillo de Raasay, pero ya no. He decidido regresar al lugar al que pertenezco.

—No seas tonta. Mira lo bien que te ves, ¿por qué quieres oler a jabalí?

—No huelo a jabalí.

—Pero antes sí. Quiero regresar a practicar contigo y la señorita Albright. Tengo la esperanza de que tu abuelo me lleve a Londres.

—Deja esa tontería de lado, lo mejor es quedarnos aquí. Te aseguro que no hay nada bueno en Inglaterra. Los ingleses son mentirosos y traicioneros.

—¡Miren a quién encontré aquí! —expresó Lean en voz alta.

Las dos mujeres se sobresaltaron.

—Vete de aquí, Lean —ordenó Blair.

—¿Irme de aquí? Tengo días siguiendo tu absurda rutina, Blair, con la esperanza de encontrar a Catriona.

—Ya te he dicho que no quiero nada contigo, ¿no lo entiendes?

—¿Estabas jugando a la damita inglesa? Eres una burla vergonzosa. —Lean cogió a Catriona del antebrazo y ella lo golpeó con fuerza para que la soltara, cosa que no ocurrió. La estiró para llevarla con él, pero su hermana saltó a su espalda y comenzó a morderlo.

—¡Suéltala! —gruñó tratando de detenerlo, pero su hermano empujó a Catriona al suelo y después se encargó de su hermana, arrojándola a varios metros, dejándola golpeada e inconsciente.

—¡Blair! —la llamó Catriona al ver que su amiga había perdido el conocimiento.

—Esa tonta se levantará sola. Ahora te convertirás en mi mujer, Catriona, he esperado mucho tiempo por este momento. Años viéndote crecer y deseando que fueras pobre y miserable para que no te fueras de aquí.

—¡Canalla!

—Lo soy. Me divertí arruinando a tu padre por estos años.

En ese instante, Catriona abrió los ojos con respecto a lo que había estado ocurriendo por años en las tierras. Al parecer la generosidad de su vecino no era lo que creía. Los Murray eran la verdadera causa de lo que ocurría en su casa.

—Ah, y el *whisky* para tu padre... No sabía que iba a aguantar tanto tiempo la mezcla. Él debió morir hace mucho.

Se levantó del suelo con ahínco para atacarlo, pero Lean era más grande y fuerte. Sin ningún problema le dio un golpe en la cara que la devolvió a dónde estaba. Catriona veía que todo a su alrededor daba vueltas. Se encontraba a un paso de desmayarse como Blair, mas no podía porque él la tomaría contra de su voluntad. Antes de caer en la oscuridad pudo distinguir las patas de un caballo acercándose con presteza.

—¡No te atrevas a tocarla! —advirtió Frederick que sacó su arma y sin dudarlo le disparó. No estaba para jugar al inglés cobarde o al Highlander.

Lean cayó al suelo junto a Catriona que tenía sangre saliendo de su nariz y de su boca.

—Eres un cobarde. Te mataremos... —amenazó Lean, inmóvil en el suelo.

—Haz lo que quieras, pero si te asomas por mis tierras tendrás una lluvia de balas.

Después de decir eso, Frederick cogió a Catriona en sus brazos y trató de despertarla.

—Señorita Crawford... —pronunció casi sin aliento, esperando que ella estuviera bien.

Al abrir sus ojos, lo primero que vio era el rostro de lord Melbourne, a quien aborrecía en ese momento.

—Pude haberlo hecho yo sola —farfulló.

—Las inconscientes no pueden defenderse. Lamento que no me dejara explicar lo que ocurrió. Nos hubiéramos evitado el dolor de cabeza, si me escuchaba. Megan se me ofreció como forma de pago a mi generosidad y no me dio tiempo de sacarla de mis labios. Quiero que sepa que yo la amo, señorita Crawford, y mis planes de casarme con usted no están en duda. Dependo de lo que usted responda. Ayer de noche quise darle un anillo de compromiso que compré para que se convierta en mi esposa. Señorita Crawford, ¿quiere ser lady Melbourne?

Por más que su estupidez le pedía que se negara, su corazón le decía que aceptara. Ya no podía luchar, quería ser feliz.

—Sí, quiero, lord Melbourne... —correspondió colocando la cabeza en el pecho de Frederick.

—¡Se arrepentirán! —gritó Lean, enfadado.

—Mi amiga... —dijo Catriona señalando hacia un lugar—. Si me ama, por favor, que venga con nosotros...

El conde miró a Wolfie y le hizo un gesto para que tomara a la joven y salieran de ese lugar.

Epílogo

Cinco años después...

Frederick y Catriona habían regresado al castillo de Raasay después de ese tiempo y lo habían hecho con sus dos hijos, Marcus y Loretta, ambos nacidos en Londres.

Pese a que tuvieron que dejar ese lugar para evitar más conflictos, Catriona no quiso regresar hasta sanar sus heridas en la mente. Por más que la sociedad le exigiera mucho a lady Melbourne, ella sabía responder y eso la había convertido en el orgullo de lady Kirby. La relación entre esas mujeres era buena y compartían mucho tiempo. La tía de Frederick aprendió a aceptar a Catriona como era dentro de su casa y fuera de ella se comportaba como una dama impecable para que su esposo siempre se sintiera orgulloso.

Blair llegó a Londres y vivió con el duque de Manchester, el padre de Catriona y la señorita Albright, hasta que los últimos dos se casaron y fueron a vivir a una propiedad rural de lord Melbourne. El padre de Catriona encontró la felicidad en los brazos de la institutriz que había ayudado a Blair y a Catriona. Para la buena fortuna de Blair Murray, ella se casó con un adinerado comerciante americano que quedó prendado de ella y se la llevó a América. Las dos amigas consiguieron lo que esperaban.

—Aquí nos conocimos —comentó Catriona a la vera del arroyo en el que había caído el día que entró en esa prioridad.

—Vaya que eras rápida —dijo Frederick entre risas.

—Hice que arrastraras la lengua. Sin saberlo fue el mejor día de todos. No tendría todo esto y no sería feliz si no te hubiera conocido. Por más que las cosas sean diferentes ahora, Escocia siempre será mi hogar y quiero que nuestros hijos vivan y gocen de esto que nosotros vemos. Tenemos un caballero y una dama, pero que pueden ser un poco libres aquí.

—Sé que los ayudarás a que encuentren el equilibrio que necesitan entre su herencia y su vida. Son ingleses, pero por las venas de ellos corre la sangre escocesa.

—La más fuerte...

—Espero que los Murray ya no piensen en nosotros.

—Créeme cuando te digo que estamos en sus pesadillas y jamás nos perdonarán. Lean durante años estuvo preparando el campo para aprovecharse de las necesidades de mi familia sin decir que envenenaba a mi padre a través de los obsequios que llegaban en las manos de Blair a nuestra casa. Todo eso fue urdido por años. Él debe continuar pensando en la manera de acabar con nosotros.

—Si se acerca, no dudes que yo acabaré con él, llegaré hasta las últimas consecuencias para defender a mi familia. Por ti soy capaz de todo.

Catriona se colgó del cuello de su esposo y lo besó con avidez.

—Qué inglés más valiente... —musitó Catriona, burlona.

—Soy escocés.

—Eres lo que quieres y a plena conveniencia.

—¿Acaso tú no?

—Sí, pero me adapto para sobrevivir en tu mundo y lo hago muy bien y de manera divertida. Gracias a ti adoro los tés y los bailes. Ese es tu encanto.

—Y gracias a ti conocí el encanto escocés.

—Te amo, mi caballeroso inglés encantador.

Fin.

Biografía

Mi nombre es Laura Adriana López, soy de nacionalidad paraguaya, nacida el 05 de Julio de 1988, soy casada y con una hija. Estudié Ciencias contables y Auditoria en la Universidad Americana.

Desde el año 2016 me encuentro escribiendo lo que realmente me apasiona, que son las novelas de romance de época, ambientadas en la época victoriana, regencia, etc.

También he escrito novelas contemporáneas, pero más ambientadas antes de la revolución tecnológica que tenemos actualmente, pues tengo la creencia de que la tecnología ha entorpecido de cierta forma las relaciones sociales, y más aún el romance. Es una razón, porque más me agrada soñar con un romance a la antigua.

En el 2018, empecé a publicar de manera seria, con dos editoriales. Selecta, que es del grupo Penguin Random House y que se dedica a publicar novelas románticas en digital, y con la editorial Vestales de Argentina. Con Selecta he publicado, seis títulos de una saga, comenzando por: *Rescatando tu alma perdida, Belleza y Venganza, Amor y dolor, Entre las sombras, Obligándote a amar y Te deseo para mí*; todas de romance histórico esta editorial es la que me abrió las puertas para que la gente me conociera. En el 2019 se publicaron una novela contemporánea de nombre *Un romance real,* y otra para novela histórica: *Tan perversa como inocente*. En 2020 salió a la venta *Desavenencias del amor*.

Con la Editorial Vestales de Argentina, tengo publicado en físico y digital las obras de nombres: *Una perfecta señorita, La ventana de los amantes y Mi amada señorita Angel.*

También he incursionado en la auto-publicación en Amazon, con*: Los mandatos de Rey*, que es un cuento corto y *Una dama infortunada*. Otros títulos: *Corazón de invierno, Una heredera obstinada, Una beldad indomable, La esquiva señorita Millford, Las peripecias de los amantes, Nuestro tiempo perfecto, La dama de Sandbeck Park, Las oscuras intenciones de lord Coventry, El amante de Londres, Anhelos de primavera, Una candidata inadecuada, El silencio de los amantes, Amantes en la eternidad, Amantes en guerra, La prometida desconocida, Enamorar a un lord inglés, La acompañante del marqués, El candidato perfecto, La joven matrona, La herencia del duque de Gloucester, El esposo ausente, Una forajida cautivadora, El preceptor, La justicia de un canalla, El domador, La nueva esposa, Una solución para lord Nottingham, El prometido despreciado, Un beso irreverente, El querido enemigo, Un compromiso accidentado, Un caballero misterioso, Un seductor afortunado, Una diablesa enamorada y Su encanto inglés.*

Me manejo también con el alias de Leah Heart, donde publiqué: *Mi gran sueño londinense, Nuestro tiempo perfecto y The elusive miss Millford*, la traducción en inglés de la novela corta *La esquiva señorita Millford.*